

Inteligencia espiritual

Francesc Torralba



Inteligencia espiritual

Francesc Torralba



Primera edición en esta colección: enero 2010

© Francesc Torralba, 2010

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2013

Plataforma Editorial

Plaça Francesc Macià 8-9 — 08029 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 — Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

Diseño de la cubierta:

Jesús Coto

jesuscoto.blogspot.com

Depósito Legal: B. 10.143-2013

ISBN: 978-84-158-8000-4

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Contenido

Portadilla

Créditos

Prólogo

I. ¿Qué es la inteligencia?

II. El mapa de las inteligencias

III. ¿Qué es la inteligencia espiritual?

IV. Los poderes de la inteligencia espiritual

V. El cultivo de la inteligencia espiritual

VI. Beneficios de la inteligencia espiritual

VII. La atrofia de la inteligencia espiritual

VIII. Inteligencia espiritual, felicidad y paz

IX. Bibliografía

Prólogo

Durante los últimos veinticinco años se ha escrito abundantemente sobre la teoría de las inteligencias múltiples. Desde que Howard Gardner identificó ocho formas de inteligencia en el ser humano, se han desarrollado aportaciones muy distintas que, por un lado, confirman y desarrollan la teoría de Gardner, pero, por otro, se han abierto nuevas vías de investigación, todavía muy pioneras, que amplían y complementan significativamente sus intuiciones.

Desde hace algunos años, investigadores competentes de distintas universidades del mundo sostienen la tesis de que el cuadro de las inteligencias no es completo si no se incluye en él la *inteligencia espiritual*, también denominada *existencial* o *trascendente*. El mismo Gardner no negó tal hipótesis. Más bien dejó entreabierta la posibilidad de identificar una nueva forma de inteligencia. Después de él, investigadores de procedencias ideológicas muy distintas y de campos disciplinares muy lejanos han desarrollado, como veremos a lo largo de este libro, tal hipótesis.

La idea de que en el ser humano exista una inteligencia espiritual que opera en íntima conexión con las otras formas de inteligencia ha sido puesta de relieve en el contexto anglosajón y americano, pero todavía no se ha desarrollado en el ámbito de lengua hispánica. En este libro pretendemos diseccionar la inteligencia espiritual considerando tales aportaciones, pero desde un punto de vista nuevo. Asumimos algunas propiedades que ya han sido descritas en estos estudios, pero introducimos otras funciones de la denominada inteligencia espiritual que, a nuestro juicio, no han sido todavía descritas.

Somos conscientes de que la expresión *inteligencia espiritual* puede suscitar, en nuestra área cultural, ciertas perplejidades e incomprensiones por múltiples motivos.

Subsiste, todavía, en el imaginario colectivo una visión materialista del ser humano que niega cualquier propiedad o sentido espiritual en él. Concebido como un ser crasa y únicamente material, la tesis de que posea una inteligencia espiritual puede resultar contradictoria. Sin embargo, filósofos, psicólogos, psiquiatras, neurólogos, antropólogos y teólogos de escuelas muy distintas y de procedencias ideológicas muy variadas detectan en el ser humano una serie de operaciones, un campo de necesidades y de poderes que difícilmente se pueden explicar a partir del cuadro de inteligencias múltiples que ofreció, en su momento, Howard Gardner.

Da la impresión de que tal tipo de capacidades sólo puede explicarse correctamente si se reconoce en el ser humano una forma de inteligencia como la

espiritual. Según este conjunto polifónico de autores, tal inteligencia representa una peculiaridad exclusiva y única de la especie humana dentro del conjunto de los seres vivos, algo que explicaría una serie de comportamientos cualitativamente distintos a los de otro ser vivo.

No abordamos, en este libro, la espinosa cuestión del dualismo o del monismo antropológico. Como sabe el lector, el dualismo se puede definir como esa comprensión del ser humano, según la cual, éste está constituido por dos sustancias o naturalezas (cuerpo y alma) unidas accidentalmente, mientras que desde el monismo el ser humano es concebido como una única naturaleza, espiritual o material, pero no como la conjunción de dos.

No forma parte de nuestros objetivos discutir la tesis materialista, ni tampoco defender la tesis dualista. Como hemos desarrollado en otros textos, como en la *Antropología del cuidar* (1998), concebimos al ser humano como una unidad multidimensional, exterior e interior, dotado de un dentro y de un fuera, como una única realidad polifacética, capaz de operaciones muy distintas en virtud de las distintas inteligencias que hay en él.

Aun en el supuesto de que el ser humano fuere únicamente materia en movimiento, existe en él una compleja serie de poderes que no se dan en otros seres vertebrados y que permiten desarrollar, con razones de peso, la hipótesis de una forma de inteligencia que podría denominarse *espiritual*. Los más grandes físicos y biólogos de nuestro tiempo identifican en el ser humano un sentido espiritual, una forma de conocimiento y unos niveles de experiencia que no pueden explicarse, en último término, a través de la tesis de las inteligencias múltiples.

El adjetivo *espiritual* puede evocar la idea de dualidad, pero no es ésta nuestra pretensión. En algunos estudios se utiliza la expresión *inteligencia trascendente*, pero el adjetivo *trascendente* tiene excesivas connotaciones religiosas. Aunque la autotrascendencia, como veremos, es una propiedad del ser humano, alberga una urdimbre de significados que van más allá del campo antropológico. El término *existencial* tiene unas connotaciones muy filosóficas, evoca una clara afinidad con la filosofía de la existencia, cuyo centro de gravedad es el existir humano.

La inteligencia espiritual faculta al ser humano para el análisis valorativo de la propia existencia y de los ideales y horizontes de sentido de la misma, pero también abre otras posibilidades que no están contenidas en el término *existencial*.

Somos partidarios, pues, de mantener la denominación de *inteligencia espiritual*, porque partimos de la tesis según la cual, en el ser humano, más allá de su vida exterior, existe una vida interior que es consecuencia directa del cultivo de la inteligencia intrapersonal y de la espiritual.

En este libro intentamos abordar las bases filosóficas de la inteligencia espiritual. No nos corresponde explorar las bases biológicas de la misma, pues no disponemos de los pertinentes instrumentos para contrastar empíricamente esta inteligencia espiritual. En este punto, recogemos las valiosas aportaciones de científicos que consideran legítimo referirse a una inteligencia de tal tipo.

Nos limitamos, pues, a presentar las propiedades de la *inteligencia espiritual* y su peculiaridad dentro del conjunto de las inteligencias múltiples. Tampoco nos proponemos abordar las otras formas de inteligencias de un modo exhaustivo. En los últimos años se han publicado ensayos y monografías sobre las distintas formas de inteligencia, especialmente sobre la emocional, que el lector culto sabe apreciar y valorar.

Desde distintos puntos de vista y desde distintos centros académicos de reconocido prestigio intelectual, se defiende la tesis de que el ser humano posee una inteligencia espiritual, pero la caracterización de la misma, su desarrollo y su educación constituye un tema muy abierto y digno de exploración. En este ensayo pretendemos dar a conocer una primera presentación formal de los poderes de la inteligencia espiritual, el cultivo de la misma y sus beneficios para el desarrollo de la vida humana. También nos proponemos explorar las dramáticas consecuencias de la atrofia de la inteligencia espiritual tanto en el plano individual como colectivo.

El libro que presentamos contiene ocho partes. En la primera, se aborda el concepto de inteligencia y el papel que juega ésta en el desarrollo del ser humano en el mundo y en la lucha por la supervivencia. En la segunda, se presenta, de un modo sintético, el mapa de las inteligencias múltiples siguiendo el pensamiento de Howard Gardner. Los lectores que estén familiarizados con su teoría, no hallarán en él nada nuevo.

Posteriormente, en el capítulo tercero se presenta la inteligencia espiritual y su relación con las otras formas de inteligencia. En la cuarta parte, se exponen exhaustivamente los poderes de la inteligencia espiritual, ampliando significativamente algunas investigaciones sobre la misma que se han publicado hasta el presente. Posteriormente, en la quinta parte, se presentan los distintos modos de cultivar y de fortalecer tal inteligencia. En la sexta, se analizan los beneficios de la inteligencia espiritual, un conjunto de bienes intangibles que derivan de un adecuado ejercicio de la misma. En la séptima, se presentan, por oposición, los males que acarrea en la vida personal y social la atrofia de la inteligencia espiritual. Finalmente, en la última parte, se relaciona la inteligencia espiritual con la búsqueda de la felicidad, con la consciencia ecológica y la pacificación del mundo.

Más allá de las distintas connotaciones que suscita la expresión *inteligencia*

espiritual, animamos al lector a superar prejuicios y preconcepciones, en el caso de que los tuviere, y a adentrarse en su naturaleza y recorrer las características de la misma.

Es honesto, intelectualmente hablando, presentar al lector los supuestos intelectuales de que partimos en esta investigación.

Partimos de la tesis según la cual el ser humano goza de un sentido espiritual que padece unas necesidades de orden espiritual que no puede desarrollar ni satisfacer de otro modo que cultivando y desarrollando su inteligencia espiritual. Estas necesidades son comunes a todos los seres humanos. Resulta esencial identificarlas y expresarlas, así como hallar inteligentemente formas para darles respuesta, pues en ello está en juego la misma felicidad y el bienestar integral. Partimos del supuesto de que el olvido de esta dimensión conduce a un grave empobrecimiento.

Deseamos expresar, a priori, otro supuesto que está en la base de este libro. Según nuestro modo de ver, todo ser humano, independientemente de su credo religioso o adhesión confesional, dispone de una inteligencia espiritual. La inteligencia espiritual es una capacidad que permite múltiples desarrollos y experiencias. No es una propiedad exclusiva que pertenece a quienes, legítimamente, se sienten miembros de una comunidad religiosa. Más allá de la adscripción confesional, todo ser humano tiene un sentido y unas necesidades de orden espiritual, y éstas pueden desarrollarse tanto en el marco establecido de las tradiciones religiosas como fuera de ellas.

Más allá de la visión materialista y pragmática del ser humano, reivindicamos una comprensión holística del mismo que, desde el pleno respeto a las distintas opciones religiosas y laicas, permita identificar una serie de capacidades y de posibilidades espirituales en todas las personas.

En contextos de anemia espiritual como en el que nos hallamos, el desarrollo de tal forma de inteligencia abre horizontes nuevos en muchos sentidos. Para ello, resulta esencial pensar estrategias oportunas para educar tal forma de inteligencia y estimularla en las nuevas generaciones. Una educación integral tiene que aglutinarla, porque en ella está en juego no sólo el desarrollo pleno de la persona, sino el de las culturas y de los pueblos.

Terminamos este prólogo con un pensamiento de Wassily Kandinsky vertido en *De lo espiritual en el arte* (1912) que tiene un claro tono profético: «Nuestro espíritu, que después de una larga etapa materialista se halla aún en los inicios de su despertar, posee gérmenes de desesperación, carente de fe, falto de meta y de sentido. Pero aún no ha terminado completamente la pesadilla de las tendencias materialistas que hicieron de la vida en el mundo un penoso y absurdo juego. El espíritu que empieza a despertar se encuentra todavía bajo el influjo de esa pesadilla. Sólo una débil luz aparece como un diminuto punto en un gran círculo negro. Es únicamente un presentimiento que el

espíritu no se arriesga a mirar, pues se pregunta si la luz es sólo un sueño y el círculo negro la realidad».

Morgovejo, agosto de 2009

I. ¿Qué es la inteligencia?

En un sentido puramente etimológico, la palabra *inteligencia* denota la capacidad de discernir, de separar, de cribar entre distintas alternativas y poder tomar la decisión más oportuna. Una persona inteligente es, de hecho, una persona que sabe separar lo esencial de lo accidental, lo valioso de lo que carece de valor, lo que necesita para desarrollar una determinada actividad de lo que es irrelevante para la misma. La inteligencia, en un sentido puramente etimológico, se refiere a esta capacidad de discernir.

La palabra latina *intelligentia* proviene de *intelligere*, término compuesto por *intus* (entre) y *legere*, que significa escoger o leer. Ser inteligente es, pues, saber escoger la mejor alternativa entre varias, pero también, saber leer en el adentro de las cosas. Ello sólo es posible si, previamente a la elección, uno tiene la capacidad de deliberar, de sopesar los pros y los contras de tal decisión y anticipar las posibles consecuencias que se desprenden de la misma.

La inteligencia permite recoger a través de la memoria las experiencias del pasado y anticipar, mediante la imaginación, los hipotéticos escenarios de futuro. Esta capacidad, cuando llega a su pleno ejercicio, salva al ser humano de muchos fracasos en su vida y le abre las puertas a la conquista del éxito personal, afectivo y profesional.

La condición humana es menesterosa. El ser humano es el animal más desprovisto: nace desnudo, descalzo y desarmado, pero en su lugar se le han dado dos recursos, decía Aristóteles: las manos y la mente, por las cuales supera a todos los demás y se hace, en cierto modo, todas las cosas. La inteligencia es el recurso que le da apertura a la totalidad y la capacidad de conquistar la verdad. Le hace capaz de trascenderse, de superar todo límite.

La inteligencia se puede definir también como la *capacidad de aprender* o de *comprender*, como la facultad de conocer, de comprender algo. Siguiendo la definición que generalmente se da en los manuales de psicología: es la capacidad y la habilidad para responder de la manera más adecuada posible a las exigencias que presenta el mundo. Permite reflexionar, cavilar, examinar, revisar e interpretar la realidad.

Existe una respuesta primaria, de carácter instintivo; pero más allá de ella, el ser humano, en virtud de su inteligencia, es capaz de contener tal respuesta y pensar, con anterioridad, cuál es la que debe dar atendiendo al contexto. La inteligencia permite elaborar respuestas complejas a situaciones vitales, respuestas pensadas y meditadas que superan la lógica mecánica del estímulo y la respuesta.

También se puede comprender la inteligencia como aquella capacidad que permite adaptarnos con cierta velocidad a los recursos disponibles y a enfrentarnos a situaciones nuevas que no habíamos predicho con anterioridad.

Nos da la necesaria habilidad para resolver problemas y elaborar productos que son de importancia en un contexto cultural o en una determinada comunidad. La capacidad para resolver problemas permite abordar una situación en la cual se persigue un objetivo, así como determinar el camino adecuado que conduce al mismo.

Los problemas a resolver son múltiples en la vida personal: desde crear el final de una historia hasta anticipar un movimiento de jaque en el ajedrez, pasando por remendar un edredón. Los productos también son múltiples. Una persona produce inteligentemente cuando elabora algo que no está en el entorno y que se requiere.

También se puede caracterizar la inteligencia como un conjunto de aptitudes que las personas utilizan con éxito para lograr sus objetivos racionalmente elegidos, cualesquiera que sean estos objetivos y cualquiera que sea el medio ambiente en que se encuentren.

La inteligencia permite planificar y codificar la información y activar la atención. *Planificar* incluye, entre otras cosas, generar planes y estrategias; y seleccionar los planes útiles y ejecutarlos. Dentro de las connotaciones de la planificación se incluye la toma de decisiones, que se puede concebir como la capacidad para dirigir el comportamiento, utilizando la información captada, aprendida, elaborada y producida por él mismo. Gracias a la inteligencia sabemos a qué atenernos y podemos ajustar nuestro comportamiento al medio.

El autogobierno mental es un poder que emana directamente de la inteligencia. La finalidad de ésta es proporcionar los medios para gobernarnos a nosotros mismos, de modo que nuestros pensamientos y acciones sean organizados, coherentes y adecuados tanto a nuestras necesidades internas como a las necesidades del medio ambiente.

La inteligencia es esa potencia que permite conocer la realidad en distintos grados y niveles de profundidad. Desde el primer contacto sensible a la comprensión de la estructura más íntima de la realidad se abre un gran espacio que exige un ejercicio gradual. Una persona inteligente tiene poder para dirigir su vida y capacidad para evitar que otros se la dirijan con orden a otros fines. Sabe adaptarse a las circunstancias, detecta los elementos valiosos que hay en ella y tiene capacidad para sortear los elementos negativos. La inteligencia cumple, pues, una función adaptativa: permite vivir y *pervivir*.

Las inteligencias animales hacen lo mismo a su manera, pero la humana lo hace de una forma extravagante. Se adapta al medio adaptando el medio a sus necesidades. Parece que no disfrute con la tranquilidad, siempre pone el corazón más allá del

horizonte porque se plantea continuamente nuevas metas que le producen incesantes desequilibrios.

Un ser vivo se conduce inteligentemente cuando pone en práctica una conducta caracterizada por las notas siguientes: tener sentido, no derivarse de ensayos previos o repetirse en cada nuevo ensayo; responder a situaciones nuevas que no son típicas ni para la especie ni para el individuo.

La inteligencia es, en definitiva, una facultad tan escurridiza, astuta, tremenda y ocurrente, que un tratado científico convencional no hace justicia a la complejidad del asunto. Lo que llamamos *inteligencia* es, ante todo, la capacidad que tiene ésta de crearse a sí misma.

II. El mapa de las inteligencias

Tradicionalmente se concibió la inteligencia como una única facultad inherente a cada ser humano que podía desarrollarse en distintos grados de perfección. Sin embargo, desde la publicación en 1983 de la teoría de Howard Gardner, psicólogo estadounidense, se parte de la tesis de que existen distintas formas de inteligencia en el ser humano, y se inaugura la teoría de las inteligencias múltiples. Desde aquel entonces, se ha ampliado significativamente la noción de inteligencia y se ha asumido la tesis de que el ser humano no es unívocamente inteligente, sino que, como dijera Aristóteles del ser, la inteligencia se dice de muchos modos.

La identificación de distintas formas de inteligencia no conduce a una visión fragmentada de la mente humana, pues cada una desarrolla una función peculiar y está integrada en el conjunto. Son formas interdependientes y ninguna de ellas es autosuficiente.

El ser humano, para vivir una vida ordenada y equilibrada, requiere de todas ellas, aunque en distintos grados. Sería imposible vivir, por ejemplo, solamente con la inteligencia lógico-matemática, pues en muchas situaciones de la vida práctica se requiere el poder de la inteligencia interpersonal, que nos faculta para relacionarnos correctamente con nuestros semejantes.

Las inteligencias trabajan siempre en concierto, y cualquier papel adulto mínimamente complejo implica la mezcla de varias de ellas. No somos seres unidimensionales, sino polifacéticos y la multiplicidad de inteligencias que subsiste en cada uno permite dar respuestas a situaciones muy distintas.

Según Howard Gardner, la inteligencia es una capacidad que sirve para resolver problemas a través de unas potencialidades neuronales que pueden ser o no activadas dependiendo de muchos factores, como el entorno cultural y familiar. El mismo Mozart, por ejemplo, no hubiera llegado a ser lo que fue sin el ambiente musical de Salzburgo.

Todos tenemos algo de inteligencia y poseemos alguna de sus variantes en mayor o menor medida. Cada uno tiene una combinación que va evolucionando y ampliando según se vaya o no activando la capacidad de procesar información. Se estima que un treinta por ciento de nuestra inteligencia es heredada, el resto es educación, cultura, ambiente económico y hasta alimentación. Lo que sí es innato es la actitud para desarrollar una inteligencia más que otra.

Cada modo de inteligencia tiene sus peculiaridades y ofrece unas posibilidades

únicas y diferentes. No todos los seres humanos partimos de la misma base biológico-genética, ni todos alcanzamos las mismas cumbres en el desarrollo de las distintas inteligencias. Tanto en el plano de la inteligencia como en el del lenguaje, el ser humano es multidimensional, lo que expresa su riqueza inherente y su complejidad en el conjunto de los seres naturales.

Podemos desarrollar algunas formas de inteligencia y mantener otras en un estado potencial. Puede darse, por ejemplo, un profesor universitario que entienda complicadas ecuaciones (inteligencia lógico-matemática), que además se relacione bien con sus estudiantes (inteligencia social) y que sepa controlar sus emociones (inteligencia emocional), pero, en cambio, sea muy poco hábil para la práctica del deporte, de la danza o del ejercicio físico (que requiere de la inteligencia corporal).

La inteligencia es como un diamante en bruto. Para que brille debe ser pulido con esmero. El desarrollo integral de la misma es tarea de la práctica educativa. Cualquier acto, por simple que sea, incluye más de una inteligencia en su ejecución. Un acto aparentemente sencillo —dice Gardner— como tocar el violín, excede la mera dependencia de la inteligencia musical. Llegar, por ejemplo, a ser un violinista de éxito requiere, además, destreza cinético-corporal e inteligencia interpersonal para conectar con el público.

Una persona en sus facultades normales puede no estar particularmente dotada de ninguna inteligencia, y, sin embargo, a causa de cumplir una particular combinación o mezcla de habilidades, puede ser capaz de cumplir una función de forma única.

1. INTELIGENCIA LINGÜÍSTICA

La inteligencia lingüística es esa forma de inteligencia que nos da poder para usar las palabras y para aprender distintos lenguajes e idiomas. Es la capacidad de pensar en palabras y de utilizar el lenguaje para comprender, expresar y apreciar significados complejos. Se manifiesta, particularmente, en los escritores, en los poetas y en los buenos redactores.

El ser humano fue definido por Aristóteles como el *zoón logikón*, como el animal que tiene *logos*. *Logos* significa tanto palabra como pensamiento. La inteligencia lingüística faculta al ser humano para articular lenguaje, ya sea de orden verbal o no verbal. La palabra interiorizada se convierte en pensamiento y todo pensar humano se ejerce a través de palabras.

Las competencias propias de la inteligencia lingüística son hablar, saber escuchar, leer y escribir. En el proceso de educar, es esencial estimular estas competencias para

conseguir un pleno desarrollo de la personalidad.

El cultivo de cualquier forma de inteligencia requiere esfuerzo, tenacidad y constancia en el tiempo. Sólo de este modo se puede estimular y desarrollar plenamente la naturaleza dada genéticamente. También ocurre con el desarrollo de la inteligencia lingüística. Cuando se empieza a aprender una lengua, la traducción de un pequeño texto a modo de ejercicio, o la pronunciación de unas frases en ese idioma requieren un gran esfuerzo; sin embargo, hay personas muy bien dotadas para este tipo de actividades que fácilmente adquieren habilidades lingüísticas.

Para estas personas, una vez transcurrido un tiempo relativamente largo, esas tareas son tan fáciles como un juego. A partir de esta aptitud natural, el conocimiento y el uso de esa determinada lengua se convierten en un hábito adquirido. Sin la necesaria aptitud, ello no hubiese sido posible, pero tampoco lo hubiese sido sin el esfuerzo, si bien la intensidad de éste variará según la magnitud de la aptitud correspondiente.

El aprendizaje de una lengua es un proceso sumamente complejo en el que actúan las más diferentes potencias. Es preciso captar y distinguir entre sí estructuras fonéticas desconocidas, tarea del oído (y en parte de la vista). Es preciso emitir dichas estructuras fonéticas con los propios instrumentos del habla, lo que requiere la adaptación de determinados órganos corporales a movimientos a los que uno puede no estar acostumbrado. Es necesario, además, captar el sentido de esas estructuras y comprender las relaciones objetivas que guardan entre sí, y los sonidos deben ser conservados en la memoria junto con sus respectivos sentidos. Hay que llegar a pensar, finalmente, en la nueva lengua, es decir, ir formando los pensamientos no según el propio modo de pensar, sino según el de la otra lengua.

2. INTELIGENCIA MUSICAL

La inteligencia musical facilita la capacidad de reconocer patrones tonales, con alta sensibilidad para los ritmos y sonidos.^[1] Es propia de las personas que cultivan la música, como los cantantes y los compositores. Ésta es la que han cultivado y desarrollado los grandes músicos, compositores y cantantes de la historia. También las personas autistas pueden tocar maravillosamente un instrumento aun careciendo de otros tipos de inteligencia.

A lo largo de la historia de la cultura, podemos identificar personajes extraordinarios en el terreno de la composición y de la interpretación musical que, siendo todavía niños, demostraron un virtuosismo fuera de lo común. Los grandes genios de la música son ejemplos paradigmáticos del cultivo de la inteligencia musical

llevada a los máximos niveles de calidad. El desarrollo de tal inteligencia no siempre anduvo acompañado del desarrollo de otras modalidades como la social o la emocional. Algunos de los grandes genios musicales fueron socialmente seres muy problemáticos; solitarios y taciturnos, y emocionalmente inestables.

3. INTELIGENCIA LÓGICO-MATEMÁTICA

La inteligencia lógico-matemática nos faculta para resolver problemas mediante procesos inductivos y deductivos, aplicando el razonamiento, los números y patrones abstractos. El uso de este tipo de inteligencia es particularmente intenso en la vida de los científicos. Reúne las dotes de cálculo y la capacidad científica. Esta inteligencia proporciona la base principal para los test de coeficiente intelectual.

Durante mucho tiempo, ésta ha sido considerada como la única inteligencia en el mundo occidental, la de los números. Sin embargo, después de la elaboración de la teoría de las inteligencias múltiples de Gardner, tal esquema unidimensional ha sido ampliamente superado y se admite la idea de que una persona puede ser muy hábil en el terreno de las matemáticas, la lógica y la resolución de problemas de aritmética, pero que ello no significa que sea capaz de tener buenas relaciones con sus conciudadanos, o dominio de su propia corporeidad.

Sin despreciar la riqueza inherente al lenguaje matemático y su belleza interna, el dominio de la inteligencia lógico-matemática ya no se considera el culmen de la inteligencia humana, sino una expresión más de la misma. La tendencia a ubicar el saber matemático en el grado más elevado del árbol de las ciencias es una herencia del pensamiento moderno iniciado por René Descartes. Los pensadores modernos concibieron la matemática como la reina de las ciencias y la convirtieron en el modelo y el patrón a seguir para todas las otras ciencias.

4. INTELIGENCIA CORPORAL Y KINESTÉSICA

La inteligencia corporal o kinestésica capacita para utilizar el propio cuerpo con el fin de resolver problemas o realizar actividades.^[2] Representa el dominio sobre la propia corporeidad y la capacidad de orientar los movimientos y toda la energía que desprende con arreglo a fines previamente elegidos. Una persona que cultiva la inteligencia corporal controla los movimientos de su cuerpo y emplea éste de manera altamente

diferenciada y competente. Esta inteligencia se educa a través del ejercicio físico, del deporte, de la danza, de las artes escénicas y de todo tipo de actividades locomotrices.

Durante siglos, esta forma de inteligencia ha sido infravalorada y apenas considerada en el ámbito de la cultura oficial. Raramente se reconocía en un atleta o en un bailarín el dominio de este tipo de inteligencia, salvo en la cultura griega y latina que se estimuló de múltiples maneras, especialmente a través de los Juegos Olímpicos. La consecuencia de este olvido y menoscabo es la atrofia del cuerpo, la incapacidad de dirigirlo y de dominarlo, algo que, en la sociedad tecnológica todavía se hace más grave. Este olvido tiene consecuencias negativas para el desarrollo de la persona.

Las personas altamente ejercitadas en la inteligencia corporal son capaces de un gran dominio del cuerpo. Es el caso de los bailarines, acróbatas, actores o atletas. Cuando uno contempla los movimientos de un saltador de pértiga, su destreza, la gracia y la precisión de su actividad, capta hasta qué punto el ser humano puede desarrollar la inteligencia corporal. Una persona que cultive esta modalidad de inteligencia conoce bien los límites y las necesidades de su cuerpo, tiene una sabiduría sobre el mismo que le permite conseguir su mejor rendimiento y vivir de acuerdo con hábitos físicos saludables.

Tradicionalmente se ha subestimado este tipo de inteligencia y se ha considerado que la educación debía centrarse, exclusivamente, en lo cognitivo, en lo mental, en el trabajo de la memoria, de la imaginación y del intelecto. Sin embargo, en los últimos tiempos se ha reconsiderado el valor de esta inteligencia. También se ha puesto de manifiesto que la estimulación física es clave para una buena asunción de conocimiento y para el control de las emociones.

5. INTELIGENCIA ESPACIAL Y VISUAL

La inteligencia visual y espacial faculta para reconocer y elaborar imágenes visuales, distinguir a través de la vista rasgos específicos de los objetos, crear imágenes mentales, razonar acerca del espacio y sus dimensiones, manejar y reproducir imágenes externas e internas.

No debe confundirse el sentido de la vista con la inteligencia visual, tampoco el cuerpo con la inteligencia corporal, pues aquélla abarca aspectos referidos al espacio y la percepción de sus dimensiones.

Esta modalidad de inteligencia es especialmente cultivada por los artistas, diseñadores, arquitectos, ingenieros, mecánicos y profesionales varios capaces de imaginar espacios en formato tridimensional y de anticipar, antes de la construcción

física, problemas y situaciones que se deben solventar. Las personas cultivadas en inteligencia visual son hábiles para la pintura, la construcción de modelos tridimensionales y la decoración de espacios. Saben medir, calcular, relacionar volúmenes y espacios antes de medirlos físicamente.

La inteligencia visual y espacial viene a decirnos que el ojo, lejos de dedicarse al registro pasivo de un mundo preexistente, es un instrumento privilegiado que se dedica a establecer un primer contacto con todos los aspectos de nuestra experiencia, desde la forma en que se mueven los animales, hasta los matices de luz del atardecer.^[3]

Actualmente, la utilización de las tecnologías de la información como el vídeo, la televisión y el ordenador, así como las tecnologías con un alto componente visual, favorecen el aprendizaje con este tipo de inteligencia, pues en tales medios los contenidos se expresan sobre todo a través de formas, imágenes, colores y figuras.

6. INTELIGENCIA INTRAPERSONAL

La inteligencia intrapersonal nos faculta para formarnos una imagen veraz y precisa de nosotros mismos, para distinguir lo que somos de lo que representamos en el plano de las relaciones sociales. También nos permite comprender las necesidades más hondas y los deseos fundamentales que emergen de nuestro ser.

Esta modalidad de inteligencia nos permite el conocimiento de los aspectos internos de nuestra propia identidad. Nos faculta para acceder a la propia vida emocional, a la propia gama de sentimientos. También nos da la posibilidad de efectuar discriminaciones entre las distintas emociones que experimentamos y ponerles nombre y organizarlas.

La inteligencia intrapersonal nos capacita para formarnos un modelo verídico de nosotros mismos, escuchar las emociones y saberlas usar para desenvolvernó en la vida. Es la de quienes conocen su personalidad. Como dice Howard Gardner, «una persona con inteligencia intrapersonal posee un modelo viable y eficaz de sí mismo». Esto no lo garantiza ninguna otra forma de inteligencia. Así como la inteligencia interpersonal permite comprender y trabajar con los demás; la intrapersonal permite comprenderse y trabajar con uno mismo. El cultivo de la misma es clave para dilucidar qué profesión ejercer y la función social a desarrollar.

Se debe señalar, sin embargo, que en la construcción de uno mismo cuentan, determinantemente, los otros. No somos seres aislados, ni átomos que flotan en el éter. Somos seres en interacción desde la misma génesis. Somos, de hecho, la resultante de una interacción. Cuando uno se explora a sí mismo, cuando cultiva su inteligencia

intrapersonal, descubre en su propio ser el sedimento de otras personas que, a través de múltiples encuentros, han dejado marca, han hecho mella en su naturaleza. La inteligencia intrapersonal permite deslindar lo que hay de los otros en uno mismo e identificar la propia singularidad.

Desde Sócrates hasta nuestros días, pedagogos y filósofos de escuelas muy distintas han destacado el valor prioritario de tal inteligencia. Si, como dicen los sabios de la cultura occidental, el conocimiento de uno mismo es la clave del éxito en la vida afectiva y profesional, la condición de toda felicidad futura, el cultivo de la inteligencia intrapersonal debe ocupar un lugar de honor en la práctica educativa.

7. INTELIGENCIA INTERPERSONAL

La inteligencia interpersonal, también denominada social, faculta para entender y comprender a los otros. Una persona que cultive esta modalidad de inteligencia tiene una especial habilidad para las relaciones sociales, para establecer vínculos y alianzas empáticas con sus semejantes, lo cual es especialmente útil para generar proyectos en equipo y cohesionar grupos de trabajo.^[4]

La estimulación de este tipo de inteligencia no va unida al desarrollo de la inteligencia lógico-matemática o musical. Requiere de unos procesos de aprendizaje particulares. Hay personas, por ejemplo, que tienen una gran habilidad para resolver problemas matemáticos muy complejos y otras que tienen un oído excepcional para la música, pero que carecen de las habilidades necesarias para manejarse correctamente en la vida social. Una modalidad no garantiza la otra.

Las personas que cultivan a fondo la inteligencia social llegan a dominar el arte de empatizar, saben ponerse en la piel de los otros, captan sus padecimientos y sus alegrías, comunican hondamente con sus estados de ánimo.

Esta facultad es clave a la hora de gestionar la información y de comunicar noticias difíciles de digerir. Especialmente útil es el cultivo de la misma en los profesionales que interaccionan con personas en situaciones críticas, como médicos y enfermeras, pues, en muchas ocasiones, deben comunicar graves noticias y requieren de habilidad y de competencia para hacerlo de un modo adecuado. Hallar el modo de comunicar una verdad difícil de soportar exige un gran dominio de la inteligencia interpersonal.

La inteligencia interpersonal faculta para captar las diferencias y singularidades de los demás; en particular, para comprender los cambios de estado de ánimo, los temperamentos, las motivaciones e intenciones.

En las formas más desarrolladas, este tipo de inteligencia permite leer las

intenciones y los deseos de los demás, aunque estén ocultos. Esta capacidad se da de un modo especialmente sofisticado en los líderes religiosos, en los políticos, pero también en profesionales de ayuda y en los buenos docentes. Es lo que comúnmente se llama el don de gentes.

8. INTELIGENCIA NATURISTA

La inteligencia naturista faculta al ser humano para observar atentamente el entorno natural y estudiar los procesos que tienen lugar en él. Una persona que desarrolla tal forma de inteligencia tiene una especial habilidad para identificar los elementos de la naturaleza, clasificarlos y distinguirlos. Esta inteligencia capacita para la buena observación de los fenómenos y para sugerir hipótesis explicativas a lo que tiene lugar en ella.

Es la modalidad de inteligencia que desarrollan, especialmente, profesionales que operan en el entorno natural, como biólogos, geólogos, aventureros y exploradores. Ésta faculta para desenvolverse en la naturaleza y para descubrir sus estructuras subyacentes. Esta forma de inteligencia fue especialmente cultivada por los pensadores y científicos románticos que llevaron a cabo procesos de identificación de especies vivas movidos por su pasión por la naturaleza que concibieron como un organismo vivo, como manifestación de la misma divinidad.

¹ Cf. M. L. FERRERÓS, *Inteligencia musical: estimula el desarrollo de tu hijo por medio de la música*, Timum, 2008.

² Cf. M. KOCH, *La inteligencia corporal: todo lo que debes saber para mantenerte joven*, Editorial Sirio, 2006; M. CASTAÑER (Coord.), *La inteligencia corporal en la escuela. Análisis y propuestas*, Graó, Vic, 2007.

³ Cf. D. D. HOFFMAN, *Inteligencia visual. Cómo creamos lo que vemos*, Paidós, Barcelona, 2000.

⁴ Cf. M. SILBERMAN, *Inteligencia interpersonal: una nueva manera de relacionarse con los demás*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2001; M. SILBERMAN, F. HANSBURG, *Seis estrategias para el éxito: la práctica de la inteligencia interpersonal*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2005.

III. ¿Qué es la inteligencia espiritual?

1. DESHACIENDO ENTUERTOS

Durante la última década del siglo xx, se ahondó en las características y particularidades de la inteligencia emocional. Nadie científicamente serio cuestiona, en el presente, la existencia de tal forma de inteligencia, ni la necesidad de desarrollarla y de cultivarla en los procesos educativos. A lo largo del último lustro se han desarrollado múltiples aplicaciones de la misma, tanto en el terreno de lo personal, como en el ámbito educativo y laboral.

Se ha puesto de manifiesto, de un modo claro y distinto, que para desarrollarse correctamente en el entorno social, laboral, político o educativo, se requiere el cultivo de la inteligencia emocional y que ello es necesario para evitar múltiples naufragios y para el éxito en lo personal y en lo social.

La eclosión de la inteligencia emocional de la mano de Daniel Goleman, en la última década del siglo pasado, vino a corroborar científicamente lo que ya era una convicción plenamente presente en toda la tradición filosófica de Occidente, desde René Descartes hasta Xabier Zubiri, a saber, que el ser humano no puede definirse, únicamente, como un ente pensante, como una *res cogitans*, sino también y necesariamente como un ser que siente, dotado de corazón. Pensamiento y emoción constituyen dos dimensiones de la realidad humana y están mutuamente entrelazadas.

El debate abierto en los albores del siglo XXI, se centra en identificar otra forma de inteligencia, la *espiritual*, *existencial* o *trascendente* que, en el caso de existir, ampliaría significativamente el mapa de las inteligencias múltiples de Howard Gardner.

Desde que se ha iniciado este debate, se han publicado y difundido obras y monografías de distinta naturaleza en las universidades más relevantes del mundo. Desde diferentes disciplinas (psicología, filosofía, neurología, pedagogía) y desde perspectivas intelectuales, se aborda tal cuestión aunque no se llegue a las mismas conclusiones.

No es nuestra pretensión dar noticia de esta ingente producción bibliográfica, pues ello, en el caso de que fuere posible, superaría, con mucho, los límites de esta obra. Una simple panorámica bibliográfica da cuenta de la intensidad y de la complejidad del debate, de que se trata de una cuestión intelectualmente viva en los ámbitos de educación superior. Probablemente estamos asistiendo al nacimiento de una nueva

forma de comprender al ser humano, a la emergencia de un nuevo paradigma.

Howard Gardner se refirió a la inteligencia espiritual como inteligencia existencial o trascendente y la definió como «la capacidad para situarse a sí mismo con respecto al cosmos, como la capacidad de situarse a sí mismo con respecto a los rasgos existenciales de la condición humana como el significado de la vida, el significado de la muerte y el destino final del mundo físico y psicológico en profundas experiencias como el amor a otra persona o la inmersión en un trabajo de arte».

El psiquiatra Robert Cloninger se refiere a un modelo de personalidad que integra una dimensión que él denomina espiritualidad y autotrascendencia. Como veremos después, de la mano del creador de la logoterapia existencial, Viktor Frankl, la autotrascendencia es una capacidad singular en el ser humano, que le lleva a superar barreras y a adentrarse en terrenos desconocidos, a superarse indefinidamente a sí mismo, a buscar lo que se esconde más allá de los límites de su conocimiento.

Merece una especial atención, dentro del panorama bibliográfico internacional, la aportación de los profesores Zohar y Marshall (1997). Según estos dos científicos, la inteligencia espiritual complementa la inteligencia emocional y lógico-racional, y faculta para afrontar y trascender el sufrimiento y el dolor, y para crear valores; da habilidades para encontrar el significado y el sentido de nuestros actos.^[5]

Propiamente, el término *Inteligencia espiritual* fue acuñado por estos dos investigadores. Dahar Zohar es profesora de la Universidad de Oxford e Ian Marshall es psiquiatra de la Universidad de Londres. Ambos descubrieron que cuando las personas efectúan alguna práctica espiritual o hablan sobre el sentido global de sus vidas, las ondas electromagnéticas en sus cerebros presentan oscilaciones de hasta cuarenta megahercios a través de las neuronas. Estas oscilaciones recorren todo el cerebro, pero presentan una oscilación mayor y estable en el lóbulo temporal. Según Zohar, la inteligencia espiritual activa las ondas cerebrales permitiendo que cada zona especializada del cerebro converja en un todo funcional.

Según sus investigaciones, las personas que cultivan esta forma de inteligencia, la última que ha sido explorada hasta el presente, son más abiertas a la diversidad, tienen una gran tendencia a preguntarse el *porqué* y el *para qué* de las cosas, buscan respuestas fundamentales y, además, son capaces de afrontar con valor las adversidades de la vida. Según su perspectiva, las personas espiritualmente inteligentes buscan una concepción del mundo, tienden a valorar sus acciones y el conjunto de su itinerario y sus opciones de vida.

La inteligencia espiritual permite, pues, acceder a los significados profundos, plantearse los fines de la existencia y las más altas motivaciones de ésta. Es la inteligencia del yo profundo la que se enfrenta a las graves cuestiones de la existencia y,

a través de ella, busca respuestas creíbles y razonables.

Robert Emmons (2000) define la inteligencia espiritual como aquella capacidad que abarca la trascendencia del hombre, el sentido de lo sagrado y los comportamientos virtuosos. La relaciona directamente con la experiencia religiosa y ética. También la concibe como el uso adaptativo que hacemos de la información espiritual para facilitar la vida de todos los días, resolver problemas cotidianos y conseguir la realización de nuestros propósitos.

Según él, esta inteligencia espiritual da poder para trascender el mundo físico y cotidiano, y para tener una percepción más elevada de uno mismo así como del mundo circundante. También faculta para entrar en estados iluminados de conciencia, para significar la actividad y los acontecimientos con un sentido de lo sagrado. Capacita para utilizar recursos espirituales que permitan solucionar problemas de la vida y comportarnos de un modo virtuoso y asumir las responsabilidades de la vida.

Otros autores, en un plano más divulgativo, han desarrollado las virtudes de esta inteligencia en el ámbito de los negocios. Es el caso de Tony Buzan (2001), en su obra *El poder de la inteligencia espiritual*. En ella asegura que desarrollando tal tipo de inteligencia podemos relacionarnos más hondamente con los que nos rodean, desarrollar una actitud solidaria y aumentar el rendimiento.

Más allá de los aciertos y los desaciertos de esta obra, aporta una idea interesante: la inteligencia espiritual no sólo capacita para vivir experiencias cumbre, como la vivencia religiosa, estética y ética, sino que es útil para la vida práctica, para manejarse en los problemas cotidianos, afectivos y laborales.

Kathleen Noble (2000/2001) concibe la inteligencia espiritual como un poder innato del ser humano, pero que, como ocurre con todo lo que es innato, exige un desarrollo y una ejercitación para que pueda florecer y desarrollarse en su plenitud. La sensibilidad espiritual, o espiritualidad, es, esencialmente, una transformación de la persona y ésta exige una labor sobre uno mismo, un trabajo sobre el propio yo. Genera una calidad de ser que es el punto de partida del saber espiritual.

Un doble movimiento es necesario para alcanzar este fin: un proceso de interiorización y, simultáneamente, un movimiento de superación del *ego* que se abre a los otros. Como otros autores, subraya la capacidad que tiene la inteligencia espiritual para trascender el *ego* y abrirse a los otros, a la naturaleza y a todo cuanto existe. En este sentido, la inteligencia espiritual nos hace más abiertos y permeables, capaces de conectar con el fondo de los otros. Contrariamente a lo que pudiera pensarse, activa la inteligencia interpersonal y genera un tipo de relaciones sociales profundas y penetrantes.

Frances Vaughan (2002) la define como la vida interior de la mente y el espíritu, y

su relación con el ser en el mundo. La inteligencia espiritual implica, según este investigador, la capacidad para comprender con profundidad las cuestiones existenciales a través de distintos niveles de conciencia. Es, según él, más que una habilidad de la mente, pues conecta lo personal con lo transpersonal y el yo con el espíritu. Una persona espiritualmente inteligente tiene una enorme capacidad de conexión con todo lo que existe, pues es capaz de intuir los elementos que unen, lo que subyace en todos, lo que permanece, más allá de las individualidades.

David B. King (2007) ha explorado el concepto de inteligencia espiritual desde la Trent University de Peterborough (Ontario, Canadá). Considera que ésta nos hace hábiles para cuatro actividades. Capacita para el pensamiento existencial y crítico, faculta para contemplar críticamente la naturaleza de la existencia, la realidad, el universo, el espacio, el tiempo. En este sentido, trasciende la lógico-matemática, porque ésta no se adentra en las cuestiones existenciales, ni tampoco tiene capacidad crítica. Esta inteligencia es propia de los filósofos, pues su pensar es básicamente existencial y crítico.

Además, la inteligencia espiritual capacita para la generación de un sentido personal. Como veremos posteriormente, la pregunta por el sentido de la existencia y la búsqueda del mismo pertenecen, de lleno, a la inteligencia espiritual. Esta modalidad de inteligencia nos hace hábiles para identificar las dimensiones trascendentes de la realidad, de los otros, del mundo físico y, finalmente, habilita para una expansión del estado de conciencia. Nos hace aptos para entrar y salir de estados de conciencia como la conciencia cósmica, la contemplación profunda, la práctica de la oración y el ejercicio de la meditación.

Singh G. (2008) la concibe como una habilidad innata para pensar y para comprender el fenómeno espiritual y para orientar la existencia cotidiana a partir de una sabiduría libremente elegida por uno mismo. Según este autor, la inteligencia espiritual es la condición básica y fundamental para desarrollar la experiencia religiosa e interpretar los mensajes simbólicos de las tradiciones religiosas.

El ser humano tiene habilidad para elaborar herramientas y ecuaciones, para desarrollar sofisticadas técnicas y tecnologías, pero también para interpretar el sentido de un símbolo, de una parábola, de un rito y de un mensaje religioso. La inteligencia espiritual nos hace aptos para llevar a cabo esta faceta de la vida. Debidamente cultivada, hace del ser humano un *homo religiosus*.

A pesar de ello, la inteligencia espiritual no debe confundirse, ni identificarse sin más con la consciencia religiosa. La primera es la condición de posibilidad de la segunda. Sólo porque el ser humano tiene esta forma de inteligencia puede vivir la experiencia religiosa, pero la inteligencia espiritual es un dato antropológico, no una

cuestión de fe.

La creencia religiosa es una manifestación, un desarrollo de la inteligencia espiritual que consiste en la adhesión a un tipo de verdades que no pueden demostrarse racionalmente, que son objeto de fe. Esta adhesión da sentido a la vida humana y permite comprender los grandes momentos de la existencia: eventos como el nacimiento, la muerte, el amor y el sufrimiento.

La creencia es una cuestión de voluntad, pero también de inteligencia. Como indica José Ortega y Gasset, en *Ideas y creencias*, todo ser humano, por el mero hecho de serlo, vive en unas determinadas creencias, religiosas o no. La disponibilidad a creer se debe a esta forma de inteligencia que hay en él.

A partir de este breve y panorámico recorrido bibliográfico, uno se percató de que la inteligencia espiritual, más allá de las distintas y ricas caracterizaciones que se han esbozado, es específicamente humana, facultada para tener aspiraciones profundas e íntimas, para anhelar una visión de la vida y de la realidad que integre, conecte, trascienda y dé sentido a la existencia.

2. INTELIGENCIA ESPIRITUAL Y VIDA ESPIRITUAL

Una de las palabras más cargadas de significado a lo largo de la historia es el vocablo *espíritu* y el adjetivo *espiritual*. *Spiritus* significa lo mismo que el término griego correspondiente de *pneuma*, cuyo significado original es hálito. Que se diese tal nombre al espíritu se debió a la concepción materialista de los más antiguos filósofos griegos, que no podían entender por espíritu otra cosa que una cierta materia, por mucho que ésta fuese máximamente ligera y sutil. Al utilizar esta denominación acertaron plenamente con lo que pertenece a la esencia del espíritu: su falta de fijación, su ligereza, su movilidad.

Somos conscientes de la dificultad que conlleva el término *espiritual*. Sabemos que se trata de un término utilizado abusivamente a lo largo de la historia. Tradicionalmente, espíritu se ha opuesto a cuerpo y se ha desarrollado una visión del ser humano eminentemente dualista, donde ambas sustancias se plantean de un modo antitético y en clave de conflicto. Se consideraba, además, que la vida espiritual era una forma de huir del mundo, de apartarse de lo terrenal, de lo corporal, del mundo de las sensaciones e impresiones, mientras que la vida material se asociaba a lo animal, a lo físico y a lo mundanal.

Cuando afirmamos que el ser humano es capaz de vida espiritual en virtud de su

inteligencia espiritual, nos referimos a que tiene capacidad para un tipo de experiencias, de preguntas, de movimientos y de operaciones que sólo se dan en él y que, lejos de apartarle de la realidad, del mundo, de la corporeidad y de la naturaleza, le permiten vivirla con más intensidad, con más penetración, ahondando en los últimos niveles.

La vida espiritual no es una vida paralela a la vida corporal; está íntimamente unida a ella. Quien la cultiva, vive más intensamente cada sensación, cada contacto, cada experiencia, cada relación interpersonal. De hecho, quien se ejercita en la vida física predispone su ser a la vida espiritual. Como veremos más adelante, el cultivo de la inteligencia espiritual no exige, necesariamente, el retiro del «mundanal ruido», la ascesis y el olvido de la carne. El cultivo de la inteligencia espiritual pasa por la práctica del diálogo, del ejercicio físico y del deleite musical, entre otras posibilidades.

Siguiendo el pensamiento de Viktor Frankl, concebimos lo espiritual como lo libre en el ser humano, como lo que escapa a lo biológico, aunque esté intrínsecamente unido a lo somático. Al decir que la persona es un ser espiritual, no negamos su dimensión carnal y sensual, menos aún la despreciamos. Lo que indicamos es que su ser no se agota en ello, que trasciende su dimensión física y que, al hacerlo, la vive de un modo cualitativamente distinto que un ser que carece de inteligencia espiritual.

El modo como el ser humano vive su condición sexuada tiene unas particularidades distintas porque puede, en virtud de su espiritualidad, distanciarse de las pulsiones primarias y experimentar con más intensidad la interacción sexual. No sólo es capaz de ponerla entre paréntesis, sino de superar el *ego* y de abrirse a las necesidades ajenas, buscando, por encima del propio placer, el bienestar del otro. Por eso, además de satisfacer sus necesidades de orden sexual, es capaz de amar, de darse, de poner entre paréntesis las propias apetencias y priorizar el bien de la otra persona. La inteligencia espiritual faculta para amar más allá del instinto posesivo.

La vida espiritual libera al ser humano del orden de las necesidades y eso es lo que le convierte, propiamente, en persona. Siguiendo el pensamiento de Max Scheler, llamamos *persona* a aquel ser que puede comportarse libremente, en cualquier estado de cosas; a aquel ser capaz de oponerse a cualquier posición: no sólo a una posición externa; también interna. Esta capacidad requiere, como veremos, de educación, del cultivo de la inteligencia espiritual.

«Lo espiritual —afirma Viktor Frankl— nunca se diluye en una situación; siempre es capaz de *distanciarse* de la situación sin diluirse en ella; de guardar distancia, de tomar postura frente a la situación. Lo espiritual posee libertad partiendo de esa distancia, y sólo desde su libertad espiritual puede el ser humano decidirse en un sentido o en otro: a favor o en contra de una disposición, de una base caracterológica o de una predisposición instintiva; en una palabra: sólo desde su libertad espiritual puede

el hombre afirmar o negar su instinto.»^[6]

La inteligencia espiritual es propia y característica de la condición humana y, además, posee un carácter universal. Todo ser humano, más allá de sus características externas o internas, posee este tipo de inteligencia, a pesar de que puede hallarse en grados muy distintos de desarrollo. Toda persona tiene en su interior la capacidad de anhelar la integración de su ser con una realidad más amplia que la suya y, a la par, dispone de la capacidad para hallar un camino para tal integración.

Lo propio de la dimensión espiritual es la salida de sí, la penetración en la estructura de las cosas. Es lo que permite el fluir, que la persona se desprenda de sí misma y se abandone. La vida espiritual no es cerrazón, menos aún autismo. Es todo lo contrario: fluidez, donación y apertura.

Una persona espiritualmente sensible no se contenta con el conocimiento superficial de las cosas, del mundo, de lo que le rodea; no le basta con una visión panorámica; pretende ir a fondo y en este caminar descubre una serie de elementos y propiedades, de niveles de la realidad que a simple vista le habían pasado desapercibidos. La vida espiritual es profundidad, movimiento hacia lo desconocido, interés por lo que está oculto, por lo que es invisible a los ojos.

Esta potencia de irradiación es inherente a la dimensión espiritual, pero también puede darse la preocupación por sí mismo. El que se encierra en sí mismo herméticamente detiene la irradiación. Quien obra de esta manera, actúa en contra de lo espiritual y se niega a sí mismo.

Dice la filósofa judía Edith Stein: «Quien pervierte el ser espiritual lo *anula*, sin por ello poder suprimirlo por entero (...). El ser natural del espíritu, el fluir conservándose, es algo que *no cuesta nada*: el espíritu emplea en ello toda su fuerza sin gastarla. Es más, incluso sale ganando, puesto que entrar espiritualmente en otra cosa quiere decir a la vez recibirla dentro de sí. Recibir dentro de sí algo distinto y crecer espiritualmente gracias a ello, poder experimentar un incremento de ser, todas estas posibilidades pertenecen a la esencia del espíritu».^[7]

Cuando un ser humano niega su fuerza espiritual y de alguna manera trata de extinguirla sin poder, con todo, suprimirla, se convierte en un ser oscurecido y débil y, al mismo tiempo, encerrado en sí mismo, en el que no tiene cabida ninguna otra cosa.

La inteligencia espiritual impulsa a plantearnos interrogantes existenciales y a vivir experiencias que trascienden los límites habituales de los sentidos, que conectan con el fondo último de la realidad y que nos acercan al descubrimiento del verdadero potencial de cada uno. Es una especie de dinamismo que mueve a buscar la plenitud, al perfecto desarrollo de todo nuestro ser, a la profundidad y al sentido de lo que

hacemos, padecemos y vivimos. Se expresa en una profunda aspiración a una visión global de la vida y de la realidad que integre, trascienda y dé sentido a la existencia.

Esta inteligencia ocupa, dentro de la unidad de la naturaleza humana, un lugar central y dominante. Es ella quien da al todo el carácter de la personalidad y de la auténtica individualidad, quien hace que todos los estratos estén penetrados de ese carácter.

No negamos, en modo alguno, la vida instintiva del ser humano. Negarlo sería una ingenuidad. En todo ser humano está el instinto tanático y erótico, la pulsión de muerte y la unitiva y generadora de vida. No negamos el mundo exterior, ni el mundo interior; no somos solipsistas ni respecto al mundo exterior ni respecto al mundo interior.

Lo que subrayamos es que la inteligencia espiritual no nos contrapone al mundo — tanto el exterior como el interior—, sino que nos hace tomar postura frente a él, adoptar un *comportamiento* y este comportarse es libre. El ser humano no es esclavo de sus instintos. Toma postura, en cada instante, de su existencia tanto frente al entorno natural y social, el medio ambiente externo, como frente al mundo interno, psicofísico. Aspira a comprenderse a sí mismo y al mundo, a vivir una vida plena mientras esté en él.

En nuestras sociedades se requiere el cultivo de tal dimensión, pues están dominadas por la velocidad, el funcionalismo y el economicismo. El sentido no es algo que venga dado en ellas. Se muestran incapaces de procurar una visión global de la existencia humana y la consecuencia final de ello es la frustración y el vacío. Para hacer frente a tal situación, se requiere el cultivo de la inteligencia espiritual, la búsqueda de respuestas razonables a partir de la indagación personal y del diálogo, de la lectura y de la meditación de los grandes textos espirituales de la humanidad.

La vida espiritual no es patrimonio de las personas religiosas. Todo ser humano, por el mero hecho de serlo, es capaz de vida espiritual, de cultivarla dentro y fuera del marco de las religiones. En virtud de su inteligencia espiritual, necesita dar un sentido a su existencia y al mundo en el que vive, experimenta su existencia como problemática y necesita pensar qué tiene que hacer con ella.

La vida espiritual es el producto de la inteligencia espiritual. Si en el ser humano no hubiere esa forma de inteligencia, nunca jamás se habría planteado la apertura al misterio, el sentido de pertenencia al Todo, la búsqueda de un sentido a la existencia. Lo espiritual es una emergencia humana, el aspecto más noble que hay en él, su función más elevada, le convierte en un ser distinto del bruto.

La vida espiritual no se puede identificar con el conocimiento del propio yo, de sus rasgos psicológicos, límites y posibilidades naturales. Es apertura, movimiento, dinamismo hacia lo infinito. Este dinamismo todavía no demuestra la existencia del

Absoluto, pero indica una sed de plenitud, un movimiento hacia lo que no se es, hacia lo que no se posee. La vida espiritual está en potencia en el ser humano; requiere de unas condiciones, de unos contextos y de una educación para que se articule creativamente, para que alcance su máxima expresión.

Ésta fluye en el ser humano, no puede ubicarse en una determinada dimensión o faceta de su ser. La persona espiritualmente inteligente vive todas sus relaciones, sensaciones, conocimientos y experiencias desde lo espiritual. Engloba la totalidad de la vida humana.

Como expresa Søren Kierkegaard y, muchos siglos antes que él, Agustín de Hipona, somos seres finitos abiertos al infinito, seres efímeros abiertos a la eternidad, seres relativos abiertos al Absoluto. Esta apertura es consecuencia de la inteligencia espiritual, de la forma más elevada de inteligencia que se ha generado a lo largo de la evolución.

La espiritualidad es inherente a la persona como lo es su corporeidad, sociabilidad o su naturaleza emocional. Ningún ser humano puede vivir sin esta dimensión, especialmente si se mueve con hondas motivaciones y convicciones. Pertenece al sustrato más profundo del ser humano. Se dice de muchas maneras, incluye muchos campos posibles de realización. Según el teólogo suizo Hans Urs von Balthasar, la espiritualidad es la actitud básica, práctica o existencial propia del ser humano, es una conformación actual y habitual de su vida a partir de su visión y decisión objetiva y última.

3. NECESIDADES ESPIRITUALES

Existe un conjunto de necesidades en la persona que no es de orden corporal, ni psicológico, ni social. Es de orden espiritual. A menudo, este conjunto de necesidades se ubica en el campo de las psicológicas, pero no se pueden reducir al plano de lo mental o emocional. Irrumpen en lo más profundo del ser humano y exigen el trabajo de la inteligencia espiritual para poder responder satisfactoriamente a ellas.

Estas necesidades afectan al conjunto del ser humano, porque en él todo está interconectado y lo que afecta a una dimensión tiene consecuencias en otras. El esquema tridimensional (corporal, psíquico y social) no responde adecuadamente a la complejidad de necesidades y de posibilidades que se detectan en él, de ahí la necesidad de referirse a una cuarta dimensión: la espiritual.

Estas necesidades han sido tabuladas y consideradas en los entornos sanitarios más sofisticados del mundo. También se han estudiado por diversos colectivos. Se ha

planteado cómo dar respuesta a las mismas en el marco de una sociedad laica y plural, donde la respuesta confesional incluye a un segmento de población, pero no a todos. Se ha considerado que el ejercicio del cuidado integral no sólo afecta a la dimensión corporal, social y psicológica de la persona, sino que debe integrar también a la espiritual. Además de las necesidades de orden religioso, propias y características de todo creyente y que requieren una atención específica a partir del lenguaje simbólico y ritual de cada esfera religiosa, están las de orden espiritual, que son comunes y transversales a todo ser humano.

En las situaciones límite de la existencia humana, como la enfermedad terminal, el fracaso, el dolor, el deterioro o la proximidad de la muerte, estas necesidades se expresan muy enfáticamente y requieren de una respuesta satisfactoria. Emergen con mucha intensidad y requieren de una debida atención profesional. La vulnerabilidad física y emocional cataliza las necesidades de orden espiritual; por ello, no es extraño que éstas sean más visibles en entornos sanitarios que en otros.

Tal y como hemos desarrollado en otro lugar, siguiendo las intuiciones de la filósofa francesa Simone Weil, las necesidades de orden espiritual son las siguientes: la necesidad de sentido, la de reconciliación con uno mismo y con la propia vida, la de reconocimiento de la propia identidad como persona, la de orden, la de verdad, la de libertad, la de arraigo, la de orar, la simbólico-ritual y la de soledad y silencio.^[8] No pretendemos identificar cada una de ellas y mostrar sus múltiples expresiones, pero se expresan vehementemente en la persona enferma y requieren de la labor de la inteligencia espiritual para hallar la respuesta satisfactoria.

A pesar del progreso que se ha hecho en los últimos años, existen todavía reticencias y dificultades para reconocer la dimensión espiritual de la persona. El materialismo teórico y práctico es el más grande obstáculo para reconocerlas, pues reduce el ser humano a puro cuerpo.

Esta ideología no es, para nada, una nueva filosofía. En la historia se detecta una persistencia del materialismo que resulta obstinada. Ha recorrido todas las posiciones: la evolucionista con Darwin, la instintiva con Freud, la positivista con Comte y la relacional con Marx.

La materia es un componente de la realidad, pero no basta, ni siquiera en la ciencia. Junto a la masa hay que percibir la energía. Por ello, el materialismo es la cárcel del pensamiento, su negación. Ya Aristóteles advertía que no es el cuerpo el que contiene el alma, sino, al revés, el alma la que contiene el cuerpo, lo vivifica y lo dirige. No hay filosofía si no hay espiritualidad; no hay cultura sin espiritualidad.

El materialismo o la concepción materialista de la realidad, a lo largo del siglo xx, ha tenido que cambiar radicalmente en sus principios o paradigmas. La física actual

enseña que lo físico posee una estructura atómica y ésta posee una estructura que con dificultad se podría describir como material. La física nuclear explica que el núcleo está compuesto por protones y neutrones, conocidos desde hace mucho tiempo y que los neutrones están compuestos de algo todavía más pequeño que son los *quarks*.

No podemos olvidar que el materialismo ha supuesto una escuela o movimiento, desde el punto de vista científico, de importancia fundamental para comprender la realidad, el mundo que nos rodea. Sin embargo, lo que decimos y queremos ratificar es que este mismo movimiento está en constante progreso o evolución y el materialismo radical deja fuera de su alcance un extenso campo de la realidad.

La física cuántica socava la doctrina materialista, porque muestra que la materia posee menos sustancia de la que podríamos imaginar. La nueva física se ha abierto paso por encima de los dogmas centrales de la doctrina materialista. Todavía existe un avance mayor en esta nueva concepción de la física echando por tierra la imagen y la concepción que ofreció Newton de la materia. Este avance es la teoría del caos que últimamente ha llamado poderosamente la atención. En el fondo es sólo una parte del cambio tan radical que se ha dado en este sentido sobre la forma de pensar de los científicos en todo lo relacionado con los sistemas dinámicos.

4. ¿UNA ESPIRITUALIDAD LAICA?

Tradicionalmente se ha considerado que toda espiritualidad está unida a la vivencia religiosa; sin embargo, en la última década la fórmula *espiritualidad laica* ha adquirido cierta relevancia en algunos países europeos. Es una expresión que aparece reivindicada por parte de numerosos pensadores contemporáneos que reconocen el valor de lo espiritual en la vida humana, desligado de las tradiciones religiosas.

Esta reivindicación de lo espiritual y de las necesidades espirituales es, sin lugar a dudas, el síntoma de un profundo cambio de mentalidad en el mundo occidental. No resulta fácil interpretar esta transformación, pero como algunos indican, significa el despertar de un nuevo paradigma, de una nueva sensibilidad que se abre camino después del fracaso de las propuestas y de los modelos de liberación de la sociedad materialista y consumista.

En Francia, por ejemplo, la reflexión sobre la espiritualidad laica ha ocupado la mente de pensadores como Bernard Besret, Luc Ferry, René Barbier y, más recientemente, de André Comte-Sponville.

Bernard Besret, en su libro *Du bon usage de la vie* (1996), propone a todos, creyentes y no creyentes, un arte de vivir partiendo de los elementos fundamentales de

la condición humana: la salud y la enfermedad, la palabra y el silencio, la muerte y el sufrimiento. Para él, la espiritualidad tiene que ser liberada de toda cadena dogmática y constituir un patrimonio común que permita a cada uno orientarse hacia lo esencial. Esta búsqueda espiritual, adaptada al mundo contemporáneo, está muy presente en la obra de Raimon Panikkar, aunque en él se articula desde una particular dimensión vinculada al cristianismo y al budismo.

Luc Ferry constata la permanencia de cuestiones de orden espiritual en nuestras sociedades secularizadas. A su juicio, la espiritualidad no debe entenderse como una trascendencia vertical, que vincula el ser humano al Absoluto, sino como una trascendencia horizontal, que le vincula a sí mismo, a los otros y al conjunto de la naturaleza. A su juicio, la espiritualidad laica se vive en este mundo terrenal, sin referirse a ningún más allá trascendente. Entiende la espiritualidad laica como una forma de religación inmanente, como una vinculación profunda con todo lo que existe. Esta tesis es muy próxima a la de André Comte-Sponville cuando defiende la necesidad de recuperar una espiritualidad sin Dios, sin credos, sin iglesias y sin dogmas.

Para René Barbier, la espiritualidad es una dimensión sagrada del ser humano que está más allá de las instituciones y de las definiciones racionales. Según su punto de vista, la espiritualidad es un instrumento crítico de la racionalidad científica y de la creencia religiosa. Desde ella, se puede elaborar una aguda crítica del desarrollo científico y técnico, y evitar sus excesos, pero también puede salvarnos del dogmatismo de algunas manifestaciones religiosas.

Algunos pensadores como Gabriel Madinier reivindican la espiritualidad laica como un antídoto a los mecanismos de programación social. En una sociedad como la nuestra, que ha sido llamada sociedad del espectáculo, del divertimento y del consumo masivo, que constantemente nos solicita salir fuera de nosotros mismos y desparramarnos en un sinfín de actividades, la espiritualidad es una inversión de la diversión, consiste en aprender a ensimismarse y, por ello, permite un mejor conocimiento de uno mismo, indispensable para el desarrollo armónico de la persona. Según este lúcido pensador, educar la inteligencia espiritual de los jóvenes y adolescentes es dotarles de una herramienta útil y eficiente para enfrentarse a los mecanismos de programación social.

Más allá de las distintas lecturas y controversias que suscita la idea de una espiritualidad laica, se debe reconocer que lo espiritual vuelve, de nuevo, a entrar en el mundo de lo intelectual y a considerarse como un dato específicamente humano que requiere atención.

La espiritualidad, sea laica o religiosa, atea o teísta, panteísta o politeísta, horizontal o vertical, es una riqueza del ser humano que no se puede desestimar.

5. INTELIGENCIA ESPIRITUAL E INTRAPERSONAL

En su conocido libro sobre las inteligencias múltiples, Howard Gardner escribe: «La inteligencia moral o espiritual constituye una candidata bastante razonable para ser la octava inteligencia, aunque también existen buenas razones para considerarla una amalgama de la inteligencia interpersonal y de la inteligencia intrapersonal, a las que se suman un componente valorativo. Lo que se considera moral o espiritual depende mucho de los valores culturales; al describir las inteligencias tratamos con habilidades que los valores de una cultura pueden movilizar, más que con comportamientos que se valoran de una manera u otra».

En algunos aspectos, la inteligencia espiritual linda con la intrapersonal, pero no se puede reducir a ella. El foco de la inteligencia intrapersonal es el yo, su mundo de posibilidades y de necesidades. Capacita para forjarnos una visión correcta de lo que somos, pero le son ajenas preguntas existenciales y metafísicas que afectan al sentido del cosmos, de la historia, del bien, del mal y del más allá de la muerte.

La inteligencia intrapersonal, debidamente ejercitada, permite comprender nuestras emociones y pensamientos, los recuerdos que operan en la mente y también las expectativas y los deseos. Incluso podemos llegar a entender los impulsos y temores que proceden del inconsciente, pero es ajena a las cuestiones fundamentales de la vida humana.

La inteligencia espiritual abre la mente a una constelación de preguntas que exceden las posibilidades de las otras modalidades de inteligencia. Son las preguntas últimas que, de un modo espontáneo, emergen del ser humano cuando no se le reprime ni se le coacciona. Tales preguntas carecen de una respuesta definitiva por parte de la ciencia, pero no por ello son absurdas ni estériles. Expresan un dinamismo profundamente arraigado en el ser humano: una insaciable voluntad de saber. No basta con decir que carecen de sentido, que son insensatas o que son cuestiones mal formuladas. Expresan el deseo de trascender, de cruzar los umbrales y los límites del saber.

A nuestro juicio, estas preguntas últimas se pueden desglosar en siete bloques:

- a) Preguntas por el propio yo, su realidad, su fundamento último. Se resumen en la pregunta: *¿Quién soy yo?*
- b) Preguntas sobre el destino futuro, la inmortalidad personal y el propio modo de ser

después de la muerte. Se resumen en la pregunta: *¿Qué será de mí?*

- c) Preguntas sobre el propio origen, el yo del pasado y lo que queda o no queda de él, el enigma del nacer y, últimamente, la propia razón de ser. Se resumen en la pregunta: *¿De dónde vengo?*
- d) Preguntas por el sentido de la vida, el ser de las cosas, la realidad y la ficción, el enigma del universo y el secreto de la vida. Se resumen en la pregunta: *¿Cuál es el sentido de la vida?*
- e) Preguntas por la finalidad de la vida humana y del universo entero, por el para qué radical de todo. Se resumen en la pregunta: *¿Para qué todo?*
- f) Preguntas por el origen del mundo, el por qué último de todo o el sentido del pasado y la historia humana. Se resumen en la pregunta: *¿Por qué todo?*
- g) Preguntas sobre la posibilidad de un Dios, sobre el misterio del mal en el mundo, sobre nuestra hipotética relación con Él. Se resumen en las preguntas: *¿Existe Dios? ¿Dónde está?*

Como sugiere el antropólogo Juan Masiá, se dan cuatro posturas frente a estas graves preguntas: a) No querer reconocerlas como preguntas, b) Resolverlas dogmáticamente, c) Desesperar de hallar respuestas, d) Buscar incesantemente.^[9] Nosotros creemos que, además, se puede añadir una quinta: Hallar una respuesta orientativa y provisional en el marco de una tradición filosófica y/o religiosa.

No es nuestro objetivo explorar cada una de estas posibilidades, ni abordar las posibles respuestas que entraña cada una de ellas. Sólo constatamos que la mera existencia de estas preguntas es un dato que debe considerarse como una expresión de la vida espiritual.

Los modos y las formas de dar respuesta a cada una de ellas varía según contextos, personas y situaciones históricas, pero en todo ser humano, subsiste este preguntar último, porque emerge de su inteligencia espiritual de modo espontáneo.

6. LA INTELIGENCIA ESPIRITUAL Y EL CUERPO

La persona no sólo dispone de un cuerpo que puede utilizar, manejar, controlar, dominar y que siente especialmente al vivir sus limitaciones, sobre todo en el cansancio, en la enfermedad o en la impotencia; ella misma es cuerpo, aunque no *sólo* cuerpo.

En virtud de la inteligencia espiritual, el ser humano es capaz de generar un mundo intangible. Por ello, es más que cuerpo. Los demás seres están sentenciados a vivir sujetos al repertorio de conductas dictadas por la especie, aunque este complejo repertorio pueda ser enriquecido por el aprendizaje. El ser humano es mucho más que

eso. Sólo el hecho de reflexionar sobre ello señala un campo que le sitúa en un plano radicalmente distinto.

Se puede discutir si este campo es inferior o superior, pero, en cualquier caso, distinto. En esta distinción radica ese tesoro que denominamos *libertad*. El principio de libertad radica en la posibilidad de liberarse de los dictados imperiosos del cuerpo. No podemos salirnos del cuerpo, no podemos dejar de ser cuerpo, pero podemos ser más que cuerpo.

El cuerpo no es solamente una realidad material, sino el instrumento de que nos valemos para actuar y crear. El pintor, el músico y la mayor parte de los artesanos dependen de la inteligencia corporal, en particular, de la habilidad de sus manos, para llevar a cabo sus obras. Al igual que para muchas profesiones se requiere fuerza o movilidad de todo el cuerpo para alcanzar los objetivos. En todos estos casos, la salud y el funcionamiento normal del cuerpo son condición del éxito.

El cuidado y la ejercitación del cuerpo, realizados conforme a un plan y con vistas a unos objetivos determinados, contribuyen a que pueda llegar a ser lo que está llamado a ser. Sólo lo alcanzará si obedece a los fines e ideales que se establecen desde la inteligencia, que es la que impulsa y guía voluntariamente la vida de la persona.

El cuerpo es la expresión y el instrumento de la inteligencia. El que es un agudo observador y está acostumbrado a la reflexión profunda, lo expresa en su mirada, y también su frente tiene una impronta similar. La impronta que comunican al cuerpo, y especialmente al rostro, está en directa correspondencia con el cultivo de la inteligencia, ya que los movimientos puntuales y su frecuente repetición tienen sus raíces en las disposiciones de la inteligencia.

Por regla general, nuestro cuerpo atrae nuestra atención y se convierte en objeto de actos voluntarios solamente cuando notamos resistencia y obstáculos de su parte, como sucede con el cansancio corporal o con las actividades para las que aún no está ejercitado.

Una persona espiritualmente enérgica obtiene de su cuerpo, incluso contra la resistencia de éste, cuanto necesita de él para realizar una tarea: sigue caminando, aunque esté cansado, para llegar a su destino, o repite los ejercicios de digitación hasta que puede tocar con la facilidad de quien está practicando un juego.

Quien trata así a su cuerpo, lo tiene en su poder de una manera totalmente distinta de quien cede a él. La recia disciplina es algo que se nota en el cuerpo mismo, a la vez que implica también una determinada impronta de la inteligencia.

«La fuerza corporal y la fuerza espiritual —escribe Edith Stein— no son independientes entre sí: cuando nuestro cuerpo se cansa, esto es, tras un esfuerzo corporal; el rendimiento espiritual es o bien enteramente imposible o bien posible

solamente con un gran esfuerzo. Y viceversa: el esfuerzo espiritual produce cansancio corporal.»[\[10\]](#)

Cuando uno está fresco, pide actividad, la inicia por sí solo y trabaja fácilmente sin esfuerzo, pero cuando lleva cierto tiempo trabajando, ese frescor desaparece y deja paso al cansancio corporal. Que el ser humano pueda seguir trabajando o haciendo un esfuerzo muestra que no es un autómatas, ni una máquina que, sencillamente, se para cuando se queda sin cuerda. Su libertad, que emana de la potencia espiritual de su ser, le permite disponer de su propia fuerza, puede utilizar la que nota en él, que nota en el sentimiento de frescor y en el impulso a la actividad, tanto para la actividad corporal como para la intelectual.

Existe, pues, una íntima relación entre la inteligencia corporal y la espiritual. La primera faculta para dirigir los movimientos del propio cuerpo y orientarlos según los fines que hayamos establecido a priori. La inteligencia espiritual permite tomar distancia de él y trascenderlo, desafiar sus límites, llevarlo hasta extremos no imaginados.

La fuerza espiritual que emana del ser humano permite superar barreras y dificultades que no es posible cruzar con la sola inteligencia corporal. Los grandes filósofos estoicos y cínicos, que practicaron la indiferencia del mundo y el autodomínio mental, enseñaron, con éxito, técnicas de concentración y meditación a los atletas griegos y romanos y, gracias a ellas, superaron fronteras difíciles. La práctica de la meditación y del autodomínio permite al atleta superar una serie de escollos que no es capaz de hacer sólo con la ejercitación física. De ahí el interés que existe también desde el mundo del alto rendimiento físico por la meditación espiritual.

7. INTELIGENCIA ESPIRITUAL Y EMOCIONAL

La descripción y el análisis exhaustivo de esta forma de inteligencia es obra de Daniel Goleman, que se dio a conocer mundialmente con su libro *Inteligencia emocional*.[\[11\]](#)

La inteligencia emocional habilita para identificar, expresar y canalizar las propias emociones, pero también para captar y comprender las emociones de las otras personas.
[\[12\]](#)

El dominio del fondo emocional de la persona y su correcta expresión y canalización es una habilidad fundamental no sólo para la vida personal, familiar y social, sino, de un modo especial, para obtener éxito en la vida laboral. No en vano,

desde la publicación del famoso libro, el desarrollo de la inteligencia emocional se considera clave en la formación de un líder.

La capacidad para transmitir emociones positivas como, por ejemplo, el entusiasmo, es determinante para su puesta en marcha y posterior desarrollo; pero también la capacidad de canalizar en el espacio y en el tiempo adecuado las emociones negativas como, por ejemplo, la envidia o el resentimiento, que entorpecen gravemente el desarrollo de un proyecto personal o laboral.

Una persona inteligente desde el punto de vista emocional tiene recursos y habilidades para dominar y controlar el fondo emocional que emerge de su ser, especialmente cuando es negativo y su manifestación tiene consecuencias negativas para él y también para los otros.

⁵ Cf. D. ZOHAR, I. MARSHALL, *Inteligencia «espiritual»*, Plaza & Janés, Madrid, 2001.

⁶ V. FRANKL, *El hombre doliente*, Herder, Barcelona, 1990, pp. 174-175.

⁷ E. STEIN, *Obras completas*, vol. IV, Monte Carmelo, Burgos, 2003, p. 682.

⁸ Cf. F. TORRALBA, «Necesidades espirituales del ser humano. Cuestiones preliminares», en *Labor Hospitalaria* 271 (2004), pp. 7-16.

⁹ Cf. J. MASÍA, *Para ser uno mismo*, Desclée, Bilbao, 1999, cap. 7.

¹⁰ E. STEIN, *Obras completas*, vol. IV, Monte Carmelo, Burgos, 2003, p. 685.

¹¹ Cf. D. GOLEMAN, *La inteligencia emocional*, Kairós, Barcelona, 1996.

¹² Cf. W. GLENNON, *La inteligencia emocional de los niños: claves para abrir el corazón y la mente de tu hijo*, Ediciones Oniro, 2004; L. SHAPIRO, *La inteligencia emocional de los niños*, Ediciones B, Barcelona, 2006; J. DANN, *Aprenda las claves de la inteligencia emocional*, Planeta, Barcelona, 2004; S. SIMMONS, J. C. SIMMONS, *Cómo medir la inteligencia emocional*, Edaf, 1998; L. LANTIERI, *La construcción de la inteligencia emocional*, Aguilar, Madrid, 2009; E. CRARY, *Crecer sin pelear: cómo enseñar a los niños a resolver conflictos con inteligencia emocional*, RBA, Barcelona, 1998; C. A. ANTUNES, *El desarrollo de la personalidad y la inteligencia emocional*, Gedisa, Barcelona, 2000; D. MARTIN, K. BOECK, *¿Qué es la inteligencia emocional?*, Edaf, 2000.

IV. Los poderes de la inteligencia espiritual

1. LA BÚSQUEDA DEL SENTIDO

La búsqueda sin término, el anhelo de una vida plena, la aspiración a la total realización son rasgos perfectamente identificables en el ser humano. Se expresan de múltiples modos, pero desde su experiencia de ser inacabado, siempre está en búsqueda.

La búsqueda del sentido no es un producto de la cultura, ni un fenómeno artificial. Emerge de lo más hondo del ser, como una necesidad primaria, como una pulsión fundamental. Puede permanecer en un estado silente, como en letargo, pero en determinados contextos, brota con fuerza. El ser humano, en virtud de su inteligencia espiritual, es capaz de interrogarse por el sentido de su existencia, tiene el poder de preguntarse por lo que realmente dota de valor y de significado su estancia en el mundo.

Esta cuestión resulta extraña y ajena a cualquier otro ser vivo. En los seres vivos más complejos detectamos propiedades y capacidades similares a las del ser humano. En grados distintos, podemos distinguir en los mamíferos superiores formas de inteligencia lingüística, emocional, interpersonal, pero la inteligencia espiritual es una modalidad específicamente humana.

La inteligencia espiritual permite, por un lado, interrogarnos por el sentido de la existencia y, por otra, buscar respuestas plausibles a la misma. No existe una única respuesta a tal pregunta, ni tampoco se puede esperar una respuesta concluyente desde las ciencias experimentales. Cada ser humano está llamado a dotar de sentido su existencia, pero el modo como la dote depende del desarrollo de su inteligencia, de las interacciones y de su bagaje educativo y cultural.

La pregunta por el sentido es la primera expresión de que el ser humano no es un mero hecho natural. Está abierto a unas realidades y a unos valores que dan a su vida dignidad. Sea cual sea la formulación concreta, «¿Vale la pena vivir?», «¿Tiene sentido la vida?», «¿Qué me cabe esperar?» son preguntas que hacen explícito el carácter misterioso de la persona. Este carácter aflora cuando uno se hace preguntas sobre sí mismo y sobre el mundo. Cuando se supera el nivel de las apariencias accesibles y se llega a las raíces se desata una intensa vida espiritual.

La pregunta por el sentido es expresión de la peculiar forma de ser que comporta ser humano; de la original forma de vida que es la vida humana. Éste necesita incluir en

el hecho de vivir, para que su vivir sea humano, que éste valga la pena, que tenga un sentido. Puede estimar que es un fracaso vivir si para ello tiene que sacrificar las realidades que dan valor a su vida. Por eso está dispuesto a sacrificar la vida a las razones de vivir.

Deseamos vivir una vida con sentido, tener una existencia con significado. Esta fuerza primaria que brota de lo más íntimo puede expresarse vehementemente, pero también permanecer en un estado de posibilidad. Es algo inherente, aunque no siempre se desarrolle con todo su potencial. Sólo si uno tiene la capacidad de enfrentarse a tal cuestión, puede transformar el modo de su existencia. También puede dimitir, relegarla a un segundo plano, desplazarla, pero, al hacerlo, está desechando la única posibilidad de encauzar una existencia feliz.

La expresión *sentido de la vida* incluye, al menos, tres significados: en primer lugar, se refiere al significado que contienen los múltiples acontecimientos que configuran la vida. Esto supone que la vida humana, con todas sus ondulaciones, tiene una lógica. El segundo significado se apoya en la imagen de la dirección, como la del curso de un río. Tal imagen representa la vida como una sucesión de momentos orientados entre un antes y un después, una espera y un cumplimiento, una posibilidad y una realización. Es la cualidad que hace de la mera sucesión de hechos una historia formada por acontecimientos que se iluminan los unos a los otros y se orientan de acuerdo con un principio y un fin. La tercera significación lleva a relacionar *sentido* con *valor*, y, aplicado a la vida, es lo que la hace digna de aprecio y lo que justifica que valga la pena vivir.

Existe una íntima relación entre felicidad y sentido. No es irrelevante cultivar tal pregunta y buscar, por ensayo y error, posibles respuestas a la misma, pues, lejos de ser una pregunta abstracta o esotérica, es de vital transcendencia porque afecta directamente el modo de sentir y de percibir la propia existencia.

La voluntad de sentido (*die Wille zum Sinn*), bella expresión de Viktor Frankl, no es una cuestión de fe. Es un hecho, un fenómeno que se detecta en lo más hondo de la entraña humana. Frankl, discípulo heterodoxo de Sigmund Freud, fue más lejos que su maestro y mostró cómo, además de las pulsiones erótica y destructiva, hay en el ser humano un deseo fundamental, una voluntad tan intensa como aquellas pulsiones: la voluntad de dar sentido a la vida, de tener una existencia con significado, de hallar una razón, un motivo para el que merezca la pena vivir.

Independientemente de las creencias que uno profese y del marco cultural y religioso en el que esté ubicado, la cuestión por el sentido no es una excrecencia de las religiones ni un fenómeno cultural concreto que emerja artificialmente, sino un hecho que, expresado de distintas maneras y con distintos lenguajes, une a todos los seres

humanos.

Sólo el ser humano que tiene la experiencia de vivir su vida, la de todos los días, con sentido, goza de una percepción subjetiva de bienestar interior. Es la vivencia de la felicidad. Sin embargo, cuando uno experimenta que su vivir carece de sentido, que es una pura iteración de lo mismo, una mecánica rutina de hechos y de rituales laborales, sociales y familiares, siente un estado de ánimo que es la infelicidad.

En tal situación, se pone de relieve la íntima relación que existe entre la inteligencia espiritual y la emocional. Por mucho que uno intente tener una vida emocional plena y satisfactoria, sentirse bien consigo mismo y con los otros, ello no será posible si no se enfrenta a la cuestión del sentido y trata de vivir su existencia como algo dotado de significado. Si percibe interiormente que su vida tiene valor, que tiene sentido lo que construye a diario con su existencia, eso repercute positivamente en su estado emocional y, naturalmente, en la interacción con los otros.

Como indica el padre de la logoterapia existencial, Viktor Frankl, el sentido de la existencia se basa en su carácter irreversible. Si la vida fuera reversible, si tuviéramos la posibilidad de dar marcha atrás y de recuperar lo que Marcel Proust denomina el «tiempo perdido», la pregunta por el sentido sería baladí, pero, el inapelable hecho de la irreversibilidad entraña verdadera seriedad a la existencia.

No podemos deducir la plenitud de sentido de una vida por el hecho de que ésta haya sido más o menos larga. La longevidad no dice nada del sentido o sinsentido que una vida ha tenido, pues éste depende del modo *como* se ha empleado el tiempo que uno ha recibido como don, y no de la cantidad de tiempo que ha vivido.

El sentido no depende del tiempo cronológico. Uno puede estar más o menos tiempo en el mundo; pero ello nada tiene que ver con el significado de una existencia. La cuestión no radica en sobrevivir más o menos tiempo, sino en hallar la razón por la que merezca la pena estar, la causa que justifique existir, luchar y sacrificarse. El sentido tampoco está unido al espacio. Uno puede vivir aquí o acullá, pero ello no determina el sentido de una existencia.

No es decisiva la duración ni la localización de la existencia, sino su plenitud de sentido. Si no existiera la muerte, la vida sería infinita y carecería de sentido. La inteligencia espiritual nos habilita para formularnos tal pregunta, pero ésta acaece de un modo radical cuando uno asume, en la intimidad más íntima de todas, su condición mortal, integra en su ser que tiene que morir y que no puede escapar a la cita con la muerte.

Según Viktor Frankl, existen tres caminos para encontrar el sentido a la vida: *a)* Hacer o producir algo, *b)* Vivenciar algo o amar a alguien, *c)* Afrontar un destino inevitable y fatal con una actitud de firmeza adecuada. Según su punto de vista, el

sentido de la vida se concreta en el verbo *dar* y en hacer ver al mundo que, con nuestro ser y hacer, con nuestro trabajar, la vida cobra sentido precisamente en las cosas que hacemos *en y para* el mundo.

2. EL PREGUNTAR ÚLTIMO

La inteligencia espiritual da poder al ser humano para formularse preguntas últimas o cuestiones fundamentales de la existencia. No son cuestiones absurdas éstas. Aunque no tengamos respuestas concluyentes ni definitivas a las mismas, este tipo de interrogaciones son un producto de la inteligencia espiritual.

No pretendemos realizar el inventario completo de las mismas, pero sí, cuanto menos, identificar algunas de las fundamentales: ¿Para qué estoy en el mundo? ¿Qué sentido tiene mi existencia? ¿Qué puedo esperar después de mi muerte? ¿Qué sentido tiene el mundo? ¿Para qué sufrir? ¿Para qué luchar? ¿Qué es lo que merece ser vivido? ¿Qué merece la pena hacer? ¿Cómo debo dotar de sentido a *mi* vida?

Estas cuestiones emergen de lo más hondo de la consciencia humana, pero sólo pueden emerger porque en el ser humano hay un tipo de inteligencia diferencial. Esta inteligencia da la capacidad para penetrar en la más íntima estructura de la realidad, en esos interrogantes que trascienden el método científico y que están fuera del imaginario social.

No disponemos de respuestas evidentes a tales preguntas, pero el preguntar último, la búsqueda del para qué constituye un estímulo al desarrollo filosófico, científico y tecnológico de la humanidad.

Los más grandes pensadores de la humanidad se han caracterizado por cultivar en el máximo nivel su inteligencia espiritual y proponer respuestas razonables. Escribe Ludwig Wittgenstein en su *Diario filosófico*: «¿Qué sé sobre Dios y la finalidad de la vida? Sé que este mundo existe. Que estoy situado en él como mi ojo en el campo visual. Que hay algo problemático en él que llamamos su sentido. Que este sentido no radica en él, sino fuera de él. Que la vida es el mundo. Que mi voluntad penetra el mundo. Que mi voluntad es buena o mala. Que bien y mal dependen, por tanto, de algún sentido del mundo [...] Pensar en el sentido de la vida es orar». ^[13]

La inteligencia espiritual da el poder de problematizar, de convertir la realidad personal en un problema que debe resolverse, de entender la existencia como un proyecto creativo. Una cosa es indagar cómo es el mundo físico, otra es interrogarse por el sentido del mismo. Cuando nos formulamos este tipo de preguntas estamos ejercitando la inteligencia espiritual.

A través de la inteligencia naturista, el ser humano se acerca a la naturaleza y trata de explicar su organización interna, la clasifica y la comprende a partir de leyes de carácter universal. La inteligencia espiritual no se satisface con el *cómo*, ni con el *porqué*. Necesita conocer el *para qué*. El *para qué* es la pregunta teleológica, la que indaga el objetivo último de toda actividad, de todo proceso.

Una cosa es conocer la fisiología de un organismo, el sistema nervioso de un mamífero o las características de la fauna de un determinado territorio. Este campo de exploración atañe a la inteligencia naturista, pero el preguntar de la inteligencia espiritual no se relaciona con lo material o lo formal. Lo que ella pregunta es qué sentido tiene la pluralidad en el mundo y qué sentido tiene la existencia individual en el conjunto del cosmos.

La búsqueda del sentido último de la existencia se detecta ya en el niño. Cuando no se le limita o coarta, surge en él su dimensión espiritual. En su despertar afloran las preguntas trascendentales que los adultos no siempre sabemos responder, porque muy habitualmente no hemos pensado suficientemente en ellas. La pregunta por el sentido de la existencia no es patrimonio de los adultos, sino que ya está incipientemente expresada en el niño. Al niño no sólo le interesa conocer *cómo* vivir, sino *para qué*, cuál es la razón que va a dotar de sentido su existencia.

Los grandes filósofos del siglo XX han puesto de manifiesto los límites del pensar científico para resolver tamaña cuestión. La inteligencia lógico-matemática nos faculta para resolver cuestiones difíciles respecto al mundo de la lógica y de las entidades abstractas y puras, pero no tiene poder para formular la cuestión del sentido de la existencia y, menos aún, para ofrecer un abanico de opciones.

Cuando el matemático se formula tal cuestión, está ejerciendo su inteligencia espiritual. Cuando el físico, admirado por la cúpula celestial, se pregunta qué sentido tiene su existencia, qué es lo que la hace valiosa, se desplaza del lenguaje de la física y expresa una necesidad de orden espiritual. Si trata de ahondar en ello, debe abandonar el instrumental matemático y cultivar su inteligencia espiritual. La reflexión científica cataliza tal pregunta, del mismo modo que la audición musical o la reflexión sobre la propia identidad, pero ésta no pertenece al dominio de lo científico, musical o social.

El filósofo y matemático Edmund Husserl escribe: «En la miseria de nuestras vidas, la ciencia no tiene absolutamente nada que decirnos, pues excluye por principio los problemas que son más acuciantes para el hombre: saber si tiene o no tiene sentido la vida de uno tomada como un todo».^[14]

La inteligencia espiritual da poder para adentrarnos en estos acuciantes problemas. Ello hace de la vida humana algo enteramente distinto de la del animal. Abre una perspectiva radicalmente nueva, pues la voluntad de sentido, cuando es vivida con

intensidad, le lleva a uno a superar y a trascender el orden de las necesidades biológicas, sociales, psicológicas.

Se ha dicho, con razón, que la pregunta por el sentido es la pregunta humana por excelencia, la que define el umbral de lo humano en la escala de los seres del mundo. Experimentar el carácter problemático de la existencia está reservado exclusivamente al ser humano.

Martin Heidegger, discípulo heterodoxo de Edmund Husserl, sostiene que «cuando el más apartado rincón del globo haya sido conquistado técnicamente y explotado económicamente; cuando un suceso cualquiera sea rápidamente accesible en un lugar cualquiera y en un tiempo cualquiera; cuando se puedan experimentar simultáneamente el atentado a un rey en Francia, y un concierto sinfónico en Tokyo; cuando el tiempo sólo sea rapidez, instantaneidad y simultaneidad, mientras que lo temporal, entendido como acontecer histórico, haya desaparecido de la existencia de todos los pueblos, cuando el boxeador rija como el gran hombre de una nación; cuando en número de millones triunfen las masas reunidas en las asambleas populares, entonces, justamente entonces, volverán a atravesar todo este aquelarre, como fantasmas, las preguntas: ¿Para qué? ¿Hacia dónde? ¿Y después qué?». [\[15\]](#)

El desarrollo de la ciencia y de la tecnología no va necesariamente parejo al crecimiento de la inteligencia espiritual. De hecho, es fácil detectar hipertrofias y atrofas en el mundo en el que nos hallamos. En él se está perpetrando un acelerado progreso científico y tecnológico, pero esto no va acompañado de un crecimiento de la convivencia social, ni del desarrollo armónico de la vida emocional.

La anemia espiritual que se detecta en la vida social es una clara expresión de este desfase. No hay un desarrollo uniforme de las distintas facetas o dimensiones del ser humano y ello tiene como consecuencia final el desequilibrio, la tensión. Este crecimiento unidimensional acarrea graves consecuencias. Una correcta educación debe velar por el óptimo desarrollo de todas sus dimensiones y por una adecuada estimulación de las distintas formas de inteligencias que hay en él.

Jacques Maritain, en *Por una filosofía de la educación* (1947), expone la necesidad de una educación de lo espiritual. Según el pensador francés, la educación tiene por tarea esencial formar a la persona, pero esta formación escapa tanto al maestro como al discípulo y reside en lo que él denomina el «principio vital interior». A su juicio, la espiritualidad es la esencia de la educación. No se puede medir ni cuantificar, pero funda la acción educativa. Olvidar esta dimensión esencial significa reducir el aprendizaje a una mecánica sin significado humano al servicio del rendimiento.

El agente determinante de la educación está en la vida espiritual del discípulo. A su juicio, el educador tiene que despertar las capacidades espirituales del discípulo,

hacerlas crecer. El arte del maestro, ejercido de una manera dialógica, tiene como misión conducir al discípulo a concebirse a sí mismo como una obra entre sus manos y a hacer de su vida una tarea que sólo él puede cumplir. Este despertar interior no se puede transmitir como un objeto de conocimiento, sino por la vía de la experiencia.

El cultivo de la inteligencia lógico-matemática ha hecho posible la colonización tecnológica del mundo, la creación de un mundo artificial, donde se ha progresado significativamente en confort y bienestar, también en fluidez comunicativa y en velocidad de interacción, pero ello no significa que se haya adelantado en el cultivo de la inteligencia espiritual.

3. LA CAPACIDAD DE DISTANCIAMIENTO

La inteligencia espiritual da poder para tomar distancia de la realidad circundante, pero también de nosotros mismos. Tomar distancia es una operación aparentemente simple, pero, sin embargo, básica para la existencia humana. Es la condición de posibilidad de la propia consciencia de la singularidad y de la realización de la vida en un marco de libertad. Sin distancia, uno queda atrapado en el contexto, en el entorno, y carece de capacidad para hacer de su vida un proyecto singular. Tomar distancia no debe entenderse en un sentido físico. La inteligencia espiritual permite separarnos del mundo, del propio cuerpo, pero tal operación es únicamente mental. Vivimos en un cuerpo, crecemos, nos desarrollamos y nos comunicamos a través de él, pero gracias a la inteligencia espiritual podemos trascenderlo, ir más allá de sus necesidades, sin dejar de ser seres corpóreos.

Consiste, pues, en separarse, sin dejar de ser, sin abandonar el mundo. Al tomar distancia, uno ve las cosas en perspectiva, se ve a sí mismo desde la lejanía. Ésta es una posibilidad que brinda la inteligencia espiritual. Existe cierto paralelismo entre la toma de distancia física y mental. De hecho, cuando nos marchamos de una ciudad y subimos a un monte, nos alejamos físicamente de los entornos habituales, de las relaciones cotidianas y ello ayuda a tomar distancia mental de la propia realidad. La toma de distancia mental se nutre de la física, pero va más allá. Cuando uno domina esta capacidad, toma distancia de sí mismo, de los suyos, del mismo entorno en el que está ubicado, sin abandonar su lugar habitual.

El filósofo alemán Max Scheler, discípulo de Edmund Husserl, considera que la capacidad de tomar distancia, de separarse del conjunto y de verse a distancia es propia del ser humano. A su juicio lo que le hace tan especial en el conjunto del cosmos es su naturaleza espiritual, pues ella le faculta para desarraigarse y convertirse en un

espectador sin dejar de ser un actor.

El resto de los seres vivos son actores, desarrollan una función que viene determinada por la especie, pero carecen de la capacidad de ser espectadores del mundo, de tomar distancia de su ser. Incluso las aves, cuando vuelan, no toman distancia en el sentido expresado por Max Scheler: flotan en el aire, buscan los vientos cálidos y están atentas a sus posibles presas para atacar desde lo alto, pero esta toma de distancia carece de dimensión espiritual. Están incrustadas en el ambiente, no perciben el mundo como un Todo, ni se separan de él.

En el ser humano, la toma de distancia suscita estremecimiento, angustia existencial. Por causa de tal operación, se siente distinto de todo cuanto hay, se percibe como un ser único, como un existente singular y se da cuenta de que no es una partícula predeterminada, ni de que su vida consiste en obedecer estímulos. Se percata de que es un actor libre, llamado a vivir con propiedad.

Dice Max Scheler en *El puesto del hombre en el cosmos* (1928): «Cuando el hombre se ha colocado *fuera* de la naturaleza y ha hecho de ella su “objeto” —y ello pertenece a la esencia del hombre y es el acto mismo de humanificación— se vuelve en torno suyo, *estremeciéndose*, por decirlo así, y pregunta: ¿Dónde estoy *yo mismo*? ¿Cuál es *mi puesto*?». [\[16\]](#)

En el acto de tomar distancia uno se estremece. Este acto es la condición de posibilidad de la libertad, de la crítica y del humor. Sólo si uno es capaz de ello puede pensar por sí mismo, expresar cómo y para qué desea vivir, criticar los usos y costumbres del mundo, pero también valorar su propio obrar.

Cuando uno, como consecuencia del poder de la inteligencia espiritual, toma distancia, ya no puede decir con propiedad: «Soy una parte del mundo; estoy cercado por el mundo», se siente como superior incluso a las *formas* del ser propias de este «mundo» en el espacio y en el tiempo.

«En esta vuelta en torno suyo —dice Max Scheler— el ser humano hunde su vista en la *nada*, por decirlo así. Descubre en esta mirada la *posibilidad* de la “nada absoluta”; y esto le *impulsa* a seguir preguntando: ‘¿*Por qué hay un mundo*? ¿Por qué y cómo existo *yo*?’». [\[17\]](#)

La posibilidad de la nada absoluta le aterra. La voluntad de sentido choca frontalmente contra la tesis nihilista y, frente a ella, experimenta una violencia interna. Desea vivir con sentido en un mundo con sentido, por ello, la posibilidad de imaginar que todo tienda a la nada y que la vida humana carezca de significado le genera horror. A esta experiencia se referían los filósofos latinos cuando acuñaron la expresión *horror vacui*.

Después de tomar distancia, uno ya no se concibe a sí mismo como un simple miembro de la especie humana, como parte del mundo físico, sobre el cual se ha colocado osadamente. Sabe que su centro está fuera del mundo, que no pertenece a nadie, que su yo no forma parte del mundo. Es, para decirlo con las palabras de Ludwig Wittgenstein, el límite del mundo, la frontera desde donde contempla el mundo y vela por él.

En el mismo momento en que uno toma distancia, la pasión jamás se aquieta en un objeto concreto, avanza sin límites, rompe con el medio y expresa su mundo interior. Se coloca así fuera de la naturaleza, estando en la naturaleza, para hacer de ella el objeto de su señorío.

Viktor Frankl, desde la logoterapia existencial, comparte estas intuiciones filosóficas de Max Scheler. El conocido psiquiatra considera que el espíritu es esa cualidad que atraviesa todo el ser de la persona, que no puede ubicarse ni identificarse en una determinada región y que le predispone para abrir un abismo entre el yo y el mundo. Este abismo es fruto de la capacidad de tomar distancia.

Tal distanciamiento origina el problema del sentido. De ahí deriva que el ser humano ponga en cuestión el dato originario de que es, a la luz de un «ser más», de un «ser mejor» que introduce en ese hecho su apertura a un más allá de sí mismo, con el que no se identifica.

En virtud de la inteligencia espiritual, uno toma conciencia de que su ser no se agota en la naturaleza, de que es un yo con vida propia, llamado a dirigirla y a ser tratado como un fin en sí mismo y nunca jamás como un objeto. Esta toma de distancia del propio ser se convierte en el punto de partida de la consciencia individual, de lo que, técnicamente, se denomina la autoconsciencia.

Al separarse del mundo y de su misma naturaleza, uno adquiere consciencia de su cuerpo, se sabe distinto de él, pero, a la vez, íntimamente enlazado con él. Es capaz de distinguir su vida interior de la vida corporal.

Edith Stein expresa bellamente la toma de distancia: «Yo no soy mi cuerpo, sino que lo poseo y lo domino. También puedo decir: soy *en* mi cuerpo. Puedo separarme idealmente de él y contemplarlo como desde fuera. Pero en realidad estoy atado a él: estoy allí don-de está mi cuerpo, por mucho que “con el pensamiento” pueda trasladarme al otro extremo del mundo, e incluso superar todas las barreras espaciales».

[\[18\]](#)

La inteligencia espiritual permite separarse, primero, del propio cuerpo y, luego, dirigirlo según los fines que uno libremente elabore. El atleta no es un cuerpo en movimiento, sino una inteligencia que sabe extraer el máximo rendimiento de sus facultades físicas, mentales y emocionales, que tiene capacidad de contemplarlo a

distancia y dirigirlo según sus objetivos. La inteligencia espiritual le faculta para ser soberano del mismo y no un apéndice de él. Le habilita para practicar lo que en la filosofía budista se denomina el desapego.

Desapegarse no significa maltratar al cuerpo, ni olvidarse de él. El rigorismo ascético no es el desapego. Significa vivir en él desde cierta distancia, desde la justa y necesaria para no ser dominado por él, para poder dirigir el fondo instintivo que emana de él y extraer energías y posibilidades. El desapego, en sentido cósmico, no significa desinterés por el mundo, desprecio hacia los otros seres. Significa un modo de acercamiento más profundo, más libre que el habitual, una aproximación liberada de intereses y de vinculaciones que coartan la libertad.

«Es posible conducirse así respecto del propio cuerpo, como hago por ejemplo — dice Edith Stein— cuando examino mi mano para ver dónde está una astilla que se me ha clavado y a continuación extraerla de manera mecánica. Pero ésa no es la manera normal y lógica, en atención a la constitución del cuerpo como tal, de conducirme respecto a él. Mi cuerpo está incluido en la unidad de mi persona. Cuando “me” muevo, ello no sucede de la misma manera que cuando empujo o tiro de un cuerpo ajeno desde fuera de él, sino que el movimiento del cuerpo se vivencia como siendo inmediatamente uno con el impulso del movimiento espiritual.»^[19]

La capacidad de tomar distancia no debe entenderse en un sentido estático. Todo en el ser humano es dinámico. Cuando uno se ejercita en este poder espiritual, es capaz no sólo de tomar distancia de su cuerpo, de su habitación, de su entorno familiar y profesional, de su vida social y religiosa, sino, también, de sus propias ideas, convicciones, valores y creencias. Este verse en perspectiva permite regresar a ellas, cuestionarlas, criticarlas y relegarlas si es oportuno.

Después del primer viaje a la Luna, el ser humano vio la tierra desde fuera y en su conjunto. Esta «toma de distancia» también dio buenos frutos en la reflexión filosófica. El astronauta Russel Scheickhart, al regresar a la Tierra, daba este testimonio: «Vista desde fuera, la Tierra es tan pequeña y frágil, una preciosa mancha pequeñita que puedes tapar con tu pulgar. Todo lo que significa algo para ti, toda la historia, el arte, el nacer, la muerte, el amor, la alegría y las lágrimas, todo eso está en aquel pequeño punto azul y blanco que puedes tapar con tu pulgar. A partir de aquella perspectiva se comprende que todo haya cambiado, que comience a existir algo nuevo, que la relación ya no sea la misma que la de antes».^[20]

El ser humano no se detiene nunca mientras vive. Es un ser de lejanías. Se distancia de las cosas, de los otros y hasta de sí mismo. Toma distancia para comprender mejor, para penetrar más hondamente en la realidad. La distancia es,

paradójicamente, el único modo de comprender realmente algo. Para poder valorar la textura y la calidad de un vínculo, de una relación, de una amistad, es esencial tomar distancia y, luego, desde la contención de las pasiones y las emociones, valorar con ecuanimidad.

Es un ser con apetitos y deseos naturales, pero puede tomar distancia de tales requerimientos de la naturaleza. Por eso come sin hambre, bebe sin sed, da la propia vida por un ideal. Puede desvincularse de todo. Esta inquietud, que convierte a la humanidad en el permanente surtidor de novedades ambivalentes, se la atribuimos con razón a la inteligencia espiritual.

4. LA AUTOTRASCENDENCIA

Trascender consiste en ir *más allá*, en cruzar una frontera. No ésta o aquélla, sino cualquier frontera que se vislumbre en el propio caminar. Consiste en no contentarse con lo que se es, con lo que se tiene, con lo que se sabe. Es esta voluntad indómita de no conformarse con lo que se conoce. Es la pasión por indagar lo que está más allá del límite, lo que se esconde más allá de lo que conocemos. El trascender expresa una carencia, pero también una esperanza.

La capacidad de trascendencia es un poder de la inteligencia espiritual que faculta al ser humano para moverse hacia lo que no conoce, para ir hacia lo que no tiene, para penetrar en el territorio de lo desconocido. Lo contrario es la instalación en el lugar donde se está, en el estadio que se conoce.

Más allá del significado religioso de la palabra *trascendencia*, la capacidad de trascender no es algo que acontece sólo en personas religiosas, sino políticamente en todo ser humano, pues todo ser humano aspira a superar un límite, a cruzar un umbral, a introducirse en un terreno desconocido.

Esta capacidad está particularmente presente en el explorador que indaga terrenos desconocidos, en el científico que no se contenta con lo que sabe y elabora nuevas hipótesis de trabajo, en el artista que no se conforma con lo que ha creado y busca nuevas expresiones de la belleza; en el atleta que aspira a superar su última marca, sus límites, aunque no sabe si será capaz de ello.

El desenvolvimiento creativo de la inteligencia espiritual permite trascender. Por *autotrascendencia* entendemos la capacidad de expandir el yo más allá de los confines comunes de las experiencias vitales y cotidianas, nos referimos a la capacidad de abrirse a nuevas perspectivas desde criterios distintos a la lógica racional. No es la voluntad de colonizar, sino el deseo de superación.

Trascender es una actividad que puede aplicarse en distintos ámbitos. Uno puede ir más allá de las opiniones comunes de los intereses egocéntricos, de las expectativas puestas en él, de los deseos materiales, de la utilidad y el bienestar y plantearse ideales, horizontes de sentido que, a priori, resultan difíciles de comprender e inclusive de asumir para los otros y para uno mismo. Trascender significa, de algún modo, despojarse de lo banal, de lo previsible, de lo contingente y necesario, para ahondar en lo esencial.

Tal y como subraya Viktor Frankl, el ser humano es un ser esencialmente espiritual y lo espiritual es un eje que lo atraviesa enteramente, tanto en el plano consciente como en el inconsciente. En lo que hace que la persona sea un ser libre, existencial y trascendente. No se le puede concebir como un puro amasijo de instintos, ni como una fuente permanente de necesidades y de carencias.

«La esencia de la existencia humana —afirma Viktor Frankl— estriba en su autotrascendencia.»^[21]

Y añade:

«La persona sólo es completamente humana cuando se abre completamente en una cosa, donde está completamente entregada a otra persona. Y sólo se vuelve completamente ella misma cuando hace la vista gorda y se perdona a sí misma».^[22]

Toda la realidad humana se caracteriza por su autotrascendencia, por la orientación hacia algo que no es el hombre mismo, hacia algo o hacia alguien, pero no hacia sí mismo, al menos no primariamente hacia sí mismo. Este trascender hacia algo desconocido no garantiza la existencia del objeto de deseo, pero indica una tendencia arraigada en el ser humano.

Cuando yo me pongo al servicio de algo, tengo presente ese algo y no a mí mismo, y en el amor a un semejante me pierdo de vista a mí mismo. Yo sólo puedo ser plenamente hombre y realizar mi individualidad en la medida en que me trasciendo a mí mismo de cara a algo o alguien que está en el mundo.

Por autotrascendencia, Viktor Frankl entiende el hecho antropológico de que el ser humano siempre se remite a algo que se encuentra más allá de sí mismo y que no es él mismo, a algo o también a alguien: a un sentido que tiene que realizar o a un prójimo con el que se encuentra.

Sólo en la medida en que vivimos expansivamente la autotrascendencia, nos convertimos, realmente, en seres humanos y nos realizamos a nosotros mismos. Somos humanos en la medida en que somos capaces de no vernos, de no notarnos y de olvidarnos de nosotros mismos, dándonos a una causa a la que servir o a otra persona a la que amar.

«La persona —dice Viktor Frankl— no se entiende a sí misma de otra manera que a partir de la trascendencia. Más aún: el ser humano no es sólo humano en la medida en que se entiende desde la trascendencia; es también sólo persona en la medida en que, desde ella, se vuelve un ser *personizado*: sintonizado y atravesado por la llamada de la trascendencia. Esta llamada de la trascendencia él la escucha en su conciencia.»^[23]

Existe una íntima relación entre la autotrascendencia y la autodonación. La persona que se trasciende a sí misma, se orienta hacia algo que no tiene, ni conoce, relativiza su propio ser y lo pone al servicio de una causa o razón superior. En el acto de trascender, uno da lo mejor de sí, sus recursos y sus posibilidades a algo más grande que él. Entonces la existencia deja de ser un movimiento endogámico y se convierte en transición, en un peregrinar hacia lo que no se posee. Desarrollar este poder es ponerse en camino.

El filósofo Julián Marías afirma que el ser humano es instalación y vector. Estamos asentados en un lugar, en una circunstancia, pero, simultáneamente, aspiramos a realizar algo que todavía no somos pero que creemos que podemos llegar a ser. Este movimiento hacia lo desconocido es el vector y la expresión de la capacidad de autotrascendencia. Es lo que mueve a exploradores, a alpinistas, a científicos, a filósofos, a teólogos, a médicos a superarse a sí mismos, a dar el máximo de sí para conquistar lo que todavía no conocen.

En su capacidad de trascender, el ser humano utiliza otros recursos de las inteligencias para avanzar, para progresar, para emigrar hacia planos nuevos de realidad. La innovación científica, tecnológica e industrial es un fruto de la capacidad de trascendencia. También el desarrollo del arte, sus distintos géneros y estilos, así como el progreso del pensamiento filosófico a lo largo de la historia.

El ser humano es transición, camino, itinerario hacia lo que todavía no es. No se contenta con lo que es. Aspira a ser lo que todavía no es. La autotrascendencia es el motor de la vida humana, el impulso vital que le mueve a ir más allá, a superar cualquier límite, a entrar en nuevos mundos, para vivir más plenamente, más intensamente, para gozar en lo más íntimo de la realidad y embelesarse con ella.

Contra lo que se pudiera creer, el cultivo de la inteligencia espiritual no conduce a la atrofia o a la parálisis, sino todo lo contrario. Pone en movimiento a la persona, la totalidad de su ser, hacia lo que está más allá de todo lo que es inmediato y superficial; la estimula a superarse a sí misma, a darse, a trasgredir los compartimentos estancos. La vida espiritual es dinámica y abre la persona hacia nuevos horizontes, la salva de la atrofia y de la monotonía, de la instalación en lo mismo.

Por debajo de los deseos orientados a los bienes concretos, capaces de satisfacer determinadas necesidades humanas, discurre el deseo de trascender. Este deseo no es

deseo de algo, sino la misma raíz del deseo y, por eso, a medida que se acerca a su término, en lugar de saciarse, se ahonda.

Martin Heidegger, siguiendo a Arthur Schopenhauer, considera que la autotrascendencia revela la naturaleza metafísica del ser humano, la voluntad de indagar más allá de lo físico, de lo inmediato, de lo que se percibe con los sentidos externos. Dice el autor de *Ser y tiempo*: «El ir más allá del ente es algo que acaece en la esencia misma de la existencia. Este trascender es, precisamente, la metafísica; lo que hace que la metafísica pertenezca a la “naturaleza del hombre”. No es una disciplina filosófica especial, ni un campo de divagaciones; es el acontecimiento radical en la existencia misma y como tal existencia».^[24]

Este preguntar por lo que está más allá de la superficie, este indagar lo que se oculta más allá de las apariencias es un rasgo específicamente humano, algo que emana de su autotrascendencia y que le convierte en un animal metafísico. La inteligencia espiritual le faculta para trascender y, al hacerlo, supera el marco de lo inmediato, de lo superficial y se adentra por unos derroteros que no sabe a dónde van a conducirlo. Al emprender tal itinerario, deja de ser, por definición, el que era y madura como ser humano.

El poeta Joan Maragall expresa esta capacidad de autotrascendencia en un texto muy bello: «Vivir es desear más, siempre más: desear, no por apetito, sino por ilusión. La ilusión, ésta es la señal de vida; amar, esto es la vida. Amar hasta el punto de poder darse por lo amado. Poder olvidarse de sí mismo, esto es ser uno mismo; poder morir por algo, esto es vivir. El que sólo piensa en sí no es nadie, está vacío; el que no es capaz de sentir gusto de morir, es que ya está muerto. Sólo el que puede sentirlo, el que puede olvidarse a sí mismo, el que puede darse, el que ama, en una palabra, está vivo. Y entonces no tiene sentido echar a andar. *Ama, y haz lo que quieras*».^[25]

La voluntad de superación, de trascender las cosas y el mismo *ego*, no emana de lo físico ni de las impresiones del mundo externo, sino del fondo de su ser. Al trascender, uno desea ser lo que todavía no es, aspira a superar las barreras del *ego* para reencontrarse con los otros y consigo mismo en un plano más profundo. Desea colmar una carencia que le lleva a dar lo máximo de sí mismo.

El movimiento de trascender es un movimiento de superación, de innovación y de creatividad que explica el vertiginoso desarrollo de la especie humana en el mundo, su voluntad de darse a causas que superan sus propios límites corporales.

«Amar —concluye el poeta Joan Maragall— es la causa, la seña y la justificación de la vida. Amarlo todo de Dios abajo. Es decir, aquí no hay abajo ni arriba: amarlo todo. Amarlo todo menos lo que es pereza de amar, esto es, el caos. Porque en el fondo de

vuestro desamor, y de vuestro automatismo que todo lo lleva a mal llevar, no hay más que pereza. Sacudidla, pues; esforzaos: nada más que esto, y habréis justificado vuestra vida: reformándoos vosotros mismos solamente, ya habréis reformado al mundo.»[\[26\]](#)

5. EL ASOMBRO

Una cosa es existir. Otra, muy distinta, es darse cuenta de que uno existe. La planta existe, ocupa un lugar en el espacio y dispone de un tiempo de vida, pero ella no sabe que existe. Nunca lo llegará a saber, nunca podrá tomar distancia de la realidad natural, ni se preguntará por el sentido de su existencia. La oruga también existe, pero no sabe que tiene el don de ser, que goza de esta maravillosa posibilidad. No experimenta la sorpresa de existir, ni el vértigo del fluir temporal.

Una cosa es mirar, otra cosa es admirarse de la realidad. La admiración va estrechamente vinculada a la operación de tomar distancia.

El mirar focaliza la atención en un objeto, mientras que la admiración exige una parada en el tiempo, una visión de conjunto que va unida al sobrecojimiento. La admiración requiere de la distancia física. Para admirarse de una obra pictórica, de un paisaje, del cielo estrellado o de un cuerpo bello, uno debe tomar distancia física, alejarse de ello. Si está pegado, no puede admirarse.

La admiración no es la toma de distancia. Es una experiencia mental y emocional, una sensación que afecta también a lo corporal, pero que tiene su raíz en la inteligencia espiritual. El animal ve, observa, mira, pero no se admira de la realidad, porque no sabe que está en ella. Cuando uno, gracias al poder de la inteligencia espiritual, toma distancia de la realidad, se sorprende de *cómo* son las cosas, de *cómo* es el mundo y de *cómo* es él mismo. La toma de distancia suscita la admiración y de la admiración emerge la sorpresa de existir.

Cuando uno toma consciencia de que existe, pudiendo no existir, emprende un viaje que no sabe adónde le conducirá. Es un viaje sin posible retorno. El hecho de existir sólo llega a convertirse en sorpresa para aquel ser que tiene capacidad de tomar distancia, de ver el mundo como un todo y de verse a sí mismo como un ser contingente.

La contingencia es el reconocimiento del carácter efímero del propio ser, la constatación del carácter relativo, efímero, insignificante del propio ser. Lo contrario de la contingencia es la necesidad. Lo necesario es lo que no puede dejar de ser lo que es, mientras que lo contingente es lo que puede dejar de ser, porque, de hecho, hubo un tiempo en el que no era. Cuando uno se admira de la realidad, de la existencia del

mundo, se percibe como una minúscula partícula en el Todo.

Mientras uno se concibe como un ser necesario y concibe su existencia como algo que necesariamente tenía que acontecer, no percibe la sorpresa de existir, no se pasma de ser, pero cuando uno se da cuenta de que existe, pudiendo no haber existido, experimenta una sorpresa y ésta le conduce a amar la vida y a gozar intensamente de ella, a convertir su estar en el mundo en un proyecto.

Esta capacidad admirativa constituye, como vio Aristóteles, el origen del filosofar. Para el Estagirita, es una capacidad propia y exclusiva del ser humano. El animal busca la presa, observa con detenimiento el entorno para captar la posible víctima, pero no toma consciencia del hecho de existir, del don de ser. Tampoco se sorprende de ello. Puede experimentar miedo, temor, dolor, placer, afecto, un abanico de sensaciones y emociones muy próximas a la especie humana, pero no sorprenderse del hecho de existir.

Cuando el ser humano se libera, aunque sea provisionalmente, de las necesidades y de los deseos, y se para frente a la realidad y frente a sí mismo; se maravilla de las cosas, se admira de *cómo* son, siente el pasmo de ser una partícula llena de vida, un ser pensante y emocional que goza de poder existir. La admiración es un poder de la inteligencia espiritual y es la madre del filosofar. Los hombres nunca hubieran filosofado si no se hubieran admirado de la realidad.

Aristóteles lo dice claramente en el *Libro I* de la *Metafísica*: «Los hombres comienzan y comenzaron siempre a filosofar movidos por la admiración; al principio, admirados ante los fenómenos sorprendentes más comunes; luego, avanzando poco a poco y planteándose problemas mayores, como los cambios de la Luna y los relativos al Sol y a las estrellas, y la generación del universo. Pero el que se plantea un problema o se admira, reconoce su ignorancia (...). De suerte que, si filosofaron para huir de la ignorancia, es claro que buscaban el saber en vista del conocimiento, y no por alguna utilidad. Y así lo atestigua lo ocurrido. Pues esta disciplina comenzó a buscarse cuando ya existían casi todas las cosas necesarias y las relativas al descanso y al ornato de la vida». [\[27\]](#)

Excepto el ser humano, ningún ser vivo se sorprende de su propia existencia, del mero hecho de ser, de estar aquí. Existe la lucha por la supervivencia como una constante en todos los seres vivos, pero la admiración y la sorpresa de existir sólo pueden darse en un ser capaz de vida espiritual. Sin embargo, cuando uno descuida su inteligencia espiritual, ni se admira de nada, ni se sorprende de su existencia. Todo le parece obvio y claro por sí mismo, todo le resulta evidente.

La problematización de la existencia es consecuencia del trabajo de la inteligencia. Dice Arthur Schopenhauer: «En la serenidad de la mirada de los animales habla todavía

la sabiduría de la naturaleza, porque en ellos la voluntad y el intelecto no están aún suficientemente alejados para poder extrañarse mutuamente de su reencuentro. Así, pende aquí todavía todo el fenómeno firmemente del tronco de la naturaleza del que ha brotado y es partícipe de la omnisciencia de la gran madre naturaleza».[\[28\]](#)

El extrañamiento es un rasgo específicamente humano. Al distanciarse del conjunto de la naturaleza, al admirarse de ella, uno siente extraño en el mundo, fuera de lugar; experimenta que pertenece a otra esfera y que está arrojado, como diría Jean Paul Sartre, a este mundo. El mundo deja de ser algo obvio, banal y conocido, para convertirse en algo profundo, misterioso y enigmático. Ello estimula su voluntad de conocer, su curiosidad intelectual, su espíritu indagador.

La admiración es la madre de la filosofía, pero también de todas las ciencias naturales. El observador que se admira de un proceso natural, experimenta el deseo de poderlo explicar, de dar razón de él y este deseo está en la raíz del desarrollo científico de la historia. Si llega un día en el que los hombres no se admiren de nada, en el que todo les resulta obvio y claro, se amputará el progreso científico y filosófico. La estimulación de la inteligencia espiritual activa las otras formas de inteligencia y suscita interés por indagar.

Para el ser cultivado espiritualmente, el mundo no es una masa de entes físicos que se rige por leyes universales, sino algo por conocer. Entrevé algo profundo en él, una realidad que escapa a su lenguaje conceptual, que trasciende sus leyes e hipótesis de trabajo.

El asombro del ser humano es tanto más serio cuanto afronta por primera vez, con plena conciencia, la muerte, y junto con la finitud de toda existencia se le impone también la vanidad de todo afán. Con esta meditación y asombro se origina la necesidad filosófica del ser humano.

Sorprenderse es quedar sobrecogido ante algo. Más coloquialmente: pasmado. Se trata de una experiencia anímica, sin previa anticipación. Consiste en no saber a qué atenerse. De golpe, uno se percata de que está en el mundo, que existe, que ocupa un lugar y un tiempo, que podría no haber existido jamás, que no era necesaria su existencia.

La sorpresa de existir tiene efectos en la dimensión emocional y somática de la persona. Es una forma de pasión, repentina, muy similar al *sobrecogimiento*. No es la sorpresa frente a algo en concreto, un ente de la realidad o un objeto en particular. Tampoco es, en sentido estricto, la mirada atenta, ni la observación analítica. Es la sorpresa por el hecho de existir.

Consiste en saberse siendo. Uno capta tal verdad a través de la inteligencia espiritual y ello pone también en movimiento otras formas de inteligencia, como la

emocional y la intrapersonal. Es la toma de conciencia de que se está existiendo, la autoconciencia de ser, pero no en el plano puramente intelectual o noético, sino en el plano existencial.

Un primer obstáculo para vivir esta experiencia de corte metafísico es la inconsciencia. Con demasiada frecuencia se parte de la idea de que existir, esto de estar en el mundo, es una exigencia, algo necesario. No se percibe como un don, como algo completamente inmerecido, como una posibilidad única que se hace realidad entre millones de posibilidades. Si uno no es consciente de que está existiendo pudiendo no haber existido, no puede tampoco sorprenderse ni alegrarse por el hecho de existir.

Otro obstáculo para vivir esta sorpresa es la no aceptación de las condiciones que nos han engendrado, ni de las características que poseemos como seres únicos e irrepetibles. Con demasiada frecuencia, pensamos que teníamos que haber existido, que estaba fatalmente determinado desde el principio de la historia, que, independientemente de las circunstancias históricas, hubiéremos, igualmente, nacido. Y, sin embargo, todo ser humano es el fruto de una interacción de un conjunto de circunstancias que le han hecho emerger de la nada, existir. Sin ese azaroso itinerario de encuentros y de situaciones, jamás hubiere existido.

Un último obstáculo para vivir la sorpresa de existir es la no aceptación de la existencia de las personas y demás seres que nos rodean, tal y como son. Damos por supuesto que debería existir tal persona en el mundo, que era necesaria su presencia y, sin embargo, no es una determinación. Sorprenderse de que existan los otros es un modo de reconocer su valor, de apreciar su ser y lleva a practicar más intensamente la estima por los otros.

Las limitaciones son un obstáculo que nos acompañan durante toda la vida. Cada edad tiene las suyas. A pesar de ello, son superables. Uno puede darse cuenta de ellas y este darse cuenta constituye el gran motor de liberación, el recurso fundamental para trascenderlas. Las limitaciones son intrínsecas al ser que existe. Cada cual tiene las suyas, son consustanciales al ser finito, pero, paradójicamente, son condiciones de posibilidad, porque estimulan el desarrollo de la inteligencia y de las habilidades de la persona.

La sorpresa es el punto de partida de la pregunta filosófica, del «no saber que quiere saber». Al sorprendernos ante algo, nos interesamos por ello, filosofamos. Podemos emprender una investigación sobre un tema, pero si no hay «pasión» (ese algo que nos «pasa») en relación con ese conocimiento, no compartimos la realidad del tema que investigamos.

En definitiva, la sorpresa es el principio del preguntar y la base del desarrollo del conocimiento en todas sus vertientes. Éste exige, necesariamente, la interrogación, el

preguntar por, el asombro frente al hecho de existir. Cuando todo ello late profundamente en el ser humano, late en él vida espiritual.

6. EL AUTOCONOCIMIENTO

La inteligencia espiritual nos faculta para adentrarnos por aquella infinita senda que conduce al conocimiento de uno mismo. En este punto, convergen la inteligencia intrapersonal y la espiritual. Entre ambas hay un campo de intersección.

El desarrollo de la inteligencia intrapersonal es fundamental para abordar, aunque sea de manera provisional, una respuesta a la pregunta por la identidad personal. Habilita para adentrarse en las propias emociones, pensamientos, recuerdos y expectativas, para formarse una imagen transparente y adecuada de lo que realmente somos.

Cultivar la inteligencia intrapersonal es absolutamente necesario en la vida. Sólo quien se examina a fondo y es capaz de identificar sus recursos y posibilidades, puede emprender, con éxito, un itinerario profesional. Cuando, en cambio, uno se obstina reiteradamente en desarrollar una función contraria a sus disposiciones naturales, a sus habilidades congénitas, naufraga.

Los grandes maestros de la historia de la humanidad, desde Sócrates hasta Confucio, han reiterado hasta la saciedad que el primer objetivo de la educación es el conocimiento de uno mismo. Esto debería considerarse seriamente en nuestros entornos educativos. Además de estimular en ellos las otras formas de inteligencia, se debería ejercitar, al máximo nivel, la intrapersonal, puesto que sólo quien se conoce a sí mismo puede realizar sus proyectos, aspirar a una vida feliz.

La reflexión en torno al yo, la introspección personal que desarrolla esta forma de inteligencia no resuelve todas las preguntas e inquietudes que emanan de la identidad personal. El cultivo de la inteligencia intrapersonal abre las puertas a la inteligencia espiritual. Cuando uno se contempla a sí mismo y se pregunta por el sentido de su existencia, por lo que va a dotarla de significado, está cultivando ya la inteligencia espiritual.

Una cosa es responder a la pregunta «¿Quién soy yo?» y otra cosa muy distinta es enfrentarse a la cuestión del fin de la existencia. Ambas están íntimamente relacionadas, por ello, el desarrollo de la vida intrapersonal abre la puerta a la inteligencia espiritual, pero ambas no deben confundirse, puesto que las funciones de la inteligencia espiritual no se reducen al marco del yo, del análisis de uno mismo.

La inteligencia espiritual posibilita dos movimientos en el ser humano: el *despertar*

y la *apertura*. Gracias a ella me doy cuenta de que no sólo soy y no sólo vivo, sé de mi ser y de mi vida. Todo esto es una y la misma cosa. Esta forma originaria de saber no a posteriori, en el que la vida se convierte en objeto del saber, es como una luz. Gracias a la inteligencia espiritual, uno es capaz de mirar el mundo como algo ajeno. El saber de sí mismo es apertura hacia adentro, mientras que el saber de las cosas es apertura hacia fuera. Una doble apertura, pues, se da en el ser humano: hacia el mundo interior, que conduce al conocimiento de uno mismo, y hacia el mundo exterior, que lleva al cultivo de las ciencias.

Cuando una persona cultiva la inteligencia espiritual, tiene capacidad para distinguir el personaje del ser, la representación de la esencia. Entonces puede llegar a desprenderse de lo que algunos autores denominan el *ego* y abrirse a la dimensión trascendente que nombra el *Self*. Klass afirma que la experiencia de trascender se produce cuando uno deja de ser individualidad y tiene consciencia de una realidad que le supera.

Max Scheler escribe en *El puesto del hombre en el cosmos*: «El animal tiene, pues, consciencia a distinción de la planta; pero no tiene consciencia *de sí*, como ya vio Leibniz. El animal *ni se posee a sí mismo*, no es dueño de sí; y *por ende tampoco* tiene consciencia de sí. El recogimiento, la consciencia de sí y la facultad y posibilidad de convertir en objeto la primitiva *resistencia al impulso*, forman, pues, una sola estructura inquebrantable, que es exclusiva del hombre. Con este tornarse consciente de sí, con esta nueva reflexión y concentración de su existencia, que hace posible el espíritu, queda dada a la vez la segunda nota esencial del hombre: el hombre no sólo puede elevar el “medio” a la dimensión de “mundo” y hacer de las “resistencias” “objetos”, sino que también puede —y esto es lo más admirable— convertir en objetiva su propia constitución fisiológica y psíquica, y cada una de sus vivencias psíquicas. Sólo por esto puede también modelar *libremente* su vida». [\[29\]](#)

El ser humano —en cuanto persona— es el único que puede elevarse por encima de sí mismo —como ser vivo— y partiendo de un centro situado, por decirlo así, allende el mundo tempo-espacial, convertir todas las cosas, y entre ellas también a sí mismo, en objeto de su conocimiento.

Dice Max Scheler: «Este centro, a partir del cual realiza el hombre los actos con que objetiva el mundo, su cuerpo y su psique, no puede ser “parte” de ese mundo, ni puede estar localizado en un lugar, ni un momento determinado. Ese centro sólo puede residir en el fundamento supremo del ser mismo. El hombre es, por lo tanto, el ser superior a sí mismo y al mundo. Como tal ser, es capaz de ironía y de humor — que implican siempre una elevación sobre la propia existencia». [\[30\]](#)

En el ser humano habita un yo consciente de sí mismo y capaz de contemplar el mundo, un yo libre que, en virtud de su libertad, puede configurar tanto su cuerpo como su alma.

«El hombre —escribe Edith Stein— experimenta la existencia del hombre y la condición humana en otros, pero también en sí mismo [...] En todo lo que el hombre experimenta se percibe también a sí mismo. La experiencia que tiene de sí mismo es por completo distinta de la que tiene de todo lo demás. La percepción externa del propio cuerpo no es el puente hacia la experiencia del propio yo. El cuerpo también se percibe desde fuera, pero ésta no es la experiencia fundamental, y se funde con la percepción desde dentro, con la que noto la corporalidad y a mí en ella. Mediante esa percepción soy consciente de mí mismo, no meramente de la corporalidad, sino de todo el yo corporal-anímico-psíquico.»^[31]

La existencia del ser humano está abierta hacia dentro, es una existencia *abierta para sí misma*, pero también abierta *hacia fuera*. La inteligencia espiritual nos habilita para adentrarnos, en un proceso sin fin, en el propio universo, pero, a la vez, abre la posibilidad a interrogarse por el universo extenso y por su sentido último.

7. LA FACULTAD DE VALORAR

La inteligencia espiritual capacita para tomar distancia del mundo, también respecto de uno mismo, da poder para repensar el pasado y anticipar el futuro, pero también capacita para valorar y emitir juicios de valor sobre decisiones, actos y omisiones.

El ser humano no sólo obra en el mundo; además, dispone de la facultad de valorar, a la luz de unos criterios, sus acciones, sus omisiones, sus palabras, sus silencios, y tiene, además, la capacidad de modificar, si cabe, la trayectoria de su andadura. Es actor y espectador de sí mismo. Puede descender del Gran Teatro del Mundo y valorar cómo desarrolla su papel en él.

La tarea de valorar es inexcusablemente humana y le convierte en un sujeto ético. La experiencia ética halla su fundamento en la inteligencia espiritual. Somos seres capaces de tener experiencia ética, porque tomamos distancia y emitimos valoraciones. La auscultación de la voz del deber es el fundamento de la experiencia ética y convierte al ser humano en un ser especial en el conjunto del mundo.

Valorar es un acto del que se siguen distintas consecuencias de orden emocional. Consiste en identificar los bienes y los males que ha generado una determinada decisión en el pasado. Consiste en someter al tribunal de la razón tal elección. Para ello, es básico sopesar, observar los efectos que ha tenido para uno mismo y para los otros.

Cuando uno tiene la conciencia de haber obrado bien, siente un bienestar interior, un buen ánimo que no es de origen sensible, pero tiene repercusiones positivas en la corporeidad. Sin embargo, cuando la valoración del pasado es negativa, cuando uno tiene conciencia de haber obrado mal, de no haber actuado conforme a las propias convicciones y criterios, experimenta una emoción negativa como la culpabilidad o el remordimiento. En tal caso, debe desarrollar mecanismos de reconciliación y elaborar correctamente tal emoción y canalizarla de tal modo que no afecte negativamente al conjunto de la persona.

Al valorar las acciones u omisiones realizadas en el pasado, uno petrifica los hechos que acaecieron y, gracias a la labor de memoria, sopesa los elementos valiosos y las debilidades de las mismas. Esta mirada retrospectiva exige distancia, capacidad de autotranscendencia y ello emana de la inteligencia espiritual.

«El hombre —defiende Viktor Frankl— es más que el cuerpo y que el alma; hemos visto que es un ser espiritual. El hombre es algo más que el organismo psicofísico; es una persona. Como tal, es libre y responsable, libre de lo psicofísico y para la realización de valores y el cumplimiento del sentido de su existencia. Es un ser que se esfuerza en esa realización de valores y en ese cumplimiento del sentido. No vemos sólo su “lucha por la vida”, sino también su lucha por el contenido de su vida.»^[32]

A diferencia del vegetal, que «vive», pero nada sabe de sus actividades vitales, el ser humano, mediante un saber que las acompaña y versa sobre ellas, puede «vivirlas», puede tenerlas como «vivencias» que le pertenecen. La *conciencia* se proyecta sobre los procesos y estados psíquicos, sobre el «estar dirigido» a un objeto, que es propio del acto y también sobre el propio yo, como sujeto de las vivencias (*autoconciencia*).

La conciencia hace que podamos distinguir entre yo, acto y objeto; distanciarnos e inquirir sus mutuas relaciones y el valor ético de los actos, llegando así a la valoración. En la conciencia imperfecta la atención se proyecta directamente sobre los objetos, pero de tal manera que esta atención roza, como quien dice, el propio yo en cuanto que vive el objeto y lo tiene simultáneamente ante la vista.

Estas formas de la conciencia son exclusivas del ser espiritual y la capacidad para ella pertenece a la inteligencia espiritual que se autoposee, que «existe consigo mismo». Al ser puramente animal, debemos también atribuirle por lo menos una *conciencia* en virtud de la cual «vive» de algún modo su orientación hacia el objeto, aunque sin reflexionar sobre el propio yo y el aspecto subjetivo de los actos. La conciencia no es un mero epifenómeno de la materia, sino una creación de la inteligencia espiritual.

Sólo el ser humano es capaz de construir una pirámide de valores (pirámide axiológica) y vivir conforme a ella. Los valores no son hechos, ni pasiones, tampoco realidades tangibles. Son horizontes de referencia que el ser humano tiene capacidad

para vislumbrar.

No sólo nos mueven las necesidades. También los valores son la fuerza motriz de la existencia. Para entender la biografía de una persona no basta con comprender sus necesidades primarias; es fundamental comprender su pirámide de valores, los objetivos de su vida, lo que le da sentido.

El valor es un punto en la línea del horizonte. Como tal, nunca se posee; es un polo magnético hacia el cual uno tiende. La aproximación a los valores siempre es gradual. Nadie agota el valor de la paciencia, de la solidaridad, de la amabilidad o de la justicia, pero se pueden identificar personas más justas, más amables y solidarias que otras. El valor es el referente, lo que mueve a la persona en su vida, pero también lo que la hace valiosa.

«El hombre normal y también (originalmente) el hombre neurótico —dice Viktor Frankl— no agota su realidad en la satisfacción de los instintos o las necesidades con miras a mantener o restablecer su equilibrio psíquico, sino que buscan (al menos originariamente) el cumplimiento de un sentido y la realización de valores; y sólo en la medida de ese cumplimiento de sentido y realización de valores el hombre se cumple y se realiza a sí mismo; y esto, a modo de un efecto que, si se persigue como un fin, queda malogrado. El mundo no es un simple medio para la satisfacción de los instintos y las necesidades, ni una mera autoexpresión del propio ser, a modo de un proyecto o diseño. El ser humano se encuentra ineludiblemente en el doble campo polar de la tensión entre el ser y el deber ser y de la escisión entre lo subjetivo y lo objetivo.»[\[33\]](#)

En virtud de la inteligencia espiritual, el mundo se nos revela como un universo de valores: donde está lo agradable y lo desagradable, lo noble y lo vulgar, lo bello y lo feo, lo bueno y lo malo, lo sagrado y lo profano. El mundo no aparece como una realidad neutra, imparcial, como un conjunto de hechos y nada más. Para el ser humano, el mundo no es un amasijo de realidades tangibles que interaccionan unas con otras. Está, además del mundo visible, el mundo axiológico, el universo de los valores.

El ser humano, a través de su inteligencia espiritual, es capaz de intuir esos valores, esas cualidades intangibles y objetivas que jamás poseemos totalmente. Es capaz de esforzarse y de vivir conforme a ellos. Para el animal sólo hay hechos, necesidades imperiosas que deben resolverse, instintos primarios que hacen posible la supervivencia de la especie. Para el ser humano, además de hechos y de necesidades, de instintos de supervivencia, existe un universo de valores éticos, estéticos y religiosos que vislumbra e ilumina a través de su inteligencia.

Detectamos que en el mundo hay lo útil y lo nocivo, lo entusiasmante y lo repelente, lo que nos hace sentir felices y lo que nos reprime o nos hace sentir desgraciados. Los valores revelan algo del ser humano mismo, una peculiar estructura

de su ser con intensidades distintas y repercusiones más o menos duraderas.

El ser humano no es movido sólo por los instintos, sino también por los valores. Es un abuso lingüístico decir que los valores empujan o presionan al hombre. Los valores atraen, pero no impelen. Al final, yo decido libre y responsablemente, opto por la realización de los valores. No sólo lo psíquico tiene su dinámica, sino también lo espiritual; pero la dinámica de lo espiritual no se basa en instintos, sino en la tendencia axiológica.

A través de la inteligencia espiritual, el ser humano elabora un mundo de valores, un orden axiológico. Los valores le invitan a una contemplación más detenida. Puede darles seguimiento o no, y si se lo da, puede hacerlo en diversas direcciones. También es libre respecto a este mundo.

Los valores no solamente motivan un avance en el terreno del conocimiento. No son meramente respuestas de nuestros sentimientos, sino motivos en un nuevo sentido. Exigen una determinada toma de posición de la voluntad. Aquello por lo que me decida en un momento dado determinará no sólo la configuración de la vida de ese momento, sino que será relevante para aquello en lo que yo me convierta.

Dice Edith Stein: «Si ahora practico el piano o salgo de paseo, si domino un movimiento de cólera que comienza a apoderarse de mí o doy rienda suelta a la ira: de ello depende no sólo de qué modo transcurrirá la hora presente. De que toque *una vez* no depende que pueda llegar a ser una virtuosa del piano. Y que dé rienda suelta a *un* ataque de nervios no impide que a lo largo de mi vida pueda aprender a dominarme. Pero toda decisión crea una disposición a volver a tomar otra decisión semejante. Cuanto más frecuentemente omita la práctica del piano, más energía necesitaré para la decisión opuesta. Al mismo tiempo, con la omisión continua de los ejercicios se hace imposible que la aptitud musical llegue a convertirse en una habilidad. De esta manera, y siempre en el marco de las posibilidades naturales, que yo llegue a ser una profesional de la música, o no, es algo que está en manos de mi libertad».^[34]

Los valores son las razones que mueven al ser humano, le incitan a adoptar un determinado estilo de vida en el mundo. Los estilos de vida no son pura causalidad, obedecen a un orden de valores, a un orden intangible que se trasluce en las buenas prácticas. Este mundo está excluido del campo visual, pero es tan real como el cuerpo.

Uno experimenta la llamada de los valores a través de su inteligencia espiritual y esta llamada le mueve a explorar territorios desconocidos, a realizar movimientos sorprendentes. Todo ello muestra que el ser humano no es un artefacto complicado, ni un sistema cerrado; es una obra abierta, un ser que tiene la posibilidad de acabarse a sí mismo.

8. EL GOZO ESTÉTICO

La inteligencia espiritual faculta para el ejercicio de valorar éticamente las acciones y omisiones del pasado, para tomar consciencia de lo bello y valioso que hay en ellas, pero también para vivir la experiencia estética, para deleitarse con la belleza de la realidad, más todavía, para captar lo sublime de las cosas y embelesarse con ello.

Uno de los personajes de Fiodor Dostoievsky nos recuerda que sólo la belleza salvará el mundo. Un ser espiritualmente sensible se deleita con la belleza natural, con las manifestaciones artísticas y con la simplicidad de las pequeñas cosas. Es capaz de detectarla y de gozarla sin pretender poseerla. Degusta con profundidad las expresiones de lo bello que aparecen en la realidad y ello le permite gozar con más penetración e intensidad del hecho de estar vivo.

La experiencia estética es una vivencia específica y característica del ser humano, una peculiaridad de su ser en el mundo que no se detecta en ningún otro ser. Se trata de la emoción ante el espectáculo de las cosas, de un estremecimiento próximo al asombro del filósofo ante el milagro de la existencia.

El animal busca la presa y cuando la tiene a su alcance, ataca. El ser humano es capaz de tomar distancia de los impulsos primarios, contenerlos y canalizarlos oportunamente. Es capaz de experimentar el asombro frente a la realidad y recrearse con las formas de los seres naturales. No le basta con vivir, anhela la bondad, el bien, la unidad, la belleza y, ante todo, vivir una vida con sentido.

El artista expresa la belleza a través de su obra y busca la forma óptima para hacerlo. Esa búsqueda va siempre precedida de sufrimiento, en ocasiones, de angustia, pero sólo puede expresarla a través de la obra si la ha percibido en su interior. La inteligencia espiritual es lo que le convierte en un ser estético. Cuando la ejercita es capaz de intuir la belleza en todas las expresiones de la realidad: en el cuerpo de una bailarina, en un fresco romántico, en la perfección de una fórmula matemática o en la amistad.

La belleza no es un objeto, tampoco una cosa. Es una experiencia que acontece en el interior del ser humano y que está directamente relacionada con la inteligencia espiritual. No se capta sólo con los sentidos. Lo que uno capta a través de sus receptores, son estímulos visuales, gustativos, auditivos, táctiles u olfativos, pero la belleza es una vivencia espiritual.

Determinadas formas, figuras, volúmenes o ideas que alcanzamos a intuir suscitan el sentido estético y generan una experiencia de bienestar emocional que tiene repercusiones en la vida del cuerpo. El gozo estético se irradia hacia fuera y tonifica el

cuerpo, mientras que la vivencia de lo feo lo contrae y genera emociones negativas, como el asco o la repugnancia.

Los brutos están insertos en el cuadro natural, no sienten el gozo estético, ni sienten cómo lo bello les transforma interiormente, porque carecen de inteligencia espiritual.

Edith Stein expresa, en primera persona, la experiencia de la belleza al contemplar un paisaje alpino. «Un valle cerrado —dice— por paredes de roca de color claro y no muy altas, bañado por la luz de la luna, cubierto por un cielo cuajado de estrellas titilantes contra el cual se dibuja con toda claridad, pero sin dureza alguna, el perfil de las rocas. Se trata de una imagen de belleza indescriptible, clara, suave, pacífica. “Indescriptible” tiene aquí un sentido estricto. Las palabras no son más que un intento de estimular a la fantasía para que represente una imagen que guarde la mayor correspondencia posible con la realidad a la que hace referencia. Pero de suyo esta belleza es algo único, poseído sólo por este todo configurado individual».^[35]

Experimentamos la claridad y la suavidad como propiedades del valle, y las experimentamos también cuando nosotros mismos estamos internamente desgarrados y sin paz, y sentimos como doloroso ese contraste con el carácter del paisaje.

La belleza no es algo material, si bien el todo configurado que la posee está formado por seres materiales y la impresión que produce depende esencialmente de cualidades de cosas: la rígida inmovilidad del muro natural da al valle el carácter de lo protegido y seguro, los tonos luminosos de las paredes de roca, su peculiar claridad. La belleza es clara, suave y pacífica. Quien la acoge dentro de sí participa de esa claridad, de esa suavidad, de esa paz.

El paisaje interior no es ajeno a lo que percibimos en nuestro entorno. Existe una mutua correlación y dependencia entre el paisaje exterior y el interior. Cuando uno se halla en un entorno bello, esto repercute positivamente en su estado de ánimo. Cuando uno experimenta lo bello dentro de sí, eso transforma su visión del entorno.

La figura del cuerpo no es una cualidad meramente material, una cosa del mundo. Está llena de significado y habla del modo de ser profundo de la persona. La persona que cultiva la inteligencia espiritual es capaz de captar ese fondo que está más allá de la mano física. Lo mismo le ocurre con la naturaleza. Los colores y las formas del espacio, la luz y la oscuridad, la rigidez, la firmeza y las configuraciones totales en que se encuadran tienen para él un sentido. De todas esas cosas emana algo que podemos recibir en nosotros mismos y que, sin embargo, siguen conservando.

La persona espiritualmente inteligente capta el fondo, lo que emana de los más sencillos elementos del mundo que se presentan a los sentidos: colores, sonidos y formas. Percibe algo más universal y significativo en las cosas que lo que conocemos

vulgarmente. Esto que percibe es lo que más nos impresiona, nos gusta y hasta puede llegar a estremecernos cuando esa iluminación de lo bello se produce en nosotros de una manera persistente e intensa. Este tipo de experiencias, por las que la persona se funde, de alguna manera, con ese valor universal de lo bello en lo concreto, son estados de plenitud vital, de verdadera felicidad en el mundo.

Suelen ser momentos de exaltación transitorios, cuando deseáramos que fueran eternos («¡Detente, instante; eres tan bello!», exclamaba el Fausto de Goethe). El placer que suscitan tales experiencias proviene de esa momentánea superación de las apetencias utilitarias y pragmáticas, de la liberación de su vida dispersa, unificada en la contemplación concentrada y desinteresada (no posesiva) de esa otra cara de la realidad que resplandece como armónica, universal y trascendente.

«Si —como escribe Kandinsky— el artista es el sacerdote de la *belleza*, ésta debe buscarse según el mencionado principio de su valor interior. La *belleza* sólo se puede medir por el rasero de la grandeza y de la necesidad interior, que tan buenos servicios nos ha prestado hasta aquí. Es bello lo que brota de la necesidad anímica interior. Bello será lo que sea interiormente bello.»^[36]

9. EL SENTIDO DEL MISTERIO

Lo misterioso circunda al ser humano por todas partes. Nos hallamos sumergidos en una realidad que desconocemos, que nos interpela constantemente y ante la cual no sabemos responder de modo seguro o cierto. Por eso interrogamos, nos extrañamos de lo que ocurre, nos inquietamos. No es verdad que el desarrollo de las ciencias naturales atrofie el sentido del misterio. Más bien lo contrario. Lo desarrolla más intensamente, pues, en la medida en que uno se adentra en los misterios de la naturaleza, descubre más niveles de realidad por conocer.

Los científicos más eminentes de la historia entienden que el misterio no es lo que queda por conocer, el residuo que permanece por causa de nuestra ignorancia. Entienden que está presente en todas las realidades y en el conjunto del universo. Las leyes físicas permiten comprender la lógica que regula la naturaleza y prevenir movimientos y operaciones futuras, pero lo misterioso es que exista el mundo y que en él se halle un ser como la persona.

El sentimiento de lo misterioso procede del sentimiento de debilidad, de nuestra insuficiencia y de la inmensidad del universo. El misterio es lo insondable, lo que va más allá de lo desconocido o que se conoce mal. En sentido estricto, es lo que está oculto, lo que no se percibe con los sentidos, ni se aclara con la razón científica.

Los más grandes científicos del siglo XX se han referido a esta experiencia. Perciben que lo más nuclear de la realidad escapa al método científico, a la red conceptual que el ser humano lanza sobre el mundo para comprenderlo y explicarlo con leyes de carácter universal.

El misterio, en lugar de ser un antídoto a la ciencia y al progreso; es su principal impulsor. El ser humano, a lo largo de la historia, se siente constantemente invitado a aclarar el misterio del mundo y de la persona.

Escribe Ludwig Wittgenstein: «No cómo el mundo es, sino que el mundo es: eso es lo místico». Un filósofo como Norberto Bobbio, tras confesarse de forma inequívoca un hombre de razón y no de fe, reconoce un «sentido del misterio» que nos circunda, que se anuncia en los límites de la razón y en el hecho que, cuanto más progresan nuestros conocimientos científicos, tanto más se dilata el horizonte inabarcable que los rodea.

Esta vivencia del misterio es más intensa cuando uno proyecta su inteligencia sobre sí mismo. Es la experiencia a la que se remite san Agustín en *Las confesiones* cuando recuerda: «Me convertí en un enigma para mí mismo». Una experiencia ésta que, lejos de desaparecer cuando desaparecen las formas religiosas de vivirla, se radicaliza, porque desaparecen las referencias fijas que ofrecían las religiones. En tal circunstancia, uno se halla en un mundo sin que nada le socorra frente a la cuestión enigmática: ¿Por qué soy? ¿Por qué yo? ¿Por qué haber nacido? ¿Por qué vivir?

El misterio no es lo que puede llegar a tener solución, una explicación. Pertenecce a un orden distinto. La inteligencia espiritual topa con el límite de un abismo que no es exterior, sino que reside en lo más íntimo de ella. El misterio es un límite, pero, a la vez, un estímulo.

Escribe Wilhelm Dilthey: «El enigma de la existencia nos mira en todas las épocas con el mismo rostro imperioso, percibimos bien sus rasgos pero quisiéramos adivinar el alma que tras ellos se oculta. En este enigma se encuentran siempre radicalmente entrelazados el misterio de qué sea este mundo y la cuestión de qué es lo que yo tengo que hacer en él, para qué estoy en él, cuál ha de ser mi fin. ¿De dónde vengo? ¿Para qué estoy aquí? ¿Qué será de mí? Ésta es de todas las cuestiones la más universal y la que más me importa. La respuesta a esta pregunta la buscan en común el genio poético, el profeta y el pensador».^[37]

El gusto por el misterio supone el reconocimiento del mismo: un reconocimiento que escapa al entendimiento; no porque sea absurdo, sino porque el entendimiento es impotente para que quepa en sus esquemas de comprensión. La inteligencia espiritual es la facultad de sentirse conmovido por lo que jamás puede ser dominado. El misterio es luz y la luz no está para ser vista, sino para dejarse ver.

La realidad del mundo, para una persona espiritualmente cultivada, es un

complejo jeroglífico que es preciso descifrar en cada momento. El misterio perdura para aquel que adopta frente al mundo una actitud de asombro. Se da cuenta de que la naturaleza contiene una profundidad alumbradora de sentido destinada a ser descifrada. En un mundo cerrado y clausurado no existe el misterio. En él todo se explica mecánicamente, pero nuestro mundo es una realidad abierta.

La inteligencia espiritual faculta para suscitar preguntas. Una persona profunda aprende a convivir con ellas. A diferencia de las respuestas que, a menudo, son frágiles, las preguntas nos permiten ahondar en el misterio de la realidad. Permanecen vivas y son ellas las que siempre dan sentido a las respuestas. En cierta forma, la vida de un ser humano espiritualmente activo transcurre interrogándose constantemente y preguntando a las respuestas que se va encontrando. Cada respuesta se torna una nueva cuestión. Está ahí para interrogarnos.

La inteligencia no es sólo un ingenioso sistema de respuestas o un mecanismo para resolver los problemas que emergen en la vida cotidiana, sino fundamentalmente un incansable sistema de preguntas. Muy a menudo, el mejor modo para evaluar la inteligencia de un ser humano es observar, atentamente, la calidad de sus preguntas. Éstas revelan mucho más que las respuestas. En ellas se manifiesta la sutileza, la profundidad y la autotrascendencia de la persona.

La inteligencia no vive a la espera del estímulo, sino anticipándolo y creándolo sin parar. Como Martin Heidegger pone de manifiesto en *Serenidad*, existen dos modos de pensar: el instrumental y el meditativo. El instrumental se ejerce básicamente para conseguir un determinado rendimiento, aspira a hallar una solución pragmática a un problema de la vida cotidiana; mientras que el meditativo no se orienta a la utilidad, pero sitúa al ser humano en el centro del debate sobre su existencia.

La inteligencia espiritual faculta para conmovernos frente al misterio de todas las cosas y habilita para desarrollar el pensar meditativo, la divagación sobre el sentido de la vida y el propio proyecto existencial. No sólo permite pensar la realidad, sino sentirla tan profundamente que uno llega a percibir el fascinante misterio que la habita.

Escribe Edith Stein: «Este “nuestro mundo”, en el que tenemos nuestra morada, en el que vivimos y nos movemos, con el que sabemos tratar, es la naturaleza de la que nos alegramos, a la que amamos, ante la que nos situamos encantados y maravillados y en tímido respeto; un todo lleno de sentido que nos habla con voces múltiples, que se nos manifiesta como todo en cada una de sus partes, y que sin embargo permanece siempre un misterio. Precisamente este mundo, con todo lo que manifiesta y oculta, apunta más allá de sí mismo hacia un todo que se manifiesta misteriosamente a través de aquél».

[38]

Los seres humanos vivimos en este complejo mundo que nos muestra su belleza y

armonía. Contemplar la belleza de la naturaleza activa la inteligencia espiritual para comprender el misterio de la existencia humana. La comprensión de esto nos sumerge en un mundo espiritual, que nos hace trascender y equilibrar los aspectos fundamentales de nuestro ser. En la naturaleza descubrimos el testimonio visible de una acción misteriosa.

El desarrollo de las ciencias no reduce el sentido del misterio. Todo lo contrario. El científico que ahonda en la estructura más íntima de la materia, de la vida, del cosmos o de la génesis del ser humano, el astrónomo que especula hasta los confines del universo, experimenta como se acrecienta en él el sentido del misterio, su no saber, su vértigo existencial, el sentimiento de pavor frente a la realidad. Quien aumenta conocimientos, aumenta perplejidad, también sentido de reverencia y de respeto hacia el universo.

El padre de la teoría de la relatividad, Albert Einstein, tenía un sentido muy acusado del misterio. «La experiencia más bella —dice— que podemos tener es la de lo misterioso. Se trata de un sentimiento fundamental que es, como si dijéramos, la cuna del arte y de la ciencia verdadera. Quien no lo conoce y ya no puede maravillarse ni admirarse de nada, ya está muerto, podríamos decir, y su ojo está debilitado. Fue la experiencia de lo que es plenamente misterioso —aunque estuviera mezclado con el miedo— lo que hizo nacer la religión. Pero saber que existe algo impenetrable, algo que se manifiesta en la razón más profunda y la belleza más resplandeciente hasta tal extremo que nuestra razón sólo puede acceder toscamente, este saber y este sentimiento constituyen la verdadera religiosidad. En este sentido, y en ninguno más, soy un hombre profundamente religioso».[\[39\]](#)

10. LA BÚSQUEDA DE UNA SABIDURÍA

Al ser humano no le basta con los conocimientos científicos, matemáticos y lógicos, con las fórmulas que describen los procesos naturales para vivir una vida con sentido. Estos conocimientos le permiten instalarse cómodamente en el mundo y dominar, en parte, las fluctuaciones de la naturaleza, pero en ninguna de esas fórmulas o teoremas halla la razón que dota de significado a su existencia personal. Esto sólo puede indagarlo por ensayo y error, tanteando con su inteligencia espiritual y progresando individualmente hacia la obtención de una sabiduría vital.

Toda persona anhela, desde lo más profundo de su ser, una sabiduría vital, una visión global de la existencia, una orientación que le permita vivir una existencia feliz. La inteligencia espiritual opera, en este sentido, sobre las otras modalidades de

inteligencia y permite elaborar una síntesis global del mundo y hallar el lugar que ocupa en él el yo.

Da capacidad para entender a los otros, para empatizar con las otras personas y para captar sus sentimientos y pensamientos más profundos, pero ello no garantiza el dominio de una sabiduría vital. La inteligencia intrapersonal faculta para elaborarse una imagen adecuada de uno mismo, ni excesivamente elevada ni debilitada; una presentación más allá de los tópicos, estereotipos y representaciones de uno mismo. Esta información es clave para alcanzar los propios objetivos, pero sólo la inteligencia espiritual, debidamente cultivada y estimulada por las grandes tradiciones espirituales y religiosas de la humanidad alcanza una sabiduría de la vida.

La inteligencia lógico-matemática faculta para el cultivo del lenguaje matemático y para articular leyes de carácter universal, entender teoremas y procesos lógicos. La inteligencia naturalista predispone al ser humano para desarrollar las ciencias de la naturaleza, le da facultades para ejercer una meticulosa observación de los procesos naturales e inferir leyes, inductivamente, con pretensiones de universalidad. Ninguna de las dos puede, sin embargo, ofrecer una sabiduría vital, una orientación en la existencia.

La inteligencia espiritual predispone al ser humano a formularse la pregunta por el sentido de la existencia, cuestión ésta que trasciende la ciencia y que activa la búsqueda de una sabiduría vital.

A pesar de no disponer de respuestas concluyentes, no es insensato elaborar esta pregunta. Disponemos de una modalidad de inteligencia para abordarla y tratar de responderle efectivamente a lo largo de la existencia. El hecho de que no existan respuestas concluyentes en el plano científico no significa que no existan respuestas inteligentes, con plenitud de sentido.

Una persona espiritualmente inteligente busca en la sabiduría clásica, en las tradiciones religiosas y místicas, formas para responder a tal pregunta y se inclinará por la que considere más sensata. Esta labor, ineludiblemente humana, no puede delegarse a nadie. Cada cual está llamado a responder a tal pregunta y sólo podrá hacerlo correctamente si, además de su experiencia, recurre a los grandes maestros espirituales de la humanidad.

Más allá de las legítimas opciones religiosas de cada uno, existe, como decía Aldous Huxley, una *filosofía perenne*, que integra lo más bello y verdadero de todo el patrimonio espiritual de la humanidad y en el cual se hallan las claves para una vida lograda.^[40]

Desde los más remotos tiempos, el ser humano ha buscado una orientación a su existencia, una pauta sobre *cómo* vivir. Las ciencias aclaran la fisiología del mundo, pero

no responden a la pregunta sobre *cómo* vivir, menos aún al acuciante interrogante sobre el sentido de la existencia.

La inteligencia espiritual faculta para elaborar una visión global del mundo, una cosmovisión. Para articular tal visión, debe integrar las aportaciones de la ciencia y de la propia experiencia, pero necesita realizar una síntesis que trascienda las posibilidades de la inteligencia lógico-matemática. No bastan los conocimientos particulares, las visiones concretas de un fragmento de la realidad para instalarnos en el mundo y forjarnos una imagen global del lugar que ocupamos en él. El conocimiento de lo particular no resuelve los problemas existenciales. Requerimos de una imagen global de la naturaleza, de la historia, del origen y del final si pretendemos conocer el papel que jugamos en este gran proceso.

En contextos intensamente fragmentados y caracterizados por la dispersión de disciplinas, es urgente y necesario desarrollar esta capacidad que emana de la inteligencia espiritual, pues el olvido de la dimensión espiritual nos deja huérfanos de síntesis.

La inteligencia espiritual faculta para la labor de síntesis, para la mirada de conjunto, mientras que la inteligencia naturista o lógico-matemática habilitan para conocer con detenimiento y detallismo cada fragmento de la realidad. Cada día que pasa conocemos con más competencia el fragmento, pero tenemos más dificultades para saber cuál es el camino que conduce a la felicidad o lo que realmente colmará nuestra sed de sentido.

Necesitamos visiones globales, comprensiones totales para poder responder a la pregunta por el sentido. Urgimos lo que Karl Jaspers denomina *cosmovisiones*. No nos basta con conocer lo concreto, ni satisface eso nuestra sed de conocimiento, pues la meticulosa comprensión de una pieza del rompecabezas no explica qué hacemos en ese gran rompecabezas y por qué nos metieron en él. Aspiramos a saber cuál es la imagen final del mismo.

La sabiduría no es un saber cualquiera; versa sobre lo esencial, sobre las causas y los fines últimos de la realidad. Es una consideración y apreciación de lo terreno a la luz de la eternidad, un sabor que da prueba de la fecundidad porque asigna a todas las cosas el lugar que les corresponde en la ordenación jerárquica del universo. Según la sentencia de santo Tomás de Aquino, «ordenar es cosa propia del sabio». La forma científica no es esencial a la sabiduría, pero sí la conformidad del obrar y del saber.

La búsqueda de una sabiduría cósmica (*¿Qué lugar ocupo en el mundo?*) y, simultáneamente, práctica (*¿Cómo debo vivir?*) ha sido permanente en la historia de la humanidad. Tanto en el Extremo Oriente como en Occidente, los seres espiritualmente inteligentes han dejado para la posteridad itinerarios de felicidad para manejarse en el

arte de vivir.

Entre las escuelas filosóficas griegas dominó la concepción de la sabiduría como la actitud de moderación y de prudencia en todas las cosas. A esta nota de universalidad se añadieron, además, los caracteres de la experiencia y la madurez. Relacionado con esta concepción está el ideal antiguo del sabio que no es solamente el hombre que sabe, sino el que tiene experiencia.

El sabio cultiva e ilustra su inteligencia espiritual y ello le permite poseer las condiciones necesarias para pronunciar juicios reflexivos y maduros, sustraídos tanto a la pasión como a la precipitación. Por eso, el sabio es llamado también prudente, juicioso. La sabiduría, cuando menos en la época a la cual nos referimos, no es meramente intelectual, aunque abarca asimismo el saber intelectual como una de sus notas esenciales.

El ideal de la sabiduría se basa en la fusión de lo teórico con lo práctico o, mejor dicho, en el supuesto de que el saber y la virtud son una y la misma cosa. El intelectualismo penetra, así, el ideal del sabio antiguo, pero este intelectualismo se halla, a su vez, penetrado de moralidad, pues si el conocimiento del bien conduce al bien mismo, éste no puede ser realizado sin su conocimiento.

El sabio, en el sentido apuntado, es capaz de vencer por el conocimiento del bien las celadas que el mal opone a la existencia. En rigor, el ideal antiguo del sabio oscila de continuo entre un saber de la bondad que se identifica, pura y simplemente, con la bondad misma y una práctica de la bondad que se identifica con su conocimiento.

La inteligencia espiritual da poder para tomar distancia y esta distancia es la condición de posibilidad de la libertad y de la sabiduría. Nadie puede ser sabio si vive pegado a sí mismo, a las cosas y a sus entornos vitales. La sabiduría, como la libertad, exige capacidad de distanciamiento.

Por ello, el sabio disfruta de una auténtica libertad aun cuando se admita que todo está determinado, pues la libertad, tal y como la conciben los estoicos, no es la posibilidad de moverse libremente entre contingencias diversas, sino la serena aceptación de la fatalidad que el mundo revela. Por eso el sabio se va retirando cada vez más dentro de sí mismo y va generando bien a los otros. La culminación del ideal del sabio es, en la Antigüedad, el tipo estoico, que afronta el infinito rigor del universo con la serena aceptación de su destino, con la devolución a la naturaleza, en el instante de la muerte, de todo lo que legítimamente pertenecía a ella.

Aunque la concepción estoica de la sabiduría tiene su fuente en la necesidad práctica de dominarse a sí mismo, no se reduce a un mero principio individual. De hecho, la sabiduría individual es, para los estoicos, un fragmento de la sabiduría cósmica. Por eso la concepción teórica de la sabiduría resurge pronto aun dentro de

quienes parecían más interesados en destacar sus rasgos prácticos. Al identificar la sabiduría cósmica con el comportamiento del universo, esta sabiduría se convierte en razón del cosmos y, por consiguiente, en *logos*. En última instancia, la separación entre lo teórico y lo práctico de la sabiduría es, para los estoicos, tan inaceptable como la separación entre el individuo y el cosmos.

En la filosofía helenística, especialmente en el estoicismo y en el epicureísmo, los conceptos de sabiduría y de sabio alcanzan su plenitud de significado moral. El sabio conjuga la ponderación, la tolerancia y la conciliación: es capaz de lograr la *aponía* (ausencia de dolor), la *ataraxía* (ausencia de inquietud interior) y sabe vivir serenamente y afrontar su muerte y la de los seres allegados con serenidad.

En rigor, el ideal del sabio oscila de continuo entre un saber de la bondad que se identifica pura y simplemente con la bondad misma y una práctica de la bondad que se identifica con su conocimiento.

La sabiduría no consiste solamente en saber. Es mucho más que eso: consiste en saber utilizar el saber. Es el arte de vivir y la vida es más compleja que una constelación de conocimientos. Ni la sabiduría, ni la verdad son valores exclusivamente intelectuales, tampoco el saber de la sabiduría es una actividad puramente racional, sino, sobre todo, un contacto con la realidad, un saber tocar y gozar la realidad existente.

Sabiduría procede de sabor y denota simultáneamente saborear y tener saber. El sabio sabe degustar las cosas, desde las más vitales hasta las más insignificantes. La sabiduría trasciende el conocimiento intelectual y tecnológico, también la erudición, porque emana de la vida, del aprendizaje que uno adquiere por el mero hecho de vivir.

Contra el racionalismo que propugna un tipo de saber separado de la vida, la sabiduría expresa una forma de conocimiento que permite comprender, no sólo el cosmos y sus leyes, sino los fundamentos del ser humano. Esta búsqueda no es patrimonio de una determinada cultura; tiene un carácter transversal. No pertenece a Occidente o a Oriente; en ambas civilizaciones hallamos sabios que iluminan la senda del conocimiento.

Todo ser humano, por el mero hecho de tener inteligencia espiritual, aspira a una visión global de la existencia y a orientarse en ella. Lo que es común a todos los seres humanos de todas las épocas y culturas es la búsqueda de tal sabiduría. Las respuestas son múltiples, porque múltiples son las manifestaciones culturales a lo largo de la historia y de la geografía.

El ser humano, con su capacidad para amar, con su fuerza para sufrir, con su anhelo de redención, se nos hace patente desde cada pensamiento, desde cada acción amorosa, en Platón y en Tolstoi, en Buda y en Agustín, en Goethe y en las *Mil y una*

noches.

11. EL SENTIDO DE PERTENENCIA AL TODO

El desarrollo de la inteligencia espiritual faculta para tomar consciencia de la íntima relación de todo con todo, de la profunda y subterránea interconexión entre los seres del cosmos, entre todas las acciones y las omisiones, los procesos que acaecen en la naturaleza. Quien cultiva la inteligencia espiritual, es capaz de sentirse miembro del gran Todo, estrechamente unido a cualquier entidad física, biológica, vegetal o irracional. Tiene la facultad de trascender su marco inmediato de pertinencia y se capta a sí mismo como una entidad que forma parte del gran Todo.

Aparentemente, el mundo es una masa de entidades inconexas que se oponen dialécticamente y que luchan por su supervivencia. Una simple mirada ofrece un espectáculo plural. La realidad aparece como un tapiz multicolor donde todo fluye, todo pasa y nada permanece. Cada existencia individual desarrolla sus fases y funciones vitales hasta que, finalmente, perece. Luego irrumpe una nueva entidad que, igual que la otra, desarrollará las mismas fases y funciones. Esta visión cíclica, plural y efímera se desprende de una mirada inmediata de la realidad, pero la inteligencia espiritual capta el nexo que une a todas las individualidades, vislumbra lo que se esconde tras las sombras, lo que se oculta bajo «el velo de Maya»; intuye el carácter interdependiente de toda la realidad, su profunda conexión.

El sentido de pertenencia al Todo es una vivencia que emana del desarrollo de la inteligencia espiritual y permite trascender el pensamiento tribal y endogámico, la cerrazón en el propio ámbito local o cultural. Sólo puede experimentar tal vivencia quien toma consciencia de formar parte de un conjunto integrado y de ser una singularidad que juega una función en él.

Contrariamente a lo que se podría pensar, la toma de distancia no entra en conflicto con esta vivencia. La toma de distancia es la condición de posibilidad de la misma. Uno se separa mentalmente de *su* mundo, del diminuto microcosmos en el que se cuece *su* vida y la de los *suyos* y, al hacerlo, toma consciencia del papel que juega en el Todo, de la armonía universal, de la correlación de fuerzas y de poderes que hacen posible el equilibrio del mundo. También capta el carácter efímero de su existencia y de la irrelevancia de su ser. Este sentido de pertenencia al Todo es la *consciencia cósmica* y ésta emana de la inteligencia espiritual.

Para una persona que cultiva esta modalidad de inteligencia, su mundo interior se amplía y nada le es ajeno; todo le incumbe. El placer del otro, pero también su

sufrimiento. Su bienestar y su malestar. Precisamente porque la inteligencia espiritual impulsa a trascender, faculta a la persona a abrirse hacia fuera, percibe el entorno con una mirada nueva y se reconoce a sí misma como parte integrante de él.

La inteligencia espiritual genera la consciencia cósmica o relacional, que consiste en sentirse parte de una unidad con todos los demás, con todos los seres, humanos y no humanos. Faculta para tomar consciencia de la fraternidad de todo cuanto existe. Esto significa que el cultivo de la misma libera de la cárcel del *ego*, rompe las fronteras entre lo que soy y lo que me separa del mundo en un movimiento de perdón, de generosidad, de entrega, de desasimiento y amor.

Cuando uno la cultiva a fondo, deja de concebirse como alguien frente al mundo, como un ser separado y ajeno a la realidad. El Todo le envuelve, le contiene, le supera. Entonces, está en el universo, forma parte del Todo y cuando contempla esa inmensidad que le contiene, adquiere consciencia de su pequeñez.

La separación o distanciamiento es la primera fase de la vida espiritual, pero no termina aquí. El punto de llegada es la reconciliación con el mundo, sentirse parte del Todo. Cuando se llega a tal experiencia, se está dentro del Todo, se excede por todas partes: sus límites, si los tiene, se encuentran definitivamente fuera de nuestro alcance.

La inteligencia espiritual habilita para trascender cualquier forma de provincianismo, de discriminación, de elitismo o de sectarismo. Nos permite intuir que más allá de las diferencias, de las distinciones de género, de volumen, de cantidad, de proporción, de inteligencia, de resistencia y de cuantos caracteres se desee identificar, formamos parte de un gran organismo vivo, donde cada uno cumple con su función y donde todos dependen directa o indirectamente unos de otros.

La intuición de la unidad del Todo más la certeza de que el ser humano es un fin en sí mismo suscitan una especie de conexión cordial. Eso genera una devoción que no es fácil convertir en conceptos, que no se puede expresar. Este sentimiento de inmensidad que algunos denominan religiosidad, es un puro sentir espiritual que está en la base de toda experiencia religiosa, pues en él se da una especie de religación, de secreta vinculación con todas las entidades del universo, con todo cuanto existe en él.

La inteligencia espiritual permite experimentar este estado de conexión profunda entre los seres, de pertenencia a algo más grande que *mi* yo, *mi* clan o *mi* tradición. Capacita para cruzar la barrera que separa el *yo* del *tú*, el *nosotros* del *ellos* y del *ello*; hace emerger una concepción de la vida que, lejos de encerrar al ser humano sobre sí mismo, le hace receptivo, le descentra y le abre a los otros, a todas las formas de vida que existen en el mundo.

En las grandes tradiciones simbólicas y espirituales de la historia de la humanidad hallamos textos donde se pone de relieve este sentido de pertenencia. En la tradición

brahmánica, la realidad tal y como la percibimos a través de los sentidos externos, es el «velo de Maya» formado por miles de seres que emanan del único Ser y que expresan su belleza, su unidad, su bondad y su majestad a través de la multiplicidad de entes.

Brahma es la fuente y la raíz de todo ser, lo eterno en el mundo, lo que subiste más allá de los ciclos de la naturaleza, de la oposición entre la vida y la muerte; pero Brahma no está contenido en ninguno de ellos, ni se agota en ninguna esencia. Las trasciende todas. Es la semilla de eternidad que hay en cada entidad natural. Brahma, el único Dios, más allá de las reencarnaciones, de los padecimientos y gozos del mundo, trasciende todos los seres, pero todos están vinculados entre sí porque viven, crecen y mueren *en y por* Él.^[41]

En una de las tradiciones espirituales más antiguas de la China, el taoísmo, se detecta la misma visión unitaria del cosmos. El Tao, fuente universal y permanente de todo ser, es lo que subsiste a toda la naturaleza. Cada ser emana de Él y regresa a Él, pero cada uno cumple una función en el orden del mundo. El sabio capta la unidad subyacente al Todo, la vinculación que une cada partícula con el conjunto del cosmos,^[42] mientras que el vulgo se limita a ver la oposición entre los seres, su lucha por la existencia individual.

En la civilización occidental, cada ser es una criatura que emerge del Creador y está sostenida por Él. El mundo no es una coexistencia artificial de seres, sino una unidad polifónica, una armonía integrada, donde cada entidad juega su función y realiza su contribución al Todo. Los seres creados tienen una relación de interdependencia entre sí.

La visión de esta unidad se halla en el espíritu de san Francisco de Asís. En la visión franciscana de la fraternidad, el vínculo con los demás se abre a la totalidad de la naturaleza y no queda estrictamente cerrado al ámbito de las personas. La hermandad cósmica del pobrecillo de Asís parte de la idea de que todo cuanto existe deriva de un mismo Ser. Eso exige ser fraternal con todos los seres naturales y tratar como hermano a cualquier criatura del mundo, independientemente de sus características físicas o intelectivas.

¿Cuál es el fundamento de esta fraternidad? ¿Qué es lo que nos hace hermanos más allá de nuestras diferencias? Desde un punto de vista ontológico, lo que hermana es precisamente la condición vulnerable. Desde una perspectiva exterior, todos somos diferentes y cada uno es una singularidad autónoma en el mundo, pero más allá de estas diferencias, existe un punto común de encuentro que es la fragilidad.

Todos estamos igualmente expuestos al sufrimiento, al fracaso, al desencanto y a la muerte. Somos hermanos en la existencia, porque todos somos igualmente vulnerables

y esto nos une y nos hace muy próximos.

Así pues, la fraternidad es un valor que consiste en sentirse ligado al otro, pero no como un esclavo o un sirviente lo están de su amo, sino como un hermano se siente ligado a otro. La fraternidad es un valor esencial en una sociedad que padece un fuerte atomismo y un exceso de individualismo. Es necesario integrar el problema del otro y darse cuenta de que el problema del otro también es *mi* problema.

Albert Einstein intuyó el sentido de pertenencia al Todo y lo expresó en estos términos: «Al individuo que siente la futilidad de los deseos y propósitos humanos, como lo sublime y el orden maravilloso que se manifiesta en la naturaleza y en el mundo de las ideas, la existencia individual le parece una forma de cárcel y anhela poder experimentar que la totalidad de los seres constituyen una unidad llena de sentido». [\[43\]](#)

La inteligencia espiritual faculta para intuir esa unidad, para experimentar el sentido de pertenencia al Todo, pero esta visión puede truncarse por múltiples obstáculos o dificultades. Uno de ellos es la visión tribal o la competitividad que, en lugar de concebir los seres como hermanos, como elementos que configuran una misma realidad, los concibe como rivales que luchan a muerte.

La competitividad a ultranza que se vive en el seno de nuestras sociedades, el clima cainita en el mundo del trabajo y la batalla cotidiana por hacerse un lugar y un nombre en el mundo, hace más necesaria que nunca la potenciación del valor de la fraternidad como antídoto y reacción a esta dinámica.

Se debe combatir el espíritu competitivo. Lo expresa el mismo Albert Einstein: «Este espíritu competitivo, que predomina incluso en las escuelas y en las universidades destruye todos los sentimientos de cooperación y de fraternidad, y concibe el éxito no como el resultado del amor al trabajo bien realizado y útil, sino como el estallido de la ambición personal y la supresión del miedo a no triunfar». [\[44\]](#)

12. LA SUPERACIÓN DE LA DUALIDAD

La superación de la dualidad es ese hecho asombroso y lleno de misterio en virtud del cual se borra la línea fronteriza que, a los ojos de la razón, separa totalmente un ser de otro ser. Es uno de los poderes de la inteligencia espiritual. Consiste en ver al otro como una realidad que emana de un mismo principio, como un ser que forma parte del mismo Todo, como un hermano en la existencia.

La intuición de la no dualidad representa un nivel de experiencia superior al

sentido de pertenencia al Todo. Consiste en ser capaz de ver que todas las partículas aparentemente separadas emergen de un mismo Ser y expresan, a su modo, ese mismo Ser que las trasciende a todas.

Tal y como dice D. Klass, en la experiencia espiritual uno mismo deja de ser individualidad y se da una consciencia de unidad; la separación entre el yo y el tú desaparece y emerge un sentimiento de unidad con el otro, con el mundo, con todos los seres. Esta disolución de la frontera entre el individuo y lo que está más allá de él tiene lugar cuando se deshace la oposición o la confrontación. Esto conlleva unas claras implicaciones psicológicas, pues las fronteras del *ego* se diluyen. Este sentimiento de unidad, de disolución de la separación es la base de lo que se denomina *experiencia mística*.

Sólo cuando el ser humano se mantiene abierto y receptivo, cuando transforma la energía que él mismo produce en pensamientos claros, en sentimientos plenos, vive y crece. El animal en el bosque, el niño que juega: he aquí dos ejemplos de superación de la dualidad. Ambos se concentran en torno a lo que les resulta esencial, viven total y plenamente la vida del instante. Lo que constituye la condición vital para experimentar esta unión con todo lo que hay es que la inteligencia permanezca abierta y su estado fluido, y que no resulte obstruida por ciertos conceptos, ni se fosilice en determinadas doctrinas.

Sólo en quienes están por completo en aquello en lo que están, quienes entablan una relación inmediata con las cosas como con los pensamientos, quienes están presentes en todo momento, sólo en ellos hallan satisfacción y fuerza el pensamiento y el sentimiento, la voluntad y el estado de ánimo. Cuando una verdad oída o leída cobra vida, cuando es vivida por primera vez, el significado de la vida se intensifica en un grado tal que jamás se olvida. Es en la vida de los sentimientos y de los estados de ánimo donde reside la plenitud anímica, la calma, la bella inmediatez, todo lo que nos convierte en auténticas riquezas espirituales para otros.

La vivencia de la profunda unidad de las cosas, la disolución de la frontera entre el yo y el mundo es *la experiencia mística*. Los místicos de todas las tradiciones simbólicas y espirituales reconocen, más allá de la fragmentación de los entes, de la polifonía del mundo, una profunda unidad de todo con todo; sienten la vinculación con los otros hasta tal extremo que éstos dejan de ser diferentes y distantes, y pasan a ser vividos como algo propio.

La mística no es patrimonio de una religión. Como han puesto de manifiesto los principales estudiosos de este fenómeno, esta experiencia de unidad profunda con el Ser no sólo acontece en las mentes religiosas, sino también se experimenta desde el plano laico. La superación de la dualidad es una experiencia que narran los grandes

místicos castellanos cuando describen la fusión espiritual con el Amado. En esa unión, ya no existe el yo separado del tú, ni el tú confrontado al yo. Existe una vivencia plena, una íntima unión, cual gota que se deshace en el océano.

También algunos pensadores muy relevantes de la historia de la filosofía han expresado tal vivencia, pero separada de connotaciones religiosas. Es el caso de Arthur Schopenhauer, de Friedrich Nietzsche y de Ludwig Wittgenstein, entre otros.

En la actualidad, André Comte-Sponville, filósofo ateo, narra esta experiencia de unidad profunda de todas las cosas. En su conocida obra, *El alma del ateísmo. Introducción a una espiritualidad sin Dios*, cuenta cómo durante una breve fracción de tiempo experimentó la unidad de todo, la superación de la dualidad, la comunión con el fondo último de la realidad:

«La primera vez sucedió en un bosque del norte de Francia. Tenía 25 o 26 años. Daba clases de filosofía —era mi primer empleo— en el instituto de una ciudad muy pequeña, perdida entre campos, al borde de un canal, no lejos de Bélgica. Esa noche, después de cenar, salí a pasear con algunos amigos por ese bosque al que amábamos. Estaba oscuro. Caminábamos. Poco a poco, las risas se apagaron; las palabras escaseaban. Quedaba la amistad, la confianza, la presencia compartida, la dulzura de esa noche y de todo... No pensaba en nada. Miraba. Escuchaba. Rodeado por la oscuridad del sotobosque. La asombrosa luminosidad del cielo. El silencio ruidoso del bosque: algunos crujidos de las ramas, algunos gritos de animales, el ruido más sordo de nuestros pasos... Todo eso hacía que el silencio fuera más audible. Y de pronto... ¿Qué? ¡Nada! Es decir, ¡todo! Ningún discurso. Ningún sentido. Ninguna interrogación. Sólo una sorpresa. Sólo una evidencia. Sólo una felicidad que parecía infinita. Sólo una paz que parecía eterna. El cielo estrellado sobre mi cabeza, inmenso, insondable, luminoso, y ninguna otra cosa en mí que ese cielo, del que yo formaba parte, ninguna otra cosa en mí que ese silencio, que esa luz, como una vibración feliz, como una alegría sin sujeto, sin objeto (sin otro objeto que todo, sin otro sujeto que ella misma), ¡ninguna otra cosa en mí, en la noche oscura, que la presencia deslumbrante de todo! Paz. Una paz inmensa. Simplicidad. Serenidad. Alegría.»^[45]

13. EL PODER DE LO SIMBÓLICO

En virtud de la inteligencia espiritual, el ser humano es capaz de trascender el mundo natural y a sí mismo. Convierte los objetos naturales y los que él mismo fabrica en realidades simbólicas, en instrumentos que comunican algo que está más allá de ellos.

El símbolo es siempre un significado que trasciende el objeto, una cosa que evoca

un sentido que no es inherente a sí misma. Gracias a la inteligencia espiritual, tenemos el poder de lo simbólico, capacidad de convertir en símbolos objetos naturales y artificiales, y comunicarnos a través de ellos.

El filósofo alemán Ernst Cassirer definió al ser humano como un ser *capax symbolorum*. Esta capacidad no proviene de ninguna otra modalidad de inteligencia. La inteligencia lingüística permite cultivar distintas formas de lenguaje, da poder para comprender mensajes de distinta naturaleza y también para expresarnos verbalmente, pero no tiene el poder de lo simbólico.

Cuando uno se adentra en el sentido de un símbolo, se despierta en él una experiencia que trasciende las vivencias primarias. El símbolo *da que pensar*, en palabras de Paul Ricoeur; pero no sólo eso, también da que sentir, hace volar a la persona más allá de su entorno, de su enclave histórico y cultural. Contemplado atentamente, el símbolo suscita vida espiritual, abre las compuertas de la imaginación y activa un mundo oculto. La vida espiritual se nutre de símbolos y se expresa a través de ellos.

Dice Viktor Frankl: «Hay una necesidad metafísica en el hombre, pero hay también una *necesidad de símbolo*. El hombre realiza constantemente gestos simbólicos. Los realiza cuando saluda a alguien y cuando desea algo a alguien. Desde una óptica racionalista, utilitarista, todos estos gestos carecen de sentido, por inútiles y sin objetivo. En realidad son todo lo contrario de carentes de sentido; son simplemente inútiles y sin objetivo o, más exactamente, son simplemente inútiles con respecto a un objetivo». [\[46\]](#)

El ser humano no sólo produce y consume símbolos; los necesita para vivir, para instalarse en el mundo, para dar significado y sentido a su existencia, para comunicar sus más hondos sentimientos y pensamientos.

Una educación integral estimula la capacidad simbólica de la persona y garantiza la comprensión del lenguaje simbólico. No basta con el lenguaje de los signos para desarrollar correctamente el oficio de ser persona, porque existen vivencias que no pueden expresarse con el lenguaje sígnico y que requieren el lenguaje simbólico. Cuando uno trata de expresar sentimientos profundos, pensamientos y preguntas que emanan de su inteligencia espiritual, requiere de símbolos para poder ser eficiente en el intento de responder de ellos. Los símbolos desbordan el mundo de la ciencia y dejan entrever otro mundo que se oculta más allá de las leyes científicas.

«El contenido inmanente del símbolo —dice Viktor Frankl— permite acceder una y otra vez al objeto trascendente. La condición para ello es que este contenido inmanente sea diáfano, que deje traslucir el objeto trascendente. Para que sea diáfano, es necesario no tomar el símbolo al pie de la letra. Sólo cuando arde desde el acto intencional, brilla en él lo trascendente. El símbolo debe conquistarse en cada nuevo

acto.»^[47]

14. LA LLAMADA INTERIOR

El ser humano es capaz de auscultar una llamada. No nos referimos a una llamada física, a la voz que se percibe a través del sentido auditivo. Evocamos una llamada interior.

Nadie nace sabiendo qué es lo que va a dotar de sentido su vida, lo que la va a hacer valiosa. Nadie tiene, al irrumpir en el mundo, un conocimiento claro de la misión que debe desarrollar a lo largo de su existencia. A medida que desarrolla su vida, se da cuenta de que está llamado a hacer algo con ella y que tiene que descubrirlo por sí mismo, pues nadie puede suplirle en tal tarea.

Sólo cuando uno presta atención a esa voz y deja de lanzar evasivas, se enfrenta *realmente* al sentido de su existencia. La búsqueda del sentido de la vida es un ejercicio de escucha. Sólo cuando uno escucha atentamente esa llamada que emerge de sus adentros se percata de cuál es la misión que debe desarrollar a lo largo de su existencia y el contenido que la dotará de sentido, que la hará vida valiosa y la colmará de significado.

No es nuestra intención aclarar de dónde procede tal llamada. Para algunos, esta voz proviene del mismo Ser infinito que llama al ser humano a vivir conforme a lo que es. Para otros, esta voz emerge del interior de la propia conciencia.

Constatamos que el ser humano es capaz de percibir una llamada y de acogerla, de responder y de tomar postura frente a ella. La *vocatio*, en sentido etimológico, es la llamada. El ser humano no sólo es capaz, en virtud de su inteligencia espiritual, de trascenderse, de tomar distancia respecto al medio natural y respecto de sí mismo, sino que, además, es ser receptivo a una llamada. Es lo que tradicionalmente se denominó *vocación*, pero que no sólo debe ser entendido en un sentido religioso.

Cuando uno es capaz de auscultarla y de vivir conforme a ella, vive una existencia feliz. Vive acorde con su ser más íntimo y esta adecuación entre la vida exterior y la vida interior es la felicidad. La infelicidad radica, precisamente, en desconocer la propia vocación o en vivir de tal modo que uno está permanentemente en conflicto con lo que naturalmente experimenta en su ser.

La determinación de la vocación requiere de un acto de escucha, pero sobre todo, de un continuado trabajo de la inteligencia intrapersonal y espiritual. Sólo quien está acostumbrado a analizarse a sí mismo y a escuchar su cuerpo y su mundo interior la percibe. La inteligencia espiritual da el poder para auscultar y pensar estratégicamente

qué pasos se deben dar para realizar el propio proyecto.

En la *naturaleza de un ser humano* está prevista su llamada, su vocación y profesión: es decir, la actividad, el trabajo hacia el que está orientado desde lo profundo. El camino de la vida hace madurar la vocación de cada uno y la da a comprender a los otros, de tal modo que éstos pueden hablar de la *llamada* a través de la cual, en el mejor de los casos, cada uno puede encontrar su *puesto* en la vida.

Esta posibilidad convierte al ser humano en lo que el teólogo Karl Rahner denominó el oyente de la palabra. Es receptivo a una llamada que no procede del exterior de sí mismo, ni de la naturaleza, ni de la ciudad. Tampoco es una llamada que proceda de él mismo, pasa a través de él.

La determinación de la propia vocación en el mundo es obra de la inteligencia espiritual, aunque no sólo de ella. Cuando uno vive identificándose con su misión, experimenta el entusiasmo de vivir. No vive el tiempo apesadumbrado, esperando el breve momento de descanso para liberarse de su penosa vida cotidiana. No hace las tareas por obligación, por imperativo legal o para resolver sus necesidades primarias. Las hace, porque está en juego su vocación, su misión en el mundo; porque siente que debe hacerlas, porque, haciéndolas, se siente plenamente realizado.

El artista que pinta por vocación no lo hace por coacciones externas o internas; tampoco para quedar bien con alguien, o para hacerse un nombre en la historia. Pinta porque su naturaleza se lo exige, porque no puede hacer otra cosa que pintar, porque mientras pinta su vida se hace una, porque mientras está concentrado en su composición, se entusiasma plenamente con lo que hace, experimenta que su vida tiene sentido. Lo mismo le ocurre al maestro que enseña movido por la voz interior, al filósofo que piensa o el escritor que escribe.

La palabra *entusiasmo* proviene del griego y significa «tener un dios dentro de sí». La persona entusiasmada era aquella que era tomada por uno de los dioses, guiada por su fuerza y su sabiduría y, por ese motivo, se pensaba que podría transformar la naturaleza y hacer que ocurrieran cosas.

Sólo las personas entusiasmadas pueden resolver los problemas que se presentan. El entusiasmo no es una cualidad que se construye o que se desarrolla. La persona entusiasta cree en su capacidad de transformar las cosas, cree en sí misma, en los demás, en la fuerza que tiene para transformar el mundo y su propia realidad. Está impulsada a actuar en el mundo, a transformarlo, movida por la fuerza y la certeza en sus acciones. El entusiasmo es lo que da una nueva visión de la vida.

Es distinto del optimismo. Muy frecuentemente se confunde lo uno con lo otro. Optimismo significa creer que algo favorable va a ocurrir, inclusive anhelar que ello ocurra, es ver el lado positivo de las cosas, una postura amable ante los hechos que

ocurren, mientras que el entusiasmo es acción y transformación, la reconciliación entre uno mismo y los hechos.

Sólo hay una manera de ser entusiasta: actuando entusiásticamente. La persona que vive conforme a la llamada interior, vive intensamente su vida, cuenta cada segundo de su existencia, porque cada momento es una ocasión para llevar a cabo su vocación. Desconoce el aburrimiento, la apatía y la desidia.

Si tuviéramos que esperar tener las condiciones ideales primero para luego entusiasmarnos, jamás nos entusiasmaríamos por algo, pues siempre tendríamos razones para no entusiasmarnos. No son «las cosas que van bien» lo que trae entusiasmo, es el entusiasmo que nos hace hacer bien las cosas.

Hay personas que se quedan esperando que las condiciones mejoren, que llegue el éxito, que mejore su trabajo, su relación de pareja o de familia para luego entusiasmarse. Jamás se entusiasmarán. Si creemos que es imposible entusiasmarnos con las condiciones actuales en las que nos toca vivir, lo más probable es que jamás salgamos de esa situación.

La vocación es la raíz del entusiasmo, lo que hace de la vida una aventura que merece la pena ser vivida, un apasionante viaje que no sabemos *cómo*, ni *cuándo* concluye. Quien vive su vida con sentido, quien después de ejercer el discernimiento por obra de la inteligencia, hace de su vida un proyecto personal y singular, vive con entusiasmo su existencia, lo que no significa que no experimente decepciones y contrariedades de todo tipo, pero mientras perciba que lo que está haciendo tiene sentido, no falta el entusiasmo.

15. LA ELABORACIÓN DE IDEALES DE VIDA

Los ideales no son las ideas. Tampoco son objetos tangibles que se puedan percibir con los sentidos externos. Son objetivos, referencias personales, aspiraciones que uno desea hacer realidad a lo largo de su vida. Son la expresión concreta de lo que uno desea llegar a ser, de lo que uno se propone lograr y tiene intención de conseguir con esfuerzo, tesón y sacrificio.

El ser humano es, como dijera Friedrich Nietzsche, el animal que promete. La inteligencia espiritual da poder para forjar ideales. Éstos no están en la naturaleza, tampoco en las cosas fabricadas por el ingenio humano. No se perciben con los sentidos externos. Como los valores, forman parte del mundo espiritual, de lo que Karl Popper denominó el *Mundo 3*.

En el mundo físico sólo hay hechos, pero el ser humano, en virtud de su potencia

espiritual, es capaz de crear un mundo alternativo, un universo ideal. Es un ser de aspiraciones. No le basta con dormir, beber y comer; aspira a realizar con su vida determinados ideales, a hacer de ella algo bello y digno; pero no tiene ninguna garantía de poder hacerlo realidad. En este sentido, el ser humano es, como diría Gabriel Marcel, transición, andadura. No nace acabado. Está en devenir hacia algo que no es.

La inteligencia espiritual permite plantear ideales de vida. Los ideales son pequeños eslabones en la construcción del sentido. El sentido de la existencia se realiza a partir de ideales que son alcanzados con tesón y constancia. Para poder elaborar tales ideales es esencial la labor de la inteligencia intrapersonal, pues ésta permite conocernos a fondo y tener una imagen precisa de las posibilidades reales.

Cuando uno elabora ideales que trascienden sus capacidades reales, sus recursos internos, fabrica futuras frustraciones, genera malestar. La elaboración de ideales exige un adecuado autoconocimiento, pero también voluntad de sentido. Lo primero es obra de la inteligencia intrapersonal; lo segundo pertenece al de la espiritual.

La elaboración de ideales es un proceso dinámico que adquiere distintas formas y modalidades a lo largo de la vida. Los ideales que nos planteamos cuando somos adolescentes no son, lógicamente, los mismos que en la vida adulta. Cada etapa vital tiene su propia constelación de ideales. El ideal genera movimiento, exige esfuerzo, requiere una labor cuyo fin consiste en convertir ese ideal en realidad. Una vez se ha realizado, el ser humano proyecta nuevos ideales de vida y, así, indefinidamente. Ello le estimula, de nuevo, a superarse.

La búsqueda del sentido es lo que conduce al ser humano a plantearse ideales. Por ensayo y error uno aprende cuáles son sus límites y posibilidades. Los ideales llenan de contenido la voluntad de sentido. Todo ser humano necesita hallar una razón por la que vivir, luchar, entregar sus fuerzas y energías. La realización del ideal genera una experiencia tonificante, emociones positivas que refuerzan la personalidad, mientras que el fracaso obliga a replantearse los móviles de la existencia.

El peor de los dramas que un ser humano puede sufrir es carecer de todo tipo de ideales, no aspirar a nada. Muchas veces se afirma que nada es más frustrante que fracasar en la realización de los propios ideales. No cabe duda de que una experiencia de este tipo no es agradable, pero forja carácter y ofrece una lección de futuro. Lo peor es carecer de ideales y de horizontes de sentido; no aspirar a nada, limitarse a pervivir y a pasar el tiempo, pues ello convierte la vida en una burda representación, pierde toda dimensión épica y, por consiguiente, sentido. Cuando esto sucede, el ser humano atrofia una de sus potencias básicas, la de autotrascenderse.

Por su contextura especial, todo ser humano experimenta la urgencia de satisfacer una serie de necesidades de diversa índole. No sólo tiene, como animal, que responder

a unas determinadas exigencias biológicas, sino que, como ser espiritual, siente el vacío cuando no se encuentra lleno y satisfecho con otras aspiraciones más sublimes y específicamente humanas.

Joan Maragall expresa lúcidamente esta capacidad de superación: «Vivir es aquel impulso de ser, que en lo que ya es se resuelve en esfuerzo por ser más. Allí donde cesa aquel impulso o acaba este esfuerzo, allí cesa la vida y acaba el ser vivo aunque continúe la apariencia por automatismo. Porque el esfuerzo de vida se crea su ritmo, y éste, cuando ya no encuentra el obstáculo que lo reguló, o habiendo cesado el impulso y el esfuerzo que lo crearon para vencerlo, persiste automáticamente y ya sin alma, dándonos la exterioridad de la vida, y haciéndonos tomar por vivas cosas que en realidad hace mucho que murieron». [\[48\]](#)

16. LA CAPACIDAD DE RELIGACIÓN

La inteligencia espiritual es la raíz de la vida espiritual, pero la espiritualidad no es la religiosidad. La vida espiritual es búsqueda, inquietud, anhelo de sentido, camino hacia lo desconocido, autotranscendencia. En la medida en que el ser humano se interroga por lo eterno, por lo infinito, prepara la religiosidad, pero la religiosidad puede no irrumpir en la vida de una persona.

La religiosidad expresa la capacidad de religarse que tiene el ser humano, de vincularse a un Ser que reconoce como distinto de sí y con el que establece alguna forma de comunicación. Religación es vínculo, comunicación, reconocimiento de la alteridad.

La vida espiritual puede desembocar en la religación, pero no necesariamente. La religiosidad no es la confesionalidad, porque esta última consiste en la libre identificación con un credo religioso e incluye el sentido de pertenencia a una comunidad de fieles y la práctica de determinados rituales. La religiosidad es cultivo del vínculo, pero no incluye esta identificación. Muchas personas se sienten vinculadas, desde lo más íntimo, a un Ser superior, pero no expresan este vínculo en el marco de una confesión.

La espiritualidad no exige, necesariamente, la religación con un Ser superior, tampoco la excluye. Cuando el ser humano se pregunta por el sentido de su existencia, toma distancia del mundo y de sí mismo, puede sentirse sostenido por un Ser que le trasciende. Cuando vive la experiencia de estar sostenido, referido a algo más grande que él, vive la experiencia religiosa.

Tanto en su interior como en el exterior, el ser humano puede hallar indicios de

algo que está por encima de él y de todo lo demás, y de lo que él y todo lo demás dependen. La pregunta acerca de ese Ser, la búsqueda del sentido último, pertenece a la esencia del hombre. La espiritualidad es precisamente esta búsqueda, mientras que la religiosidad es el reconocimiento de un Ser superior del que proviene todo cuanto existe. La religiosidad activa la inteligencia emocional, pues tal vinculación altera los estados emocionales. Suscita temor, temblor, pero también paz y serenidad.

La religiosidad es intercambio y transferencia de sentimientos y de pensamientos, un reconocimiento mutuo y una mutua benevolencia. La persona religiosa se siente vinculada a un Ser superior que le acoge y le sostiene, que se le *da* permanentemente, que *la* conoce más íntimamente que lo que ella pueda llegar a conocerse.

La religiosidad es una experiencia que emana de lo más profundo de la persona. Según Viktor Frankl, no es algo innato, determinado biológicamente. La religiosidad constitutiva del ser humano se canaliza a través de los esquemas religiosos existentes en su contexto social y cultural. Existe en él una predisposición, pero se activa en íntima correlación con el ambiente.

La inteligencia espiritual es ese dispositivo de la mente humana que hace posible la experiencia ética, estética y religiosa en el ser humano. Es la condición de posibilidad de lo que Viktor Frankl denomina las experiencias cumbre de la vida humana.

Afirma Thomas Mann en un fragmento del *Doktor Faustus*: «La religiosidad, que en modo alguno considero extraña a mi corazón, es ciertamente algo distinto de la religión positiva y confesional (...) El “sentido y el gusto por lo infinito constituye un hecho dado” en el hombre. No son pues unos principios filosóficos lo que la religión propone a la ciencia, sino un hecho espiritual, internamente situado».^[49]

La religiosidad es vínculo, pero también se puede concebir, siguiendo este bello texto, como una forma de apertura a lo infinito que se da en el seno más íntimo del ser humano. La pregunta por el sentido no pertenece sólo a los hombres religiosos, sino a todo ser humano que active su inteligencia espiritual. La respuesta a la misma en clave religiosa, es fruto de una experiencia de encuentro.

Ser espiritual significa plantearse, apasionadamente, el sentido de la vida y estar abierto a respuestas que pueden llenarnos de estremecimiento. José Ortega y Gasset va más allá cuando dice: «Todo hombre que piense: la vida es una cosa seria, es un hombre íntimamente religioso». Nosotros diríamos más bien *espiritual*, porque utilizamos la expresión *religiosidad* para identificar el vínculo con el Ser superior. Cuando la respuesta a la pregunta por el sentido de la vida se refiere directa o indirectamente, explícita o implícitamente al Ser supremo, estamos frente a una persona religiosa.

Éste es el caso, por ejemplo, de Ludwig Wittgenstein. Dice en sus *Diarios filosóficos*:

«Podemos llamar “Dios” al sentido de la vida, esto es el sentido del mundo». «Creer en un Dios quiere decir que con los hechos del mundo no basta. Creer en Dios quiere decir que la vida tiene un sentido». Resumiendo lo central de su idea, afirma en una expresión muy frecuentemente citada: «Pensar en el sentido de la vida es orar».

No es extraño que también los teólogos hayan asociado religiosidad y pregunta por el sentido. Karl Rahner afirma: «La pregunta sobre un sentido así entendido (como sentido absoluto) debe ser entendida como pregunta sobre Dios». «La pregunta por el sentido y la pregunta por Dios son, pues, para nosotros idénticas.»

El sentido de lo infinito, la voluntad de trascenderse, la interrogación permanentemente abierta por el Ser último no puede medirse, ni iluminarse desde el discurso científico. Dice Thomas Mann: «La ciencia no puede descifrar los enigmas de la razón, y querer convertir en una ciencia el enigma eterno y el sentido del infinito significa imponer una confusión, a mi entender desgraciada y condenada a continuos fracasos, a dos esferas que, fundamentalmente, son extrañas una a otra».^[50]

Cuando el ser humano conscientemente se religa, se vincula a través de un encuentro misterioso con un Ser extraño a sí mismo: se pone en movimiento la religación. La religación puede ser con uno mismo, pero cuando uno la trasciende, se abre el campo a la experiencia religiosa, se vincula al Ser superior. La religación con uno mismo es la reflexión sobre sí mismo, la autoconsciencia, la transparencia que hace más visible la propia personalidad. Consiste en interrogarse o, más exactamente, en preguntarse a sí mismo con la esperanza de penetrar hasta el último rincón. Al pensarse a sí mismo, el ser humano se interroga, busca, indaga y espera activamente respuestas satisfactorias. La religación, entendida de esta manera, es un camino de interiorización, el progresivo descubrimiento de lo profundo de uno mismo.

Cuando uno se religa a sí mismo y capta el fondo de su ser, aparece una carencia radical, una carencia que nada logra satisfacer plenamente. Se percibe como una carencia que nada puede colmar y que atraviesa su persona y su existencia de parte a parte.

Lo que acontece al ser espiritualmente activo es que aparece frente a sí mismo como una realidad agrietada, como una fisura que no llega a desaparecer. Experimenta el deseo de ir siempre más lejos. Esta sed inagotable muestra de su radical insuficiencia. Es la raíz de su búsqueda religiosa.

Somos un movimiento que va siempre más lejos. Como dice Maurice Blondel, nada hay más esencial que manifestar en nuestros pensamientos, en nuestros seres, en nuestras acciones, la carencia natural e incurable. Hay en nosotros, una fisura abierta. Esta fisura es la raíz de la religiosidad.

La religación es la vinculación con el Ser superior. La oración, más allá de los

tópicos y de las fáciles caricaturas, es el diálogo íntimo e interpersonal que cada ser humano establece con el Ser supremo que se manifiesta en las profundidades de su consciencia individual.

Sólo el ser humano es capaz de orar, porque sólo él dispone de inteligencia espiritual. Ésta le faculta para tal actividad, aunque la oración exige un acto de fe; pues supone aceptar la existencia de ese Ser que, desde lo más íntimo de la consciencia, entra en contacto con su existencia individual. La espiritualidad no exige fe, mientras que la religiosidad, por su misma naturaleza, parte de un acto de fe.

«La oración —dice Viktor Frankl— es el único acto del espíritu humano que puede hacer presente a Dios como un tú. La oración presentiza, concreta y personifica a Dios como un tú. Tal es el aporte de la oración en su sentido más amplio, que no incluye sólo la plegaria sin sonido, sino incluso sin palabras: *como hay canciones sin palabras, hay también oraciones sin palabras, y como aquéllas son las más hermosas, éstas pueden ser las más religiosas.*»^[51]

En esencia, la oración es diálogo, comunicación intelectual y amorosa entre el ser humano y el Ser superior, interacción que se descubre y que crece a través de la vida espiritual. Más allá de las distintas formas y expresiones que adquiere este fenómeno a lo largo de la historia, la oración es palabra que trasciende, deseo de transgresión, verbo que se proyecta más allá de sí mismo y de todo cuanto es mundo. En la oración, el Ser superior aparece como un Tú y no como cualquier tú. A pesar de ser invisible, ese Tú está omnipresente en el yo, le sostiene y le trasciende, le abraza y le acoge, pero no le niega su frágil entidad.

Ese Tú es vivido, también, como el gran Ausente. La oración no es un diálogo estático, sino ondulante y dinámico. En tal vinculación, el Ser superior se hace patente como una Presencia que acoge y ama; también como una Ausencia que genera el vértigo de la soledad y del sinsentido.

«La oración —dice Viktor Frankl— hace presente a Dios. Pero como acto del espíritu humano, es un fenómeno fugaz; es una atención instantánea, súbita, a Dios».^[52]

En la oración, la relación con Dios es siempre un *vis-à-vis* interior, un diálogo de tú a Tú. Dios irrumpe como el Tú original y primigenio. Es un diálogo cordial más que intelectual, donde Dios es vivenciado como el interlocutor de los soliloquios más íntimos. Esto se hace presente en la voz de san Agustín, cuando reconoce que Dios es más íntimo que la propia intimidad: *intimior intimo meo*.

Si se pretende apresar conceptualmente a Dios, se le anonada, y si se le reconoce y se admite en su inefabilidad, se le reconoce en su transcendencia y valor absoluto. Es en la oración (único acto del espíritu humano que puede hacer presente a Dios como un

Tú, según Viktor Frankl) que el Tú que es Dios se salva concretándolo. La oración no requiere necesariamente de palabras. Cristaliza en el símbolo, el cual permite el acceso a la trascendencia.

La trascendencia de Dios se relaciona con su inefabilidad, restando la opción de creer en Él y de amarle, que es siempre una decisión personal. No se debe confundir autotrascendencia con trascendencia de Dios. Cuando afirmamos que el ser humano es capaz de trascenderse, decimos que en él hay un dinamismo inherente: su voluntad de superarse, de cruzar todos los límites, de ir más allá.

Cuando afirmamos que Dios es trascendente, manifestamos que no se identifica con nada que exista en el mundo físico, que está más allá de él, a pesar de estar misteriosamente presente en todas y en cada una de las entidades del cosmos. Esta afirmación es un acto de fe que, como toda afirmación, tiene sus propias razones, pero no es una evidencia que se desprenda del análisis del ser humano.

Una de las mentes preclaras de la historia de la filosofía, Ludwig Wittgenstein, expresa esta religación en sus escritos autobiográficos elaborados durante su participación como voluntario de la Cruz Roja en la Primera Guerra Mundial. Se trata de un testigo de excepción.

Escribe el 12 de septiembre de 1914: «Cada vez son peores las noticias. Esta noche habrá alerta rigurosa. Un poco más o un poco menos, trabajo a diario y con gran confianza. Una y otra vez me repito interiormente las palabras de Tolstoi: “El hombre es *impotente* en la carne, pero *libre* gracias al espíritu”. ¡Ojalá que el espíritu esté en mí! Por la tarde el alférez oyó disparos en las cercanías. Me puse muy nervioso. Es probable que nos pongan en estado de alerta. ¿Cómo me comportaré si se llega a disparar? No tengo miedo a que me maten de un tiro, pero sí a no cumplir correctamente con mi deber. ¡Qué Dios me dé fuerzas! Amén. Amén. Amén». [\[53\]](#)

El 7 de octubre de 1914 anota en su cuaderno: «Puedo morir dentro de una hora, puedo morir dentro de dos horas, puedo morir dentro de un mes o dentro de algunos años. No puedo saberlo y nada puedo hacer ni a favor ni en contra: *así es esta vida*. ¿Cómo he de vivir, por tanto, para salir airoso en cada instante? Vivir en lo bueno y en lo bello hasta que la vida acabe por sí misma». [\[54\]](#)

El 30 de marzo de 1916, Ludwig Wittgenstein escribe en su diario secreto: «¡Haz las cosas lo mejor que puedas! Más no puedes hacer: y conserva la alegría. Deja que los otros se basten a sí mismos. Pues los otros no te apoyarán, o sólo por un breve tiempo. (Luego les resultarás pesado.) Ayúdate a ti mismo y ayuda a los demás con toda tu fuerza. Y al hacerlo ¡conserva la alegría! Pero, ¿cuánta fuerza se necesitará para uno mismo y cuánta para los demás? ¡Es *difícil* llevar una vida buena! Pero la vida buena es

bella. “¡Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya!”». [\[55\]](#)

Y el 6 de abril de 1916 anota: «La vida es una tortura que sólo decrece a ratos, con el objeto de que permanezcamos sensibles para ulteriores tormentos. Un horrible muestrario de tormentos. Una marcha agotadora, una noche de tos, una compañía de borrachos, una compañía de tipos vulgares y tontos. Haz el bien y alégrate de tu virtud. Estoy enfermo y mi vida es mala. Que Dios me ayude. Soy un pobre hombre desdichado. ¡Que Dios me redima y me conceda la paz! Amén». [\[56\]](#)

17. LA IRONÍA Y EL HUMOR

La inteligencia espiritual capacita para tomar distancia respecto del mundo, pero también respecto de uno mismo y de los otros. La ironía es una forma de humor que se funda sobre esta posibilidad.

Uno de los grandes maestros de la tradición occidental, Sócrates, la practicó vivamente durante su vida, la cultivó con lucidez, porque desarrolló muy a fondo su inteligencia espiritual. Su célebre *Sólo sé que no sé nada* es, sin lugar a dudas, una frase preñada de ironía que sólo puede articular alguien que toma distancia de sus propios conocimientos, que tiene la osadía de reconocer sus límites y que, al hacerlo, estimula a sus conciudadanos a darse cuenta de su ignorancia.

La primera operación educativa que realizaba Sócrates al hablar con sus interlocutores era ayudarles a tomar distancia de sus propias posturas, de sus convicciones y de sus ideas, y eso lo hacía a través del método interrogativo. Su labor, tan ingrata como poco reconocida en el ágora ateniense, cumplía con esta finalidad: hacer a los hombres un poco más sabios, menos arrogantes y contribuir, de este modo, a su auténtica felicidad.

Sólo un ser capaz de desapegarse, de trascenderse a sí mismo y de contemplarse desde una perspectiva extraña, distinta a la habitual, es capaz de reírse del mundo y de sí mismo. La práctica del humor, tan saludable desde el punto de vista emocional como social, es un fruto directo de la inteligencia espiritual.

Más allá de los tópicos y de las visiones simplistas, el sentido del humor no tiene nada de superficial. Es algo que sólo los seres que cultivan su inteligencia espiritual pueden llegar a desarrollar correctamente. No depende de la inteligencia lógico-matemática, ni tampoco de la musical o lingüística. Su génesis está en la inteligencia espiritual. El humor facilita las relaciones interpersonales y hace agradable la vida en común.

Todos los grandes maestros espirituales de la humanidad, tanto de Occidente como de Oriente, se han caracterizado por el cultivo del humor. El humor no se opone a la seriedad. Más bien, es su condición de posibilidad. Sólo quien es capaz de trascender, de ver a distancia el espectáculo del mundo y de contemplar sus debilidades, excentricidades y locuras, puede ejercer el humor. Sólo quien es capaz de captar la vanidad del mundo y de los menesteres humanos, tiene la posibilidad de reírse de todo. Quien está apegado al mundo, a las cosas, al trabajo y a la opinión o a sí mismo, es incapaz de humor, porque le falta la seriedad de la vanidad del mundo.

La experiencia de la vulnerabilidad se relaciona estrechamente con la seriedad. Lo serio, en la existencia, aparece cuando la vulnerabilidad entra en juego. Entonces, ésta no puede ser descrita en términos de comedia o de pasatiempo, sino en términos de tragedia.

¿Qué tiene que ver el sentido del humor con la experiencia de la vulnerabilidad? Si la vulnerabilidad se relaciona con lo serio, ¿qué papel juega el sentido del humor? De hecho no hay humor sin seriedad, porque el humor es el contrapunto necesario a la seriedad del existir. Sin seriedad no habría humor, como sin día no podría haber noche.

Existe una profunda e íntima relación entre el sentido del humor y la experiencia de la vulnerabilidad. En el fondo, el humor es una reflexión en clave distendida sobre la propia labilidad. Cuando uno sufre algún tipo de mal o de contratiempo, de leve patología o malestar, se percata, de un modo diáfano, de su fragilidad. Esto le permite relativizar su propio ser y ésta es la condición del humor.

En el año 1841, Søren Kierkegaard defendió su tesis de Magíster, *Sobre el concepto de la ironía*, a partir de los diálogos platónicos. Tal y como la describe, la ironía es la actitud propia del sabio que, después de observar atentamente la naturaleza y la sociedad, sabe que todo es relativo, provisional y efímero. «En la ironía —dice—, el sujeto está siempre queriendo apartarse del objeto, y lo logra en tanto que toma a cada instante conciencia de que el objeto no tiene realidad alguna».^[57] Y añade: «En la ironía, todo se vuelve nada.»^[58]

«En la ironía —argumenta el pensador danés— el sujeto está siempre retrocediendo, impugna la realidad de cada fenómeno a fin de salvarse él mismo, es decir, a fin de preservarse él mismo en la negativa independencia respecto a todo».^[59]

La ironía implica un acto de recogimiento: «El alma que se recoge proclama que todo es vanidad; pero esto es sólo en la medida en que, a través de esa negación, se ponen a un lado todos los obstáculos y lo eternamente subsistente se hace patente».^[60]

En la ironía, puesto que todo se hace vano, la persona se libera. Cuanto más vano se vuelve todo, tanto más leve, tanto más despojada, tanto más fugaz se vuelve la persona. Y

mientras todo se vuelve vanidad, el ser irónico *no* se vuelve vano *él mismo*, sino que redime su propia vanidad.

«La ironía —afirma Kierkegaard— es salud en la medida en que libera al alma de su embelesamiento por lo relativo, y es enfermedad en la medida en que no puede cargar con lo absoluto sino en la forma de la nada; claro que esta enfermedad es una fiebre tropical que sólo contraen unos pocos individuos, y de la que un número aún menor se recupera.»^[61]

¹³ L. WITTGENSTEIN, *Diario filosófico*, Ariel, Barcelona, 1982, p. 126.

¹⁴ E. HUSSERL, *La crisis de las ciencias europeas*, cap. I. 2, Prometeo, Buenos Aires, 2009.

¹⁵ M. HEIDEGGER, *Introducción a la metafísica*, Nova, Buenos Aires, 1969, pp. 75-76.

¹⁶ M. SCHELER, *El puesto del hombre en el cosmos*, Alba, Barcelona, 2000, p. 123.

¹⁷ *Ibidem*, p. 124.

¹⁸ E. STEIN, *Obras completas*, vol. IV, Monte Carmelo, Burgos, 2003, p. 654.

¹⁹ *Ibidem*, p. 653.

²⁰ Citado en L. BOFF, *Ecología: grito de la tierra, grito de los pobres*, Trotta, Madrid, 1996, p. 27.

²¹ V. FRANKL, *El hombre en busca del sentido*, Herder, Barcelona, 2001, p. 46.

²² *Ibidem*.

²³ *Ibidem*, p. 127.

²⁴ M. HEIDEGGER, *Introducción a la metafísica*, Nova, Buenos Aires, 1969, pp. 75-76.

²⁵ J. MARAGALL, *Obras completas*, Selecta, Barcelona, 1947, p. 840.

²⁶ *Ibidem*, p. 841.

[27](#) ARISTÓTELES, *Metafísica*, L. I.

[28](#) A. SCHOPENHAUER, *El mundo como voluntad y representación*, I, E, 17.

[29](#) M. SCHELER, *El puesto del hombre en el cosmos*, Alba, Barcelona, 2000, p. 54.

[30](#) *Ibídem*.

[31](#) E. STEIN, *Obras completas*, vol. IV, Monte Carmelo, Burgos, 2003, p. 663.

[32](#) V. FRANKL, *El hombre doliente*, Herder, Barcelona, 1990, p. 191.

[33](#) *Ibídem*, p. 38.

[34](#) E. STEIN, *Obras completas*, vol. IV, Monte Carmelo, Burgos, 2003, p. 708.

[35](#) *Ibídem*, p. 684.

[36](#) W. KANDINSKY, *Lo espiritual en el arte*, Premia, México, 1989, p. 43.

[37](#) W. DILTHEY, *Teoría de la concepción del mundo*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1954, p. 96.

[38](#) E. STEIN, *Obras completas*, vol. IV, Monte Carmelo, Burgos, 2003, p. 699.

[39](#) A. EINSTEIN, *Física i realitat i altres escrits filosòfics*, Edèndum, Santa Coloma de Queralt, 2005, p. 137.

[40](#) Cf. A. HUXLEY, *La filosofía perenne*, Pagès Editors, Lleida, 2008.

[41](#) Cf. *Upanishads*, Siruela, Madrid, 1998.

[42](#) Cf. LAO-TSE, *Tao Te King*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2008.

[43](#) A. EINSTEIN, *Física i realitat i altres escrits filosòfics*, Edèndum, Santa Coloma de Queralt, 2005, p. 166.

[44](#) *Ibídem*.

[45](#) A. COMTE-SPONVILLE, *El alma del ateísmo. Introducción a una espiritualidad sin Dios*, Paidós, Barcelona, 2006, p. 164.

[46](#) V. FRANKL, *El hombre doliente*, Herder, Barcelona, 1990, p. 293.

[47](#) *Ibídem*.

[48](#) J. MARAGALL, *Obres completes*, Editorial Selecta, Barcelona, 1947, p. 672.

[49](#) T. MANN, *Doktor Faustus*, Seix Barral, Barcelona, 1984, p. 107.

[50](#) *Ibídem*.

[51](#) V. FRANKL, *El hombre doliente*, Herder, Barcelona, 1990, p. 292.

[52](#) *Ibídem*, p. 293.

[53](#) L. WITTGENSTEIN, *Diarios secretos*, Alianza Universidad, Madrid, 1998, p. 53.

[54](#) *Ibídem*, p. 67.

[55](#) *Ibídem*, p. 143.

[56](#) *Ibídem*.

[57](#) S. KIERKEGAARD, *Sobre el concepto de la ironía*, Trotta, Madrid, 2000, p. 284.

[58](#) *Ibídem*, p. 285.

[59](#) *Ibídem*, p. 284.

[60](#) *Ibídem*, p. 284.

[61](#) *Ibídem*, p. 137.

V. El cultivo de la inteligencia espiritual

1. LA PRÁCTICA ASIDUA DE LA SOLEDAD

Para cultivar la inteligencia espiritual es especialmente relevante la práctica asidua de la soledad. Resulta esencial separarse del mundo, refugiarse del *mundanal ruido*, visitar el silencio y sumergirse en ese estado de vida tan necesario para el equilibrio entre exterioridad e interioridad.

Para vivir con perfecto discernimiento y extraer lecciones oportunas para la vida, es preciso recordar el pasado con frecuencia y recapitular lo que se ha vivido, como también comparar el juicio de entonces con el de ahora, y las intenciones y aspiraciones con el resultado y la satisfacción obtenidos. Para llevar a cabo tal relectura, se tiene que hacer caso de aquella recomendación de Pitágoras cuando sugiere que por la noche, antes de dormirnos, debemos examinar lo que hemos hecho a lo largo del día.

El que vive permanentemente en el tumulto de los negocios o en los placeres sin rumiar su pasado, pierde el claro discernimiento. Su ánimo se convierte en un caos y en sus pensamientos se produce una confusión de la que da fe lo abrupto, lo fragmentario y entrecortado de su conversación. Esto se da tanto más cuanto mayor es la agitación externa, la cantidad de las impresiones y cuanto menor es la actividad interna de su inteligencia espiritual.

La asidua práctica de la soledad es la mejor dieta para cultivar y desarrollar la inteligencia espiritual. Cada uno rehuirá, soportará o amará la soledad en proporción exacta con el valor de su propio ser. La paz profunda del corazón y la tranquilidad del ser personal, ese supremo bien junto con la salud que todo ser humano anhela desde el hontanar de su ser, sólo se pueden encontrar en la soledad, en la más profunda vida retirada.

Una tarea fundamental que deberíamos tener muy presente en las instituciones educativas es enseñar a las generaciones más jóvenes a gozar intensamente de la soledad, porque es la fuente del desarrollo de la vida espiritual.

Cuando uno se acostumbra a estar solo, descubre los tesoros de su riqueza interior. Entonces no siente el deseo de salir, de huir, de escapar de sí mismo como si fuera unapestado. El vacío interior es lo que impulsa a la sociedad a desplazarse alocadamente de un lugar a otro. Cuando uno experimenta tal vacío, necesita una constante estimulación externa y, por cierto, la más intensa, es decir, la provocada por seres

semejantes. Entonces su inteligencia espiritual queda como atrofiada, cae bajo su propio ser.

En muchas ocasiones, el impulso social no se basa en el amor a los otros, tiene su génesis en el miedo a la soledad. Muchos que buscan desesperadamente la presencia graciosa de los otros no tienen otro fin que rehusar el vacío de estar solos con la propia consciencia. Para escapar de uno mismo, uno se llega a contentar incluso con una mala compañía y puede llegar a tolerar la incomodidad de su presencia, con tal de no estar consigo mismo.

Sin embargo, cuando ha vencido la aversión a la soledad y, consiguientemente, se ha familiarizado con ella y se deleita con sus beneficios, puede estar en adelante solo con mucho gusto y sin anhelar ninguna compañía, precisamente porque la necesidad de la misma no es directa y se ha acostumbrado a las beneficiosas cualidades que emanan de ese estado.

Dice el filósofo judío de origen lituano Emanuel Levinas que «la soledad es la unidad misma del existente, el hecho de que hay algo en el existir a partir de lo cual tiene lugar la existencia. El sujeto está solo porque es uno. Se precisa la soledad para que exista la libertad del comienzo, el dominio del existente sobre el existir, es decir, en suma, para que haya existente. Así pues, la soledad no es solamente desesperación y desamparo, sino también virilidad, orgullo y soberanía».^[62]

El amor a la soledad no es una tendencia primigenia del ser humano; sólo surge como resultado de la experiencia y de la reflexión. Ello ocurre en función del cultivo de la propia inteligencia espiritual, pero, a la vez, con el pasar de los años. «El hombre de espíritu —afirma Søren Kierkegaard— se distingue de lo que somos nosotros por su capacidad de soportar el aislamiento, su rango, como hombre del espíritu, es proporcional a la intensidad con la que puede soportar el aislamiento, mientras que los hombres que somos nosotros permanentemente necesitamos de los “otros”, de grupo; nos morimos, nos desesperamos, si no estamos resguardados por la pertenencia al grupo, por tener la misma opinión que el grupo.»^[63]

El impulso a la soledad está en proporción inversa al crecimiento en edad. El niño pequeño grita con angustia tan pronto como le dejan unos instantes solo en la habitación. Para el adolescente estar solo es como una penitencia, porque en la vida social halla su satisfacción. Los jóvenes se juntan entre sí con facilidad. Los que desarrollan la inteligencia espiritual, buscan a veces la soledad, pero breves momentos. A la persona adulta, en cambio, le resulta más llevadera, puede estar mucho tiempo solo y más cuanto más edad tiene. El anciano, que ha quedado solo de entre varias generaciones desaparecidas, encuentra en la soledad su elemento propio.

En esta etapa de la vida, si la persona cultiva progresivamente su inteligencia espiritual, alcanza una verdadera sabiduría. La persona anciana ve con claridad cosas que antes se hallaban como en la niebla. Cuando se reconoce la soledad como una amiga, el trato consigo mismo se convierte en costumbre y en una segunda naturaleza. El amor a la soledad que tiene que abrirse camino con dificultad, llega a ser plenamente natural y simple. Entonces se está en la soledad como el pez en el agua.

La inteligencia interpersonal faculta para establecer vínculos, para desarrollar correctamente relaciones interpersonales, prepara para desarrollar habilidades comunicativas. Se desarrolla en el plano del diálogo, pero el lugar específico, el marco propio para su verdadero desenvolvimiento es la soledad.

El cultivo de la soledad no debe interpretarse como una fuga del mundo. Quien la cultiva atentamente y medita en torno a su vida y a su ser, adquiere una riqueza que ofrece a los otros a través de la relación. Como dice Miguel de Unamuno, la soledad permite comprender mejor a los seres humanos. En este sentido, no se opone a la socialización, sino que activa la inteligencia social.^[64]

Existen, por lo general, dos formas de soledad: la buscada y la obligada. La primera es intencional, la segunda es no intencional y la persona la sufre como algo impuesto, no deseado. Esta soledad obligada es una enfática expresión de nuestra condición vulnerable.^[65] Querríamos no estar solos, pero nos vemos obligados a estarlo. Esta soledad, a pesar de no ser deseada, es una ocasión para cultivar la inteligencia espiritual y enfrentarse a la espinosa cuestión del sentido de la vida.

Dice la filósofa andaluza María Zambrano: «El hombre no vive esta pura soledad sino en momentos raros, porque la soledad se da en la madurez; es el signo y la prueba de la madurez de una vida».^[66] Y añade: «En los momentos de soledad, de esa soledad total que adviene tras la experiencia del desengaño de las cosas y su vacío se hace sentir la realidad —o su ausencia— como proveniente de un foco primario, viviente. Sólo él puede restituir la confianza y la vida»^[67]

2. EL GUSTO POR EL SILENCIO

La experiencia del silencio interior es especialmente idónea para el cultivo de la inteligencia espiritual.

El desarrollo de la vida espiritual exige un clima de silencio, de lo que metafóricamente se denomina la vivencia del desierto.

El silencio es un ámbito especialmente idóneo para la irrupción de preguntas y de

experiencias que están íntimamente conectadas con la vida espiritual. Cuando uno está en silencio consigo mismo y logra acallar las voces de la mente, se asombra de la realidad, experimenta el misterio de todo lo que hay y palpita en él, con ímpetu, la pregunta por el sentido. La intolerancia al silencio que se detecta en nuestra cultura es un claro síntoma de la pobreza espiritual que hay en ella, una expresión de la incapacidad del hombre contemporáneo para mirarse a sí mismo y preguntarse qué es lo que dota de significado su vida.^[68]

El silencio, en las grandes tradiciones espirituales y específicamente monásticas de la humanidad, juega un papel decisivo para la práctica de la oración, de la meditación, del encuentro con Dios y con el mundo. En todas ellas, salvando diferencias de carisma y de tradición, se exige un clima de silencio, porque se reconoce que éste es fundamental para el desarrollo de la vida espiritual. En nuestro entorno altamente contaminado y sobresaturado informativamente, dicha experiencia está prácticamente ausente de la vida cotidiana.

No nos referimos sólo al silencio físico, sino al silencio interior. Cuando uno vive plenamente el silencio interior, descubre su verdadera identidad, con todas sus complejidades, grandezas y debilidades. El silencio causa temor, porque al tomar distancia de la propia realidad y del mundo circundante y al someterlo a una valoración, uno duda de su modo de vida y de las relaciones que está cultivando. La experiencia del silencio es una experiencia de vértigo.

Esta experiencia colma el interior de la persona de poder espiritual, de un poder que imprime paz o desazón y que permite afrontar todas las circunstancias de la vida con otra luz, con otra perspectiva. Entonces, la vida ya no es un conjunto de problemas que se deben resolver cotidianamente, sino una oportunidad única, una escuela donde cada momento es una ocasión para apreciar, aprender, acumular tesoros en el interior.

«El hombre de la diversión —dice Emmanuel Mounier— vive como expulsado de sí, confundido con el tumulto exterior: Así el hombre es prisionero de sus apetitos, de sus relaciones, del mundo que lo distrae. Vida inmediata, sin memoria, sin proyecto, sin dominio, es la definición misma de la exterioridad, y, en un registro humano, de la vulgaridad. La vida personal comienza con la capacidad de romper el contacto con el medio, de recobrase, de recuperarse, con miras a recogerse en un centro, a unificarse.»^[69]

Los pensamientos que crecen desde lo profundo del ser, al calor de una silenciosa reflexión cotidiana, poseen acentos de realidad; se les reconoce porque se transforman en realidad.

3. LA CONTEMPLACIÓN

Aristóteles distingue una triple actividad en el ser humano: la contemplativa, propia y exclusiva de la especie humana; la práctica, que denomina *acción*, y la productiva, que consiste en la elaboración de objetos a partir del ingenio y de la fuerza humana. El ser humano, además de actuar y de producir, sus dos actividades más habituales, es capaz de contemplar.

La contemplación es una actividad que tiene su punto de partida en los sentidos externos, pero trasciende el plano de la percepción. Es una actividad que estimula la inteligencia espiritual. De hecho, cuando uno contempla atentamente la realidad, se sorprende de las cosas que hay en ella y se formula cuestiones últimas. Como dice Aristóteles en la *Metafísica*, los hombres empezaron a filosofar después de contemplar el cielo y las estrellas.

La contemplación de la cúpula celestial activa el preguntar filosófico y ese preguntar es una actividad propia de la inteligencia espiritual. Contemplar no es ver, ni escuchar. Tampoco es oler, tocar o saborear. Trasciende los sentidos, pero parte de ellos.

Contemplar no es observar atentamente un detalle o un fragmento de la naturaleza. Esto es lo que hace, en sentido estricto, un científico, un biólogo o un geólogo. Observan meticulosamente una parcela de la realidad y la describen pormenorizadamente. La contemplación no es la mera visión, tampoco es la observación. Es ser receptivo a la realidad, ensanchar al máximo los poros de la sensibilidad para captar el latido de la realidad exterior, para conectar con lo que se oculta en ella, con ese trasfondo invisible a los ojos. Exige la máxima transparencia, la voluntad de abrazar todo lo que hay en ella; consiste en sumergirse en ella, desposeyéndose.

Cuando uno contempla, deja de concebirse como alguien que está enfrente de la realidad, como un espectador frente a un espectáculo, deja de ser una fuente activa, para deshacerse en lo contemplado, para perderse en la realidad. Esto es lo que sucede cuando se contempla un cuadro, un paisaje marítimo; cuando uno se sumerge en una sonata de Johann Sebastian Bach o contempla la cúpula celestial durante una larga noche de agosto.

La práctica de la contemplación exige unas condiciones que raramente se dan en nuestro mundo. En él, es habitual una desproporción entre la vida activa y la contemplativa. Sufrimos un activismo salvaje que impide contemplar la realidad, lo que se asoma a la vida a cada instante.

Toda contemplación exige tiempo, y la velocidad es un obstáculo fundamental.

Exige, además, una actitud interior de paz y de profundo recogimiento, una predisposición a recibir, a dejarse sorprender por la realidad. La contemplación no busca nada en concreto. La persona que la cultiva, estimula su inteligencia espiritual, pues, al contemplar la realidad, trasciende las apariencias de las cosas, ve su lado oculto, entra en comunión con el misterio del ser.

El segundo obstáculo en la práctica de la contemplación es la dispersión. La constante multiplicación de estímulos sensitivos hace imposible contemplar algo atentamente, sin distracción alguna. El contemplar requiere, además de lentitud y de atención, desasimiento. Para ello, se debe superar la tendencia a encerrarse en sí mismo, a ponerse en el centro de la reflexión. Contemplar no es argumentar, ni reflexionar, tampoco dialogar, ni replicar. Es abrirse a la totalidad de la realidad, hacerse uno con ella, abandonarse a ella. Exige, necesariamente, la superación del *ego*.

Contemplar es un movimiento semejante al fluir: consiste en dejar pasar, en hacer circular lo que está fuera, sin voluntad de apropiárselo. Quien contempla, no tiene voluntad de poseer, ni de dominar lo que contempla. Contemplar es liberar, no excluye la posibilidad que otros contemplen y gocen de la misma realidad contemplada.

Al contemplar la belleza, la unidad, el bien y el orden que hay en la naturaleza, en definitiva, la armonía de todas las cosas, la inteligencia espiritual se activa para comprender el misterio de la existencia.

4. EL EJERCICIO DE FILOSOFAR

Uno de los modos más fecundos de cultivar la inteligencia espiritual es a través de la filosofía. Filosofar es un modo de estimular la inteligencia espiritual, pero no excluye, además, el desarrollo de los otros tipos de inteligencia como la intrapersonal y la lógico-matemática.

La actividad filosófica no se sitúa solamente en la dimensión del conocimiento, sino en la del ser más íntimo. Es un proceso cuyo fin es hacernos mejores, una práctica que desarrolla plenamente nuestro ser. En el fondo, se trata de casi una conversión, aunque no en el sentido religioso del término. Es una transformación integral que afecta a la totalidad de la existencia, que modifica el ser de aquellos que la llevan a cabo. Gracias a tal actividad, se accede a un estado vital nuevo y auténtico, se abandonan ciertas ocupaciones pueriles y, como consecuencia de ella, uno alcanza la consciencia de sí mismo, la visión global del mundo, una paz y una libertad interiores.

Como subraya el historiador de la filosofía griega Pierre Hadot, en la Antigüedad la filosofía era, en esencia, un ejercicio espiritual.^[70] Éste incluía el estudio, el examen en

profundidad, la lectura, la escucha, la atención, el dominio de uno mismo y la indiferencia ante las cosas mundanas. Por razones muy distintas, a lo largo de los tiempos modernos se ha debilitado este modo de entender la filosofía y se ha convertido en una práctica académica, en un saber formal que se imparte en las instituciones académicas y que se evalúa.

En el marco de la filosofía estoica, filosofar consistía en ejercitarse en el arte de vivir, es decir, en vivir consciente y libremente. El resultado final de tal tarea era superar los límites de la individualidad para reconocerse parte de un cosmos animado por la razón; renunciar a desear lo que no depende de uno y que se escapa, no ocupándose más que de lo que realmente depende de la voluntad.

No sólo en la Antigüedad, la filosofía se concebía como un ejercicio espiritual, también en la Modernidad. En ella hallamos pensadores, fuera y dentro de la academia que, al filosofar, se sumergen en un mar de interrogaciones que excita la inteligencia espiritual. Sin dejar de ser una disciplina académica, la filosofía es una fuente de indagación personal, una labor espiritual que afecta al plano más personal del ser humano. Cuando la filosofía se convierte en puro pensar objetivo, se desnaturaliza, pierde su razón de ser, porque su centro de gravedad es el yo y lo que pretende, en último término, es alcanzar una sabiduría práctica.

Cuando uno filosofa, se introduce en una senda de interrogaciones, en un mar de perplejidades, consecuencia directa del asombro que experimenta frente a la realidad. David Hume, por ejemplo, filósofo empirista del siglo XVII, escribe en el *Tratado de la naturaleza humana*: «¿Dónde estoy? ¿A qué causas debo mi existencia y a qué condición retornaré? ¿Qué favores buscaré y a qué furores debo temer? ¿Qué seres me rodean, sobre cuál tengo influencia, o cuál la tiene sobre mí? Todas estas preguntas me confunden, y comienzo a verme en la condición más deplorable que imaginarse pueda, privado absolutamente del uso de mis facultades y miembros».^[71]

Tal y como subraya Arthur Schopenhauer, para filosofar se requieren dos condiciones: primera, tener el coraje de no suprimir ninguna pregunta, por difícil que sea y, segunda, comprender como problema todo lo que supuestamente *se comprende por sí mismo*, teniendo consciencia de ello. También tiene que estar el espíritu realmente ocioso para filosofar, no debe perseguir fin alguno para entregarse por completo y abandonarse a la consciencia propia.

Filosofar es abrirse paso hacia una comprensión más profunda de las cosas. No consiste solamente en disipar la niebla y en desenmascarar problemas espurios. Cuando uno filosofa, no pretende describir una parcela de la realidad, un espacio concreto, sino el conjunto de la realidad, el trasfondo de la existencia. Al filosofar, la inteligencia espiritual se estimula poderosamente, porque uno trata de comprender el

sentido de la realidad, no de ésta o aquella cosa en concreto, de éste o aquel proceso en particular, sino de la misma realidad.

La condición indispensable para filosofar es la interrogación, la capacidad de preguntar, de cuestionarlo todo, de no suprimir, censurar o mutilar ninguna cuestión por difícil o extraña que sea. Por eso, en sentido estricto, nunca puede ubicarse la filosofía al lado de otra disciplina, ni puede homologarse a ninguna otra. La filosofía no es una ciencia como la botánica o la zoología. Tiene, evidentemente, una dimensión racional y lógica, pero su principal finalidad es ofrecer el camino de una vida feliz.

Escribe Wilhelm Dilthey: «El *enigma de la vida* constituye el único, oscuro y espantable objeto de toda filosofía. No el enigma del mundo, que no constituye más que una mitad objetiva de ese oscuro ovillo de problemas, sino, más bien, el rostro de esa vida misma, con sus ojos que miran anhelosamente al mundo o lo contemplan serena o ensoñadamente, con su boca sonriente o que se contrae en una mueca de dolor: la esfinge de cuerpo animal y rostro humano».^[72]

«El enigma de la vida —añade— nos mira con esta su doble faz, como vitalidad como ley, el espíritu humano trabaja sin descanso buscando soluciones. Para ello, se ve incitado por la diversidad de aspectos de la vida, que se le impone desde un principio, y que se revela precisamente como enigma, como algo soberanamente contradictorio. Lo más terrible y, a la vez, lo más fecundo de este enigma es que el vivo contempla a la muerte sin poderla comprender, que la muerte sigue siendo para la vida algo inaprensible y espantosamente extraño».^[73]

Thomas Mann pone en boca de uno de sus personajes en *Doktor Faustus*: «La filosofía es la reina de las ciencias. Su lugar entre ellas era, a nuestro entender, comparable al órgano entre los instrumentos. La filosofía abarca las demás ciencias, las resume intelectualmente, inserta y ordena en un cuadro universal los resultados de la investigación en todas las disciplinas, crea una síntesis superior y normativa, reveladora del sentido de la vida y de la posición del hombre en el cosmos».^[74]

5. LO ESPIRITUAL EN EL ARTE

En 1912 Wassily Kandinsky publicó *Sobre lo espiritual en el arte*. Es la respuesta personal de un pintor ante las dificultades particulares de su oficio y la necesidad de trazarse un esquema teórico en el cual apoyarse para esclarecerse a sí mismo vital y artísticamente.

La vida espiritual, en la que también se halla el arte y de la que el arte es uno de sus

más fuertes agentes, es un movimiento complejo pero determinado, traducible a términos simples, que conduce hacia delante y hacia arriba. Este movimiento es el del conocimiento. Puede adoptar muchas formas, pero en el fondo mantiene siempre un sentido interior idéntico, el mismo fin.

Conscientemente o no, los artistas vuelven su atención hacia su material propio, estudian y analizan en su balanza espiritual el valor interno de los elementos con los que pueden crear. En el trasfondo de los grandes artistas late una riquísima vida espiritual que halla su lugar de expresión en la obra creada.

Cuando uno profundiza en una obra de arte, se encuentra con una vida espiritual activa y floreciente, apasionada y polivalente. Lo espiritual está oculto en la obra, en la pintura, en la escultura, en la arquitectura, pero es lo que hace posible la obra, lo que la genera. La vida espiritual es la causa eficiente de la obra de arte, pero también es su consecuencia, pues cuando uno contempla atentamente una obra, ello no sólo estimula la atención de los sentidos, sino que despierta su vida espiritual, excita el gusto estético, la experiencia de la belleza.

«El artista —dice Kandinsky— crea misteriosamente la verdadera obra de arte por vía mística. Separada de él, adquiere vida propia y se convierte en algo personal, un ente independiente que respira de modo individual y que posee una vida material real. No es un fenómeno indiferente y casual que permanezca inerte en el mundo espiritual, sino que es un ente en posesión de fuerzas activas y creativas. La obra artística vive y actúa, participa en la creación de la atmósfera espiritual.»^[75]

Según Viktor Frankl, uno de los modos más comunes de dar sentido a la vida, de colmarla de significado es a través de la creación, de la producción de una obra singular en la que el creador deja rastro de singularidad en ella. El artista, al crear, expresa su mundo, un mundo que emerge de su inteligencia espiritual.

«El artista —señala Kandinsky— tiene que *educarse* y ahondar en su propia alma, cuidándola y desarrollándola para que su talento externo tenga algo que vestir y no sea, como el guante perdido de una mano desconocida, un simulacro de mano, sin sentido y vacía. El artista no es un ser privilegiado en la vida, no tiene derecho a vivir sin deberes, está obligado a un pesado trabajo que a veces llega a convertirse en su cruz. No ignora que cualquiera de sus actos, sentimientos o pensamientos constituyen la frágil, intocable, pero fuerte materia de sus obras, y que por ello no es tan libre en la vida como en el arte.»

«El artista —escribe Kandinsky—, comparado con el que no lo es, tiene tres responsabilidades: 1.^a Ha de restituir el talento que le ha sido dado. 2.^a Sus actos, pensamientos y sentimientos, como los de los otros hombres, conforman la atmósfera espiritual, la aclaran o la envenenan. 3.^a Sus actos, pensamientos y sentimientos, que

son el material de sus creaciones, contribuyen a su vez a esa atmósfera espiritual.»^[76]

La contemplación artística despierta en el espectador la sensibilidad estética y estimula su inteligencia espiritual. Kandinsky se refiere al poder de la pintura: «La pintura es un arte, y el arte en conjunto no significa una creación inútil de objetos que se desvanecen en el vacío, sino una fuerza útil para el desarrollo y la sensibilización del alma humana que apoya el movimiento del mencionado triángulo espiritual. El arte es el lenguaje que habla al alma de las cosas que para ella significan el pan cotidiano, y que sólo puede obtener en esta forma».^[77]

6. EL DIÁLOGO

No cabe duda de que el diálogo es un fenómeno humano que requiere del trabajo de la inteligencia lingüística, emocional e interpersonal, pero el diálogo, más allá de las apariencias, es un ejercicio espiritual, un tipo de interacción donde interviene activamente esta forma de inteligencia, pues en él interaccionan dos mundos.

Sólo la persona capaz de distanciarse de su interlocutor y de sí misma cultiva verdaderamente el diálogo. La pregunta por el sentido de la vida no siempre tiene su génesis en el pensar individual. En muchas ocasiones, es suscitada a partir del diálogo. También la elaboración de ideales y la valoración de la propia vida vienen, en muchas circunstancias, generadas por la práctica del diálogo.

No todo diálogo adquiere dimensiones espirituales, pero cuando los interlocutores abordan cuestiones últimas, que afectan al sentido y a la razón de existir, se convierte en un mecanismo idóneo para crecer y desarrollar su inteligencia espiritual. En el plano estrictamente personal, todos somos capaces de distinguir la calidad y la hondura de nuestros diálogos y de identificar diálogos decisivos para entender la trayectoria de la propia existencia.

Los grandes personajes espirituales de la historia han utilizado el diálogo como método esencial de sus enseñanzas. Hans Georg Gadamer se refiere a los «carismáticos del diálogo que cambiaron el mundo: Confucio y Gautama Buda, Jesús y Sócrates».^[78]

El evangelista san Lucas presenta a Jesús en sociedad «sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que le oían estaban desconcertados de sus inteligentes respuestas» (Lc 2, 46-47). A lo largo de los evangelios, son muchos los diálogos entre Jesús y sus oyentes. No poseemos el texto original de ninguno de ellos, pero la coincidencia de los evangelistas en este punto hace suponer que detrás de ellos hay una realidad. Jesús, como los otros maestros

espirituales, enseñó a sus discípulos dialogando con ellos.

Dialogar es abrirse al otro, aprender a modificar los comportamientos, a rectificar las opiniones si hay que rectificarlas, desde una nueva visión, enriquecidos con otros mundos, hechos más conscientes y más libres. Los que dialogan salen de sus mundos privados en busca de un mundo común. Se entra en el diálogo, pero nadie sabe a qué derroteros le llevará. En el diálogo se manifiesta la condición humana como relación recíproca. Por él se insertan los interlocutores en un mundo común, incluso cuando no están de acuerdo. Salen de sí mismos y se abren a otros.

Dialogar es escuchar al otro, atender a lo que dice, estar pendiente de sus palabras, pensar en ellas. Escuchar es ser receptivo, buscar su verdad, tenerla en cuenta. Es exponerse a descubrir que no estamos en la verdad. Escuchar a una persona no es sólo oír con interés y atención al otro y entender lo que dice, sino dejar que se introduzca en nuestra vida, que se encuentre con nosotros y nosotros con ella, comprenderse mutuamente.

El diálogo es, en esencia, una labor espiritual, algo que trasciende las palabras, los gestos y los silencios, un modo de cultivar y de desarrollar creativamente la inteligencia espiritual. Invita al examen de consciencia, a dirigir la atención sobre uno mismo, en pocas palabras, a conocerse auténticamente. Conocerse a uno mismo exige reconocerse como no sabio. La confrontación con el otro a través del intercambio de palabras y de silencios es un ejercicio determinante para comprenderse a sí mismo y crecer espiritualmente.

Existe un íntimo vínculo entre el diálogo con el otro y con uno mismo. Sólo quien tiene el valor de tener un verdadero encuentro con los otros está en disposición de encontrarse auténticamente consigo mismo. El diálogo sólo llega a serlo verdaderamente ante otro y ante uno mismo. Desde este punto de vista, todo ejercicio espiritual es dialógico en la medida en que supone un auténtico ejercicio de presencia.

El diálogo no es un mero intercambio de palabras y de ideas. Es búsqueda de la verdad a través de un movimiento racional que incluye la interacción como ejercicio básico. El fin último del mismo es la verdad de las cosas, el conocimiento de lo que son en sí mismas, trascender las apariencias y alcanzar las esencias.

Ya Platón relaciona el diálogo con el descubrimiento de la verdad: «Cuando, tras muchos esfuerzos, se han relacionado unos con otros los distintos elementos, nombres, definiciones, percepciones de la vista y de los demás sentidos, cuando se han discutido en discusiones benévolas, en las que no hay mala intención en las preguntas ni en las respuestas, sólo entonces surge de repente la intelección y comprensión de cada objeto con toda la intensidad de que es capaz la fuerza humana».^[79]

Salir de las propias bardas, asomarse a los otros, entrar en ellos, multiplicando así

los puntos de vista, es enriquecerse humanamente, dilatar el horizonte, crecer personalmente. Sólo es posible obtener la verdad sobre el hombre con la «constante cooperación con los sujetos en una interrogación y réplica recíproca».[\[80\]](#)

7. EL EJERCICIO FÍSICO

Existe un paralelismo entre ejercicio físico y espiritual. Del mismo modo que, por medio de la práctica repetida y constante de ejercicios corporales el atleta proporciona a su cuerpo una nueva apariencia y mayor vigor, gracias a los ejercicios espirituales, uno proporciona más vigor a su ser, modifica su paisaje interior, transforma su visión del mundo y, finalmente, su ser por entero.

Es interesante recalcar que en la Antigüedad griega, en el *gymnasion* no sólo se practicaban ejercicios físicos, sino que también se impartían lecciones de filosofía, para alcanzar la mente sana en un cuerpo sano.

Aparentemente, el ejercicio físico es una práctica puramente corporal, pero sólo aparentemente. En el fondo es una actividad que altera profundamente toda la persona, que estimula sus distintas capacidades y dimensiones y fortalece y dinamiza sus múltiples inteligencias. No sólo estimula la inteligencia corporal o kinestésica, sino además la emocional y social de un modo especial.

Cuando uno practica ejercicio físico de un modo continuado, ya sea a título individual o colectivo, aprende a dominar y a canalizar sus emociones negativas, también a expresar y a comunicar adecuadamente sus emociones positivas. Además, estimula la inteligencia social, los hábitos comunicativos y a cultivar las relaciones humanas.

El filósofo Karl Jaspers dice del deporte que es una actitud ante el mundo, que en él hay una defensa contra el anquilosamiento y que, a través de él, se estimula la autotrascendencia, cualidad ésta inherente a la inteligencia espiritual.

Uno podría pensar que entre la actividad física y el cultivo de la inteligencia espiritual no existe relación alguna, pero se equivocaría. Es una actividad que atañe particularmente a la inteligencia kinestésica y corporal, pero la fuerza para superar determinados límites, para trascender las resistencias de la naturaleza y el cansancio corporal tienen su génesis en el cultivo de la inteligencia espiritual.

El ejercicio físico, moderado y cuidadosamente ejercitado, fortifica el cuerpo, lo hace sano, presto, válido; pero para realizarlo se requiere de una disciplina y autocontrol. Faculta para la resistencia en el dolor, desarrolla el hábito de continencia y la virtud de la templanza, condiciones indispensables para el que quiere alcanzar la

victoria. En este sentido, es una fuente de experiencia ética y activa valores nobles.

Es un antídoto eficaz contra la molición y la vida cómoda, despierta el sentido del orden y educa en el examen y en el dominio de sí mismo, sin jactancia ni pusilanimidad. Es una ocasión privilegiada para el cultivo de los valores éticos, una escuela de lealtad, de valor, de sufrimiento, de resolución y de fraternidad universal.

Las virtudes propias del deportista son, entre otras, la lealtad, que prohíbe el recurrir a subterfugios; la docilidad y la obediencia a las órdenes sabias de quien dirige un ejercicio de equipo, el espíritu de renuncia cuando es necesario quedar en la penumbra para el bien del colectivo, la fidelidad a los compromisos, la modestia en los triunfos, la generosidad con los vencidos, la serenidad en la fortuna adversa, la paciencia con el público, la justicia, la templanza, recomendadas ya por los pensadores griegos.

En definitiva, el deporte, bien dirigido, desarrolla el carácter, hace valiente a la persona, generosa en la victoria y condescendiente en la derrota, afina los sentidos, da penetración intelectual y fortalece la resistencia de la voluntad.

El deporte es una manera alegre y eufórica de vivir, connotada por una implicación corporal y un afán de superación. Ofrece frente a la restricción de movimiento, la actividad libre del cuerpo, frente a la masificación pasiva, las acciones personales, originales donde cada uno se experimenta a sí mismo como persona. Uno no se limita a responder a programas establecidos sino que se experimenta dueño y señor de sí mismo, de su propia conducta. Corre sin necesidad. Salta sin necesidad. Ejerce con soberanía su inteligencia espiritual. No lucha para sobrevivir. No combate para tener los recursos básicos para vivir. Lo hace con plena libertad, tomando distancia respecto a sus necesidades, expresando su voluntad.

Tanto en el plano amateur como en el profesional, el ejercicio físico es siempre una práctica de superación. Dice Viktor Frankl: «El escalador extremo no intenta crear necesidades, sino descubrir posibilidades. Quiere averiguar dónde está la “frontera” de lo humanamente posible. Pero el hombre desplaza esta frontera, como desplaza el horizonte a cada paso que da; el hombre va ampliando sus posibilidades sin cesar. Y al trascenderlas, se trasciende a sí mismo».^[81]

Todo ser humano se puede proponer objetivos tras una reflexión meramente espiritual, pero no puede alcanzarlos sin la colaboración de su cuerpo. La valoración de la fuerza corporal es un acto espiritual, pero descansa en una experiencia de uno mismo que es distinta de la ejecución de actos espirituales.

8. EL DULCE NO HACER NADA

La aceleración tecnológica, el portentoso acortamiento del tiempo en la fabricación y la venta de productos, los cambios cada vez más veloces en los gestos, las modas, los estilos de vida, generan una imagen del mundo como algo muy efímero. Nadie puede negar que, principalmente en las grandes urbes, se vive vertiginosamente.

El propio ser humano, embarcado en ese ritmo, se presiente a sí mismo como algo frágil y provisional. Enganchado en el veloz tren del tiempo, constata, existencialmente, de manera dolorosa e incontrovertible, las viejas amonestaciones de Heráclito acerca de lo caduco y la fluidez de la vida humana. En tal circunstancia, se siente llamado a parar, a practicar el dulce no hacer nada, práctica que estimula y desarrolla la inteligencia espiritual.

Cuando uno se detiene, cuando aparca el activismo que permanentemente le acompaña y rompe con las rutinas y los tiempos habituales, experimenta, en el fondo de su ser, una extraña necesidad de pensarse a sí mismo, de verse en perspectiva, de indagar el sentido que tiene su vida.

El *no hacer nada*, contrariamente a lo que se pueda pensar, no es estéril, ni vacío. Es la ocasión ideal para activar la inteligencia espiritual, para buscar el sentido a las cosas y experimentar el misterio de la realidad. Cuando voluntaria o involuntariamente, uno es apartado del quehacer habitual y se halla con las manos vacías, experimenta un cierto vértigo, no sabe cómo llenar el tiempo, qué tipo de actividad desarrollar para ocuparlo.

Este *no hacer nada* es, muy frecuentemente, la ocasión para cultivar la inteligencia espiritual.

9. LA EXPERIENCIA DE LA FRAGILIDAD

La experiencia de la fragilidad es uno de los lugares comunes donde se desarrolla y se estimula la inteligencia espiritual. El conocimiento de la muerte, la consideración del sufrimiento y de la miseria de la vida son experiencias que dan el impulso más intenso a la inteligencia espiritual.

Si nuestra vida no tuviese límites ni dolores, tal vez a ningún ser humano se le hubiera ocurrido la idea de preguntarse para qué existe el mundo, qué sentido tiene su existencia, pues todo se comprendería por sí mismo.

Dice Karl Jaspers: «Hay situaciones que, aunque cambien de apariencia, perduran en su esencia, por mucho que oculten su poder sobrecogedor: no tengo más remedio que morir, luchar, estoy en manos de la casualidad, me hundo en la culpa... Estas

situaciones fundamentales de nuestra existencia reciben el nombre de *situaciones límite*. Esto significa que son situaciones de las que no podemos escapar y que tampoco podemos alterar». [\[82\]](#)

En estas situaciones límite, se activa la inteligencia espiritual. Sin embargo, en la vida cotidiana las tratamos de esquivar siempre que sea posible. Por lo general, olvidamos que todos tenemos que morir, olvidamos nuestra culpa, nuestra dependencia de la casualidad. Sólo nos enfrentamos a situaciones concretas que modificamos según conveniencia y frente a las cuales reaccionamos según los patrones de conducta impulsados por nuestros intereses vitales. Frente a las situaciones límite, reaccionamos o bien ocultándolas en la medida de lo posible o, cuando las percibimos realmente, con desesperación.

Søren Kierkegaard expresa en primera persona el vértigo de las situaciones límite. [\[83\]](#) «Mi vida —dice— ha sido llevada hasta el extremo; me asquea la existencia, es insípida, sin sal ni sentido. Aunque me sintiera más hambriento que Pierrot, no estaría dispuesto a engullir la explicación que los hombres ofrecen. Uno clava el dedo en la tierra para percibir en qué país está, pero hunde el dedo en la existencia — y no huele a nada. ¿Dónde estoy? ¿Qué quiere decir mundo? ¿Qué significa esta palabra? ¿Quién me ha introducido en todo esto y me ha dejado ahora abandonado aquí? ¿Quién soy yo? ¿Cómo he venido al mundo? ¿Por qué no fui preguntado, por qué no se me hizo conocer las costumbres y convencionalismos, sino que se me situó en la fila como si hubiese sido comprado por un comerciante de almas? ¿Cómo me he visto interesado en esta gran empresa que se llama realidad? ¿Por qué he de estar interesado?»

También el filósofo francés Blaise Pascal revela la misma experiencia de asombro frente a la realidad: «Cuando considero la poca duración de mi vida, absorbida en la eternidad precedente y siguiente [...] el pequeño espacio que ocupa e incluso que veo sumido en la infinitud inmensa de los espacios que ignoro y que me ignoran, me espanto y me asombro de verme más bien aquí que allá, para que sea ahora más bien que entonces. ¿Quién me ha puesto en él? ¿Por orden y autoridad de quién este lugar y este tiempo me han sido destinados?». [\[84\]](#)

El precio de la edulcoración de la realidad es la pérdida radical de contacto con la vida, con la trágica realidad del hombre, es la incapacidad de aportar una respuesta a los problemas que plantea la existencia y de proporcionar a quien los vive el consuelo, por modesto que sea, de una simpatía comprensiva.

«La finitud como estigma de la condición de criatura, es —según Karl Jaspers— la nota que el hombre tiene en común con todas las existencias que él ve en derredor suyo. Mas su finitud humana *no es susceptible de cerrarse* como llega a cerrarse toda existencia

animal.»^[85]

La vulnerabilidad de la persona está abierta, trata de comprenderse, de justificarse, de explicarse a sí misma y de hallar una razón de ser y una práctica de salvación. La vulnerabilidad del animal, en cambio, está cerrada. Busca mecanismos para paliar sus precariedades de un modo natural, por instinto de supervivencia, pero en él esta vulnerabilidad no adquiere consciencia de orden metafísico, no se abre a una respuesta de orden global que permita dar sentido a la misma y justificarla, aunque sólo sea de un modo provisional.

Hay seres humanos que, por su fragilidad constitutiva en el orden mental, jamás tienen consciencia de su vulnerabilidad ni del cuidado que requieren constantemente de los otros para poder *subsistir*. Cuando no se detectan dificultades de orden patológico que obstaculicen la toma de consciencia de la vulnerabilidad, el descubrimiento de la misma acontece naturalmente. Esta toma de consciencia es el culmen de la madurez humana. Ser maduro consiste en ser consciente de la propia fragilidad, en tener lucidez respecto a lo que uno es.

La vulnerabilidad es un dato universal en el mundo, pero no la consciencia de la misma. A partir de la experiencia del vivir, uno se da cuenta, como si se tratara de una educación natural, de que no lo puede todo, de que puede caer, de que le pueden herir, de que está a expensas de lo inesperado, de la desgracia que puede irrumpir en cualquier momento.

Vivimos experiencias que nos sitúan, de pleno, en la consciencia de la vulnerabilidad. La toma de consciencia de la misma no es un hecho inmediato y repentino. Se produce a partir de una cadena de experiencias personales que van dando cuenta de lo que realmente somos. Esto significa que la consciencia de la vulnerabilidad no es de tipo intelectual, sino de carácter patético. Tampoco se trata de una deducción de carácter lógico, sino de un descubrimiento que se produce a lo largo del vivir y que atraviesa momentos de distinta intensidad.

Es imposible recordar el día en que uno descubre que es un ser vulnerable, puesto que el desvelamiento de esta verdad se debe, generalmente, a una sucesión de experiencias vitales.

La vulnerabilidad no es un misterio; es un hecho de la vida humana, pero en determinadas ocasiones se patentiza de un modo claro y distinto. La primera evidencia no es el *ego cogito*, sino la experiencia de la fragilidad personal y de los límites.

El despertar de la experiencia de la vulnerabilidad es una especie de revelación. Blaise Pascal expresa, en primera persona, el despertar de esta experiencia en su consciencia: «Siento que yo puedo no haber existido, porque el yo consiste en mi pensamiento; por lo tanto, el yo que piensa jamás habría existido si mi madre hubiese

sido matada antes de que yo hubiese sido animado; por lo tanto, no soy un ser necesario». [\[86\]](#)

Es una especie de destello interior que quiebra la habitual instalación en las cosas del mundo y las seguridades mundanas. Uno empieza a vislumbrar estos destellos cuando comienza a sufrir algún tipo de dolor, pero llega un momento en que relaciona estas experiencias subterráneamente y las interpreta como fenómenos de una misma verdad. Esta experiencia suscita la pregunta por el sentido, activa la inteligencia espiritual.

10. EL DELEITE MUSICAL

Dentro del conjunto de las artes y las ciencias creadas por el ingenio humano, la música posee una especial capacidad para activar la inteligencia espiritual.

La atenta escucha de la música afecta a los niveles más profundos del ser. Despierta el fondo emocional, estimula la inteligencia intrapersonal, y la interrogación por uno mismo; cataliza la vida espiritual. Las grandes tradiciones espirituales y religiosas han cultivado con esmero la música porque ven en este bello arte un modo de acceder a lo más oculto de la realidad, al fondo de las cosas, a la madre del ser.

El cultivo de la inteligencia musical, propia de los artistas, excita tanto en ellos como en el auditorio la vida espiritual, el sentido del misterio y de pertenencia al Todo, de un modo tan elevado que difícilmente lo pueden lograr las artes figurativas y representativas. En esta tesitura, se expresa el mismo Kandinsky cuando dice: «El artista, cuyo objetivo no es la imitación de la naturaleza, aunque sea artística, sino que lo que pretende es expresar su *mundo interior*, ve con envidia cómo hoy este objetivo se alcanza naturalmente y, sin dificultad, en la música, el arte más abstracto». [\[87\]](#)

El poder específico de la música consiste en expresar sensaciones, situaciones de alegría, de dolor. Somos transportados por la música, pero no sabemos hacia dónde. Ésta cataliza el movimiento de trascendencia, pero también el sentido de comunión con el Todo.

La música tiene el poder de transportar, de alejar al ser humano de su realidad cotidiana, de su mundo circundante, para llevarle a un territorio enigmático, desconocido, sin límites, ni fronteras. Ahí se pierde a sí mismo, se trasciende, toma distancia de todo lo que hay, experimenta la superación de la dualidad y siente que pertenece al Todo. La audición musical puede considerarse, por todo ello, un ejercicio espiritual.

Arthur Schopenhauer, gran amante de la música, lo expresa de un modo lacónico: «Lo que hay de íntimo y de inexpresable en toda música, lo que nos da la visión rápida y pasajera de un paraíso a la vez familiar e inaccesible, que comprendemos y no obstante no podríamos explicar, es que presta voz a las profundas y sordas agitaciones de nuestro ser, fuera de toda realidad, y, por consiguiente, sin sufrimiento».^[88]

11. LA PRÁCTICA DE LA MEDITACIÓN

Los clásicos griegos y, después de ellos, los latinos se percataron del valor que tiene la meditación para el crecimiento espiritual de la persona. Desde perspectivas orientales, el arte de la meditación ha sido ampliamente desarrollado e integrado en la práctica habitual de muchas personas del mundo occidental.

El término *meditación* se presta a diversas interpretaciones. Según la Real Academia Española, meditar es aplicar, con profunda atención, el pensamiento a la consideración de algo o discurrir sobre los medios de conocerlo o conseguirlo. En este sentido, evoca un proceso mental de reflexión que permite, por la observación y el análisis, conocer la esencia de las cosas concretas o de especulaciones abstractas. Desde el punto de vista etimológico, *meditare* significa dar vueltas a algo, repetir el mismo ejercicio mental, hasta que al fin, lo que es objeto de meditación se transforma en un elemento nuclear de la propia identidad personal.

La meditación no es patrimonio exclusivo de una tradición, sino una práctica espiritual que, tanto en contextos religiosos como en ámbitos laicos, es reivindicada y utilizada en la vida cotidiana. Exige no sólo una serie de operaciones de tipo mental, sino de carácter físico, como la postura del cuerpo y la respiración. Según los filósofos griegos de tradición estoica, es, esencialmente, un ejercicio espiritual, cuyo fin es alcanzar la tranquilidad del alma, la paz de los sentidos y del cuerpo, el silencio interior y la plena integración en la naturaleza.

Cuando uno medita atentamente un texto, no se limita a leerlo. Lo relee cíclicamente con el objetivo de que la idea que se vierta en él, cale en lo más hondo del propio ser. La meditación de los textos, de las palabras y de las sentencias de los grandes maestros espirituales de la humanidad es uno de los modos más eficaces de desarrollar la inteligencia espiritual. El objetivo final no es comprender; sino integrar y asumir en el propio ser el objeto de la meditación.

Más allá de estos sentidos, la meditación consiste en ejercitar con método la atención y cultivar armónicamente la mente para potenciarla. Consiste en prescindir

del pensar, en purificar el interior para, de este modo, mejorar tanto la vida emocional como la mental y acceder al sosiego.

Meditar no se identifica con la actividad de pensar, reflexionar o valorar. Cuando uno medita, no tiene como objetivo resolver un problema o desatascar una situación conflictiva. El propósito es ejercitar el dominio del pensar, adquirir un modo de pensar perfectamente claro y la concentración, evitando la asociación mental involuntaria y el caudaloso río de las emociones y de los pensamientos.

En lugar de mariposear de un pensamiento a otro, la meditación tiene como fin controlar ese flujo y orientarlo hacia el bienestar. Para ello, sirve la repetición mecánica de un pensamiento, una oración, una frase, una sentencia. Supone el dominio de la voluntad y la capacidad de controlarla y orientarla según los propios fines, y exige el dominio sobre las propias emociones y sentimientos.

Tal práctica exige el cultivo de la inteligencia espiritual, porque sólo si uno toma distancia de su pensar y de sus emociones, de sus deseos y de sus expectativas puede liberarse de ellos, puede reinar sobre ellos. Esta práctica permite trascender prejuicios, actitudes negativas y pensamientos destructivos que fluyen de continuo por la mente.

Con este ejercicio, se puede dar cuenta de la falta de atención que normalmente se presta a los rasgos más sutiles que existen en todos los seres, se muestra el poder aniquilador que tienen las emociones negativas.

12. EL EJERCICIO DE LA SOLIDARIDAD

El cultivo de la solidaridad contribuye eficazmente a la construcción de una sociedad mejor, más digna y pacífica. Es, sobre todo, un modo de cultivar la inteligencia espiritual. Cuando uno practica la solidaridad, lo hace porque se siente estrechamente unido al otro, a sus dolores y a sus sufrimientos. No le concibe como un ser separado, alejado de su propia esfera, sino como alguien que forma parte de su propio mundo. Esta profunda conexión es la raíz de la auténtica solidaridad.

Por ello, la solidaridad es una expresión de la vida espiritual, porque ésta, lejos de cerrar al individuo en su propio mundo, en una especie de solipsismo autista o de narcisismo complaciente, le proyecta a los otros, le hace receptivo y permeable a todo cuanto existe.

El desarrollo de la inteligencia espiritual permite superar las barreras étnicas y culturales, nos hace hábiles para trascender la tendencia a la cerrazón y a la endogamia, para estrechar vínculos, más allá de la propia esfera tribal.

Los grandes personajes espirituales de la historia, desde Confucio hasta san

Francisco de Asís, han ejercido responsablemente la solidaridad o benevolencia universal, superando todo tipo de endogamia y de lenguaje excluyente. Esta apertura incondicional y universal que, en muchos casos, genera incomprensión, fobias y rencores, es consecuencia de la vida espiritual.

Más allá de las visiones reduccionistas de la solidaridad, ésta va asociada a una profunda experiencia de unidad y de interdependencia, experiencia ésta vinculada a la inteligencia espiritual. Ser solidario no es simplemente hacer un acto caritativo, no consiste, originariamente en dar un bien material a otro. Radica en la vivencia de la unidad, de la pertinencia al Todo y exige, como tal, la desposesión del *ego* y la superación de la dualidad.

Vivida de este modo, la solidaridad no es una pura acción, ni un puro pragmatismo; es, primariamente y ante todo, una experiencia espiritual, de profunda unión con el ser del otro.

La palabra *solidaridad* evoca sentimientos, actitudes y conductas de benevolencia, de compasión, de ayuda mutua, de fraternidad, de generosidad y de compromiso. Decir de alguien que es solidario es definirle como comprensivo, abierto, dispuesto a establecer y a mantener relaciones de colaboración y de cooperación, es considerarle sensible al mundo del dolor, de las injusticias y de las discriminaciones ajenas: ser generoso, en suma. La persona solidaria, en palabras de Richard Rorty, ensancha el *yo* al ámbito del *nosotros*.

Es una práctica que está más acá, pero también más allá de la justicia. La fidelidad al amigo, la comprensión al maltratado, el apoyo al perseguido, la apuesta por causas impopulares o perdidas, todo eso puede no constituir propiamente un deber de justicia, pero sí de solidaridad.

No es, pues, un puro sentimiento de compasión, algo así como una instancia emocional, ni un mero asistencialismo, ni la proclamación abstracta de grandes, pero ineficaces principios. Tampoco sustituye al deber de la justicia, ni se confunde con las obligaciones anexas o derivadas de nuestros roles profesionales. Es, según el teólogo de la liberación Jon Sobrino, «un modo de ser y de comprendernos como seres humanos, que consiste en ser los unos para los otros para llegar a estar los unos con los otros, abiertos a dar y recibir unos a otros y unos de otros».

Muchos piensan que la solidaridad no es sino la versión secularizada de la fraternidad universal predicada por el cristianismo, defensor de la igualdad de origen y de igualdad de naturaleza racional de los hombres, porque todos tienen el mismo creador. La mística de la fraternidad proclamada por los revolucionarios franceses pretendía defender al individuo frente al Estado. El socialismo utópico y los grandes anarquistas creían que sólo en la cooperación podía lograrse la felicidad.

«En toda sociedad humana —escribe Kropotkin—, la solidaridad es una ley de la naturaleza infinitamente más importante que la lucha por la existencia, cuya virtud nos cantan los burgueses en sus refranes a fin de embrutecernos lo más completamente posible.»^[89] Para Émile Durkheim, es moral todo lo que origina cohesión y concordia entre las personas. La solidaridad trasciende el reducto de lo privado, el ámbito del individualismo y hace tomar conciencia de que el yo es una realidad relacional. Para la persona solidaria, la vida del otro no es algo que le deje indiferente. Todo lo contrario, se siente responsable de su situación.

El deber de la solidaridad implica no sólo el reconocimiento del otro que, en cuanto persona, es sujeto de derechos y deberes, sino también la denuncia de las estructuras injustas, de los mecanismos que originan la exclusión y discriminación social y la exigencia moral de luchar por una nueva cultura y por un nuevo orden social.

Nadie, ningún decreto-ley, ningún Estado, puede imponer el deber de la solidaridad. Ésta nace de una convicción profunda y reflexiva de la persona que, consciente de la defensa de la dignidad igual de todos los hombres, de la unión profunda que existe entre todos los seres del universo, reacciona frente a las injustas desigualdades tratando de erradicar sus causas.

Si realmente ocurriera que no hubiera un simple trazo de solidaridad entre los seres humanos, fuera cual fuera la sociedad, la cultura o clase a la que pertenecieran, el ocaso global estaría muy cerca. Sólo desde la confianza en un mundo cada vez más solidario, desde la seguridad de que la cooperación no desaparecerá de la tierra, es posible construir el futuro.

⁶² E. LEVINAS, *El tiempo y el Otro*, Paidós, Barcelona, 1993, p. 80.

⁶³ S. KIERKEGAARD, *El instante*, Trotta, Madrid, 2006, p. 80.

⁶⁴ Cf. M. DE UNAMUNO, *Soledad*, Austral, Madrid, 1967.

⁶⁵ Sobre esta cuestión, ver: A. PETIZIOL, *Enfermedad y muerte de la escucha: el drama de la soledad*, en *Dolentium Hominum* 34 (1997) 146-148.

⁶⁶ M. ZAMBRANO, *El hombre y lo divino*, FCE, Madrid, 1993, p. 297.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 301.

[68](#) Cf. F. TORRALBA, *El silencio, un reto educativo*, PPC, Madrid, 1999.

[69](#) E. MOUNIER, *Obras completas*, vol. III, Sígueme, Salamanca, 1990, p. 485.

[70](#) Cf. P. HADOT, *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*, Siruela, Madrid, 2006.

[71](#) D. HUME, *Tratado de la naturaleza humana*, vol. I, p. 269

[72](#) W. DILTHEY, *Teoría de la concepción del mundo*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1954, p. 84.

[73](#) *Ibídem.*

[74](#) T. MANN, *Doktor Faustus*, Seix Barral, Barcelona, 1985, p. 342.

[75](#) W. KANDINSKY, *De lo espiritual en el arte*, Premia, México, 1996, p. 56.

[76](#) *Ibídem.*

[77](#) *Ibídem*, p. 76.

[78](#) H. G. GADAMER, *Verdad y método*, vol. II, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1992, p. 204.

[79](#) PLATÓN, *Carta 7*, 344 b.

[80](#) E. CASSIRER, *Antropología filosófica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, p. 21.

[81](#) V. FRANKL, *El hombre doliente*, Herder, Barcelona, 1989, p. 54.

[82](#) K. JASPERS, *Introducción a la filosofía*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1989, p. 25.

[83](#) S. KIERKEGAARD, *La repetición*, Guadarrama, Madrid, 1986, p. 134.

[84](#) B. PASCAL, *Pensamientos*, 68-205.

[85](#) K. JASPERS, *Introducción a la filosofía*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1989, p. 59.

[86](#) B. PASCAL, *Pensamientos*, 135-469.

[87](#) W. KANDINSKY, *De lo espiritual en el arte*, Premia, México, 1989, p. 65.

[88](#) A. SCHOPENHAUER, *El amor, las mujeres y la muerte*, Edaf, Madrid, 1972, p. 125.

[89](#) P. KROPOTKIN, *La moral anarquista*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 1978, p. 125.

VI. Beneficios de la inteligencia espiritual

Jean-Luc Hétu en *L'humain en devenir* presenta siete criterios para identificar la madurez espiritual de una persona: la apertura a la experiencia, la toma de responsabilidad, el cuidado de las relaciones interpersonales, la superación de uno mismo, la flexibilidad, la búsqueda del sentido y el cultivo de la interioridad.

Una persona cultivada espiritualmente es capaz de vivirse a sí misma y de vivir las relaciones con los otros y con el mundo de un modo significativamente distinto. El desarrollo integral y pleno de una persona sólo es posible si se estimulan todas sus facultades e inteligencias. Ello exige el trabajo de la inteligencia espiritual. Los beneficios que emanan de ello son múltiples y justifican exhaustivamente el esfuerzo.

Cuando se posee una inteligencia espiritual cultivada se enfocan con elegancia las cosas insignificantes, los sentimientos antipáticos como enseres anímicos de mala calidad, porque desperdician las energías y agostan las fuentes de la vida.

El cultivo de la inteligencia espiritual es beneficioso en múltiples campos y niveles. Sería un error considerar que esta modalidad de inteligencia sólo es útil en el terreno religioso. Es la condición de posibilidad de la experiencia religiosa, pero también en otros ámbitos de la vida humana, como el laboral, el familiar y el social es especialmente beneficioso el desarrollo de este tipo de inteligencia.

Una persona espiritualmente inteligente tiene más habilidades y capacidades para cultivar las relaciones interpersonales, posee más capacidad para el cultivo del arte y del ejercicio físico. En la raíz más íntima de todo artista hay un desarrollo de la inteligencia espiritual. En el atleta de alto nivel no sólo se da un óptimo desarrollo de la inteligencia kinestésica-corporal; también palpita en él una fuerza espiritual que le permite superar barreras, orientarse hacia nuevos fines, trascenderse indefinidamente.

1. LA RIQUEZA INTERIOR: LA CREATIVIDAD

El primer beneficio del cultivo de la inteligencia espiritual es la riqueza interior. Cuando decimos de alguien que tiene riqueza interior no estamos pensando en sus propiedades físicas ni en sus posesiones materiales. Estamos diciendo que posee un mundo propio.

Nada preserva mejor del aburrimiento como la riqueza interior. Una persona

espiritualmente rica tiene una inagotable actividad de pensamientos, su juego se renueva constantemente en los variados fenómenos del mundo interno y externo, la fuerza y el impulso de realizar combinaciones siempre distintas de los mismos colocan a la mente totalmente fuera del dominio del aburrimiento, excepción hecha de los momentos de relajación.

La persona que desenvuelve la inteligencia espiritual tiene como beneficio inmediato una sensibilidad incrementada y una mayor vehemencia de la voluntad, de apasionamiento. De su unión con éstas surge una intensidad mucho mayor y una alta sensibilidad frente a los dolores espirituales y hasta corporales.

2. PROFUNDIDAD EN LA MIRADA

La inteligencia espiritual no es ajena al desarrollo de los sentidos. Una persona cultivada desde el punto de vista espiritual, aprende a mirar a fondo.

Aprender a ver consiste en habituar la vista a la calma, a la paciencia, a la serena espera, a demorar el juicio, a enfocar desde todos los lados posibles y abarcar el caso particular. El cultivo de la vida espiritual permite no reaccionar instantáneamente a los estímulos externos, da fuerzas para llegar a dominar los instintos.

Søren Kierkegaard, que residió toda su vida en Copenhague, salvo en tres ocasiones que viajó a Berlín, afirma en *El concepto de la angustia*: «La vida es bastante rica, sólo con que se sepa ver; tampoco se necesita ir hasta París o Londres, pues esto no sirve de nada cuando no se sabe ver».^[90]

Edith Stein expresa, con lucidez, la profundidad de la mirada humana y la distingue de la del animal: «Cuando miro a un animal a los ojos, hay en ellos algo que me mira a mí. Miro dentro de su interior, dentro de un alma que nota mi mirada y mi presencia. Pero se trata de un alma muda que nota mi mirada y mi presencia. Pero se trata de un alma muda y prisionera: prisionera en sí misma, incapaz de ir detrás de él y de captarse a sí misma, incapaz de salir de sí y acercarse a mí».^[91]

«Cuando miro a un hombre a los ojos —concluye Edith Stein— su mirada me responde. Me deja penetrar en su interior, o bien me rechaza. Es señor de su alma, y puede abrir y cerrar sus puertas. Puede salir de sí mismo y entrar en las cosas. Cuando dos hombres se miran, están frente a frente un yo y otro yo. Puede tratarse de un encuentro a la puerta o de un encuentro en el interior. Si se trata de un encuentro en el interior, el otro yo es un tú.»^[92]

La mirada del ser humano habla. Un yo dueño de sí mismo y despierto mira desde

esos ojos. Solemos decir también: una persona libre y espiritual. Ser persona quiere decir ser libre y espiritual.

3. CONSCIENCIA CRÍTICA Y AUTOCRÍTICA

Uno de los principales beneficios del cultivo de la inteligencia espiritual es la consciencia crítica. La actitud crítica frente a uno mismo y al mundo no se adquiere a través de las otras modalidades de inteligencia. Sólo un ser capaz de tomar distancia y de separarse mentalmente de sí mismo, de su propia circunstancia, de sus ideales, valores y creencias, puede articular una crítica adecuada de todo ello. La crítica, como el sentido del humor, es fruto de la toma de distancia.

Los grandes hitos que han destacado por su actividad espiritual han sido especialmente críticos. La espiritualidad, contrariamente a lo que muy habitualmente se piensa, es el motor de la crítica social, de los sistemas y de las instituciones. Cuando uno está profundamente insertado en ellas, no capta sus deficiencias, no imagina mundos alternativos y se limita a reproducir el modelo. En los grandes revolucionarios, late una vida espiritual, una consciencia crítica que, en ocasiones, se traduce en reformas si no en transformaciones violentas.

Los hombres más poderosos espiritualmente hablando han sido muy críticos con respecto de sí mismos. Quien aspira a vivir lealmente unos ideales y observa que dista mucho de ellos, experimenta una fuerte contrariedad. La inteligencia debidamente desarrollada faculta para darse cuenta de la distancia que existe entre lo que uno es y lo que uno aspira a ser.

4. LA CALIDAD DE LAS RELACIONES

En las relaciones interpersonales no podemos sustituir a una persona por otra. Esta sustitución es posible en un puesto o en un cargo, en la posición social, pues en estos casos uno puede relevar a otro y ocupar su lugar con más o menos éxito y competencia, pero toda persona es un mundo insustituible. Esta persona, en lo que significa humanamente para mí, no se puede cambiar por ninguna otra, por mucho que una nueva relación pueda consolarme de la pérdida de la primera.

El cultivo de la inteligencia espiritual capacita para establecer relaciones interpersonales de profundidad, que trasciendan el rol, la imagen, el plano de lo superficial, y captar la indisoluble individualidad de cada ser humano. Gracias a ello,

uno trasciende la corporeidad y detecta la riqueza interior del otro. Eso abre unas posibilidades extraordinarias que es incapaz de ver el que se mueve en el plano superficial.

La toma de distancia permite ver al otro en profundidad y respetarlo en su individualidad, pero, simultáneamente, también capacita para vislumbrar esos elementos comunes que unen a todos los seres, más allá de sus características externas. La inteligencia espiritual permite derribar fronteras y muros, abatir toda expresión de racismo o elitismo pero sin disolver la singularidad de cada cual en un todo amorfo. Faculta para amar más allá de las diferencias, para trascender el plano de los afectos, de las simpatías, antipatías, fobias y filias.

El genuino amor que enseñan y practican los grandes maestros espirituales de la humanidad no distingue entre compatriotas y extranjeros, entre el malhechor y el bueno, entre santos y pecadores, entre cultos e incultos. Se abre a todos igual y respeta a todos por igual, porque todos forman parte del gran Todo, son interdependientes y efímeros; están igualmente expuestos a la enfermedad, al dolor, al envejecimiento y a la muerte; todos están sujetos al cambio. El amor espiritual abraza a *todos* los seres, porque todos son manifestaciones de un único y mismo Ser.

5. LA AUTODETERMINACIÓN

La autodeterminación es un beneficio directo del cultivo de la inteligencia espiritual. Para ser autónomo, uno debe regular su vida desde sí mismo, pero sólo puede llegar a hacerlo si toma consciencia de quién es. Esta separación respecto al mundo, respecto a los otros, esta capacidad de trascender la sociedad, los códigos que emanan de ella y tomar consciencia de uno mismo para poder vivir conforme a uno mismo, es un poder de la inteligencia espiritual.

La verdadera vida autónoma es siempre una conquista, nunca una casualidad. Es el resultado de una lucha, de una labor de distanciamiento y de discernimiento personal. El fin último es la vida autónoma, no la autosuficiencia. La autosuficiencia es inviable, porque somos seres interdependientes y necesitamos de los otros para poder desarrollar nuestra existencia individual. Un ser autosuficiente se bastaría a sí mismo, no necesitaría de nadie.

Nuestra condición es menesterosa, pero podemos alcanzar un cierto grado de autodeterminación si somos capaces de tomar distancia y de trascender el medio natural y cultural en el que estamos ubicados. La libertad humana es siempre finita, porque es una calidad de un ser que, por definición, es finito.

Ninguna persona está libre de condiciones; sólo es libre de tomar postura frente a ellas, pero no le determinan sin más. Depende de ella, en última instancia, decidir sobreponerse o no a las condiciones. No hay excusas. Hay un margen de acción dentro del cual el ser humano puede elevarse por encima de sus condiciones para situarse en la dimensión humana. Esta libertad incluye la libertad de tomar postura sobre sí mismo para enfrentarse a sí mismo.

La inteligencia espiritual habilita para tomar consciencia del yo como algo ajeno al mundo. La verdadera autodeterminación consiste en vivir conforme al yo. Un yo reflexivo no responde mecánicamente a los estímulos externos; es capaz de diseñar sus propias acciones, decidir libremente, hacer de su vida personal un proyecto único.

A través del cultivo de la inteligencia espiritual, la mirada se adentra en un mundo de cosas, pero este mundo no se impone. Las cosas invitan a ir en pos de ellas, a contemplarlas desde diversos puntos de vista y a penetrar en ellas. Cuando uno sigue esta invitación, se va abriendo más y más. Si no la sigue —y puede, efectivamente, negarse a hacerlo— la imagen del mundo permanece pobre y fragmentaria. Hay algo en las cosas que atrae e incita, que despierta el deseo de apoderarse de ellas.

El ser humano, en virtud de su potencia espiritual, no está entregado al juego de los estímulos y de las respuestas; puede hacerles frente. Como persona autodeterminada, tiene el poder de la libertad. El yo puede decidir hacer u omitir algo, hacer esto o aquello. Dado que puede percibir exigencias y darles seguimiento, está en condiciones de ponerse fines y de hacerlos realidad con sus actos. Poder y deber, querer y actuar están estrechamente relacionados entre sí. La inteligencia espiritual, con su vida intencional, ordena el mundo sensible y, al hacerlo, penetra, con su mirada, en el interior de las cosas. La percepción sensible de las cosas es el acto más elemental, pero, en virtud de la capacidad espiritual, puede hacer mucho más, volverse hacia atrás, reflexionar y, de este modo, captar los actos de su propia vida.

El ser humano es humano en todas las circunstancias de la vida y sigue siéndolo también en las más desfavorables y menos dignas. Bajo ninguna circunstancia reniega de su humanidad sino que, antes bien, «toma partido por ella» de un modo incondicional.

Max Scheler escribe en *El puesto del hombre en el cosmos* (1928): «El hombre puede reprimir y someter los propios impulsos, puede *rehusarles* el pábulo de las imágenes preceptivas y de las representaciones. Comparado con el animal que dice siempre sí a la realidad, incluso cuando la teme y rehúye, el hombre es el *ser que sabe decir no*, el *asceta de la vida*, el eterno *protestante* contra la realidad. En comparación también con el animal [...], es el *eterno Fausto*..., la bestia nunca satisfecha con la realidad circundante, siempre ávida de romper los límites de su ser ahora, aquí y de este modo, de su “medio”

y de su propia realidad actual».[\[93\]](#)

La inteligencia espiritual da la propiedad fundamental de un ser humano plenamente realizado: la independencia, la libertad o autonomía existencial frente a los lazos y a la presión del entorno, de la vida, de todo lo que pertenece a lo instintivo. Por la inteligencia espiritual, el ser humano no está vinculado a sus impulsos, ni al mundo circundante; es libre frente al mundo que le rodea, está abierto a todo.

Dice Viktor Frankl: «Mi libertad del modo de ser la conozco en la autorreflexión; mi libertad para la modificación la conozco en la autodeterminación. La autodeterminación se produce con arreglo al imperativo delfico “conócete a ti mismo”; la autodeterminación acontece a tenor del dicho de Píndaro: “Llega a ser lo que eres”».[\[94\]](#)

6. EL SENTIDO DE LOS LÍMITES

El ser humano está impulsado a superar sus necesidades, a trascenderlas, a hacer realidad sus posibilidades. Es, esencialmente, un ser que trasciende las necesidades. Rara vez algo «trasciende las posibilidades de un ser humano», pero el hombre rebasa siempre las necesidades. Está referido a las necesidades, pero en una referencia libre.

La inteligencia espiritual faculta para identificar los límites y resistencias que permanentemente acompañan a la vida humana. Habilita para conocer sus límites, experimentar sus debilidades, llegar a ser consciente de su fragilidad y de su carácter efímero. Sabe que es finito, que podría no haber existido, que dejará de ser, que su vida es fugaz. Es el ser del límite que no se contenta con constatar que existe un límite, pues su voluntad es trascenderlo, ir más allá de él.

El animal también es vulnerable y frágil; en ciertos aspectos, menos lábil que el ser humano, pero en otros mucho más; sin embargo no tiene consciencia de ello y aunque lucha por sobrevivir, se defiende y ataca con tal de continuar en la existencia, no se plantea trascender sus límites, dejar de ser lo que es para llegar a devenir algo más grande.

Constantemente experimentamos que las cosas con las que tenemos que habérnoslas son finitas: un trozo de madera, una flor, una habitación. Todas están limitadas según su consistencia, efecto y duración. Lo mismo vale para las conexiones de cosas: una ciudad como conjunto arquitectónico y sociológico, la vegetación de un país, la historia de un pueblo, la tierra como cuerpo cósmico.

La experiencia de la finitud acompaña toda experiencia, de cualquier índole que sea, de modo tan constante y sin excepción, que por lo regular no se capta aparte sino

asumida en el carácter general de la vida. Esta experiencia sólo se hace apremiante en momentos de necesidad; de impotencia ante un deber, que no se domina, o de una pérdida que no se puede evitar.

La experiencia de la finitud asume un carácter especial en la experiencia de la muerte, dado que ésta representa el fin de nuestra existencia inmediata. «Vida» es el ser con forma; pero la forma definitiva de la vida se nos presenta en la conciencia como muerte. Ésta comienza con el primer acto de la vida y la acompaña constantemente, para llegar, finalmente, a su plenitud en el proceso conclusivo del morir.

La experiencia de la finitud de la vida llega a su plenitud en la experiencia de la muerte. En el parto hay un factor de vencimiento, precisamente en el hecho de que el hombre es parido sin su propia iniciativa ni su asentimiento. Y esto, en una determinada individualidad y disposición, así como también en una situación caracterizada por herencia. Por eso el nacimiento es tanto don como imposición.

7. EL CONOCIMIENTO DE LAS POSIBILIDADES

La inteligencia espiritual faculta para indagar las posibilidades vitales. No sólo permite conocer los límites inherentes a nuestro ser, las fronteras físicas, psíquicas y sociales, sino que, además, informa de nuestras posibilidades. La inteligencia espiritual abre los horizontes de realización en la persona, pero horizontes reales, a partir de un debido conocimiento de las fronteras del propio ser.

En virtud de esta fuerza espiritual, el ser humano puede querer, se plantea retos, horizontes de futuro, hace de su vida un proyecto personal. Con su voluntad determina sus actos y dirige el empleo de sus fuerzas. El acto de la voluntad como tal es una actividad de especial intensidad, de modo que, por naturaleza, dispone para su realización de una cantidad de fuerza más o menos grande.

El acto de la voluntad no está ligado a esa cantidad de fuerza de que dispone por naturaleza, sino que puede obtenerla de todo el organismo. Cuanto mayor sea la frecuencia con que lo haga, mayor será también el incremento que experimentará la fuerza de voluntad, esto es, dispondrá de modo habitual de más fuerza para actividades de la voluntad y cada acto le costará menos de realizar. La voluntad no está atada ni siquiera por los límites de la naturaleza. Si uno dirige la voluntad desde la inteligencia espiritual y la cultiva a fondo, incrementa su fuerza de conformidad con un plan.

Esta conexión entre la inteligencia espiritual y la fuerza de voluntad permite comprender cómo personas débiles corporalmente desarrollan una vida espiritual de gran intensidad y reciben del mundo espiritual una y otra vez la fuerza que precisan

para su vida.

Es posible asimismo emplear en actividades corporales fuerza obtenida del mundo espiritual. Cuando la constitución corporal es débil, ese empleo requiere un especial consumo de fuerza, dado que no se está orientado naturalmente a esas actividades y que un cuerpo débil no posee en la misma medida que uno fuerte la posibilidad de rehacerse recurriendo al mundo material.

El ser humano no puede vivir en un permanente estado de indecisión pues su personalidad quedaría descentrada, sin un eje básico y consistente en torno al cual unificara todas sus acciones. Sin ese dinamismo interno y profundo, sería un juguete de las circunstancias ambientales e inmediatas y no alcanzaría un nivel adulto de maduración. Le pasaría como aquellos que, por no renunciar a ninguna de las posibilidades, dejan abierto indefinidamente el proceso de decisión y mantienen una conducta con un matiz fragmentario y desconcertante.

8. TRANSPARENCIA Y RECEPTIVIDAD

El desarrollo de la inteligencia espiritual nos hace más receptivos a los estímulos, más capaces de impregnarnos de lo que acontece fuera del yo. Reporta el beneficio de la transparencia, una mayor capacidad para gozar del presente, del ahora. Un fruto valioso de este cultivo consiste en dirigir nuestra atención al presente y al futuro en una correcta proporción, a fin de que el uno no eche a perder al otro.

Hay muchos que viven demasiado en el presente: los irreflexivos; otros, demasiado en el futuro: los temerosos y preocupados. Raras veces se da la justa medida. Los que con sus aspiraciones y esperanzas sólo viven en el futuro miran siempre hacia delante y corren con impaciencia al encuentro de las cosas venideras, que para ellos son las únicas que les han de traer la verdadera felicidad; pero entretanto dejan que el presente pase desapercibido sin degustarlo.

En lugar de estar exclusiva y constantemente ocupados con los planes y preocupaciones por el futuro, o de entregarnos a la nostalgia del pasado, no deberíamos olvidar nunca que el presente es lo único real y cierto; en cambio, el futuro casi siempre resulta distinto de lo que pensamos, y hasta el pasado fue también de otra manera: y ambos, en su totalidad, tiene menor importancia de la que nos parecen. La distancia, que es un ejercicio propio de la inteligencia espiritual, hace que los objetos más pequeños al ojo sean más grandes al pensamiento. Sólo el presente es verdadero y real: es el tiempo realmente lleno y sólo en él se ubica nuestra existencia.

La persona que cultiva la inteligencia espiritual disfruta conscientemente de cada

hora soportable y libre de contratiempos o dolores. No le enturbia con caras de disgusto por las esperanzas fallidas en el pasado o por las inquietudes del futuro. No rechaza una buena hora presente, ni la echa a perder intencionadamente a causa del disgusto por el pasado o la inquietud por lo venidero.

El día de hoy sólo llega una vez y nunca más. Nos figuramos que volverá mañana; sin embargo, mañana es otro día, que también llega una sola vez. Cada día es una parte integrante e insustituible de la vida, pero consideramos más bien que está contenido en ella como los individuos en el concepto común.

9. EQUILIBRIO INTERIOR

Entre los beneficios de un correcto y asiduo cultivo de la inteligencia espiritual está el equilibrio interior. El trabajo espiritual produce una transformación interior, tanto de las capacidades y nivel de consciencia, como de los comportamientos y de las actitudes.

Como expresa Dyson, la inteligencia espiritual incrementa los recursos internos de una persona, la riqueza del yo. Da consistencia interna, motiva, capacita, da energía y genera confianza y esperanza y, con ello, mayor capacidad para afrontar las adversidades de la vida. Tiene como beneficio la fortaleza interior, lo cual repercute en un mayor bienestar psicológico y en una buena salud mental.

El equilibrio interior o, en palabras de los estoicos, la tranquilidad del alma (*tranquillitas animae*) jamás es una casualidad, un efecto inesperado. Exige una intensa labor, pues lo propio del vivir es el movimiento y el cambio, y alcanzar la ecuanimidad y la paz de espíritu no es una tarea simple.

La inteligencia espiritual habilita para tomar distancia de lo que acontece, de lo bello y lo feo, de lo malo y lo bueno, de todo cuando sucede en nuestra circunstancia. Algunos estoicos que ejercitaron especialmente la indiferencia del mundo (*indifferentia mundi*), alcanzaron, después de prolongados ejercicios espirituales, la imperturbabilidad de ánimo que entendieron como el fundamento de la felicidad.

El equilibrio personal no sólo depende del cultivo de la inteligencia emocional. Ésta nos faculta para identificar el fondo emocional que hay en nuestro ser, también para expresar las emociones y canalizarlas adecuadamente, incluso para contenerlas cuando es necesario, pero la inteligencia espiritual permite tomar distancia de ellas y trascenderlas.

10. LA VIDA COMO PROYECTO

El ser humano experimenta la capacidad de autodirigirse, a pesar de sus limitaciones y determinismos parciales, pues tiene conciencia de que, por encima de todo, puede orientar su existencia dotándola de un estilo peculiar y característico.

La inteligencia espiritual da poder para convertir la vida en un proyecto, para ordenar las otras formas de inteligencia hacia el fin que libremente uno ha decidido.

La realización personal de un proyecto de vida no es un repliegue narcisista sobre el propio yo, sino la posibilidad de ofrecerse a una tarea que trasciende al yo. El sentido de la vida no se centra en uno mismo, sino que nos abre a los otros. «Vivir humanamente —escribe Pedro Laín Entralgo— es proyectar y preguntar; quien proyecta, pregunta, y quien pregunta, proyecta. La pregunta es la expresión racional del proyecto; el proyecto es el fundamento vital o existencial de la pregunta.»

En circunstancias normales, ningún ser humano se encuentra dirigido, no está atado a un impulso que le obligue a comportarse de una forma concreta, al margen por completo del destino que quiera darle a su libre voluntad. Es una experiencia que brota desde el momento en que cualquier persona se enfrenta con el problema de su vida.

Toda persona se halla, al nacer, arrojada a un mundo inhóspito, rodeada de circunstancias y de realidades que no ha podido elegir. El misterio se le hace presente por todos lados y necesita encontrar, para la superación de este desconcierto, algún horizonte que ilumine su existencia. Es libre y tiene que dar a esa existencia una orientación de la que se sienta responsable, pero necesita saber el destino hacia el que el dirigir su esfuerzo.

La libertad no es una ciega espontaneidad, ni un comportamiento anárquico para actuar en cada momento según uno guste o en función de las necesidades más inmediatas. Ser libre exige un proyecto de futuro, que determina el comportamiento de acuerdo con la meta que cada uno se haya trazado. Es una tarea que impulsa a vivir con un itinerario concreto para alcanzar lo que parece digno y deseable.

Así como el trabajador que ayuda a construir un edificio, o bien no conoce el plan de conjunto, o bien no siempre lo tiene presente, lo mismo ocurre al hombre, al deshilar los días y las horas de su vida, con respecto a la totalidad del curso de su existencia y el carácter de ésta.

Cuanto más digna, relevante, planificada e individual sea la vida, tanto más necesario y beneficioso es que uno tenga a la vista el esbozo reducido de la misma. Esto sólo es posible si cultiva su inteligencia espiritual, si se inicia en el conocimiento de sí mismo, sobre lo que quiere verdadera, principal y primeramente, lo que es, pues, más esencial para su felicidad; después, lo que ocupa el segundo y el tercer lugar detrás de aquello; también se incluye que sepa cuál es en conjunto su vocación, su papel y su

relación con el mundo. Si éstos son de una especie relevante y grandiosa, la visión del plan de su vida a menor escala le fortalecerá, le animará y le elevará más que ninguna otra cosa, le estimulará a la actividad y le impedirá que se extravíe.

Así como el caminante no divisa ni conoce en conjunto el camino recorrido con todas sus vueltas y recodos hasta que llega a un punto elevado, sólo al final de un período de la vida, o de la totalidad de la misma, se conoce la verdadera conexión de los actos, producciones y obras, su exacta consecuencia y encadenamiento y hasta su valor.

Mientras estamos inmersos en ellos siempre obramos conforme a las cualidades estables de nuestro carácter, bajo el influjo de los motivos y en la medida de nuestras capacidades; es decir, siempre con necesidad, haciendo a cada momento lo que precisamente entonces nos parece lo justo y adecuado. Sólo el resultado muestra lo que de ahí ha surgido y la ojeada retrospectiva a todo el conjunto pone de manifiesto el *cómo* y por medio de *qué*. Justamente por eso, mientras realizamos grandes acciones no somos conscientes de ellas. Sólo a partir del conjunto en su conexión se distinguen después y vemos si hemos tomado el camino correcto.

11. CAPACIDAD DE SACRIFICIO

Atribuimos fuerza espiritual a quien es capaz de sacrificarse, de soportar un enorme sufrimiento o de experimentar una gran alegría sin ser sacudido en el más íntimo estrato de su personalidad.

Sacrificarse quiere decir entregar algo muy querido. Muy querido significa no sólo que se considera algo valioso en sí mismo, sino algo que da valor al propio ser. Se trata de algo que se ha recibido en el propio interior y con lo que se está íntimamente compenetrado.

Los grandes sufrimientos y alegrías que se experimentan en las profundidades del ser conmueven y hacen vibrar nuestro interior. Cuando un ser humano cultiva su inteligencia espiritual, su ser permanece tranquilo, firme, impasible, pero no porque sea insensible, sino porque vive esos estados en toda su profundidad, como a distancia, pues su intimidad posee algo que le permite hacer frente a todo lo que se le venga encima. En esto estriba lo que se denomina fuerza espiritual.

Si uno *encuentra* un sentido, se siente feliz y está dispuesto a asumir todo tipo de privaciones e incluso a poner en juego su propia vida para alcanzar ese fin. Y a la inversa, si uno no atribuye *ningún* sentido a la vida, maldice ésta, aunque externamente le vayan bien las cosas. A pesar del bienestar y del lujo que puedan acompañar su existencia, el vacío le roe por dentro.

La inteligencia espiritual da poder para convertir la vida personal en un proyecto, pero el desarrollo de cualquier proyecto exige, necesariamente, renunciaciones y sacrificios. Una persona espiritualmente inteligente sabe discernir en cada encrucijada lo que contribuye al desarrollo de su proyecto personal y lo que obstaculiza la realización del mismo. Sabe tomar distancia de lo que es seductor, pero irrelevante, y capta lo necesario para articular creativamente su apuesta existencial.

Los grandes hitos de la historia de la humanidad llevaron a cabo sus proyectos individuales con tesón y constancia, con gran capacidad de sacrificio y auténtica devoción. Esta capacidad es uno de los grandes beneficios del cultivo de la inteligencia espiritual que urge recuperar, en nuestro tiempo, caracterizado por la búsqueda inmediata e indolora del beneficio.

12. VIVENCIA PLENA DEL AHORA

La memoria faculta al ser humano para recordar vivencias, hechos que acaecieron en el pasado, mientras que la imaginación habilita para proyectar el futuro e identificar horizontes posibles que pueden, o no, llegar a ser reales. Precisamente por disponer de estas extraordinarias facultades llega a tener consciencia histórica, a experimentar el paso del tiempo.

En la construcción del sentido de la vida, la memoria juega un papel determinante; permite identificar errores y aciertos, y actúa como guía a la hora de tomar decisiones en el presente. También la imaginación es clave, pues permite proyectar ideales, fijar horizontes, dibujar nuevas rutas en el futuro.

Además de recordar y de anticipar, el ser humano tiene la facultad de vivir la hora presente, de gozarla con la máxima intensidad, de saborear todo lo que se ofrece a cada momento. Sin embargo, la tendencia a proyectar y a recordar limitan la capacidad de vivir *plenamente* el ahora. Frecuentemente, la preocupación por el mañana oculta la belleza del presente, pero también el recuerdo de un pasado que reaparece cíclicamente entorpece esta vivencia.

La inteligencia espiritual faculta para tomar distancia respecto al mundo, a los otros, al entorno cultural, social y político en el que estamos ubicados, pero también nos hace hábiles para trascender la memoria y el futuro. Sólo es posible vivir el ahora y tener plena presencia en cada momento si uno contiene la memoria y la imaginación.

Las personas espiritualmente inteligentes viven con la máxima intensidad el ahora, cada momento que se ofrece en la vida, despreocupándose del pasado y del futuro. Saben que todo pasa, pero que cada instante de ese pasar es una puerta de acceso a la

eternidad. Gozan intensamente de la alegría de existir, de la belleza y de la bondad que se manifiesta en cada momento. No sufren por el paso del tiempo, por la decrepitud o la muerte. Gozan, intensamente, del ahora y ello es la fuente de su alegría. No es su alegría un estado de ánimo suscitado por un objeto de consumo, por un éxito puntual o por un reconocimiento público. Ésta emerge de las profundidades, del hecho de existir ahora, de gozar de la belleza que hay en las cosas.

Las personas espiritualmente profundas, tanto del ámbito oriental como occidental, se caracterizan por esta alegría y ecuanimidad, por esta capacidad de dominar la obsesión por el mañana y la reminiscencia del pasado. Viven serenamente el día actual, lo conciben como un todo, como un don pleno de posibilidades. No dejan que los demonios del pasado intoxiquen el momento actual, ni las legítimas preocupaciones por lo que supuestamente vendrá.

«La alegría —dice Søren Kierkegaard— es ser de verdad actual a uno mismo; pero verse verdaderamente actual a uno mismo equivale a este *hoy*, a este *estar* al día, *ser* de verdad *al día*. Y en la misma medida que sea verdadero que tú eres al día, en la misma medida en que tú vayas siéndote más completamente actual a ti mismo en el estar al día, en esa misma medida dejará de existir para ti el día de mañana, el día de la desgracia. La alegría es el tiempo de presente, poniendo todo el acento en lo de *el tiempo presente*. Por esta razón es Dios dichoso. El que eternamente dice: hoy; el que eternamente e infinitamente se es actual a sí mismo en ese ser al día.»^[95]

Esta vivencia plena del momento no entra en contradicción con hacer de la vida un proyecto personal. Dar sentido a la vida es hacer de ella una tarea que tenga como objetivo un fin noble, algo que merezca la entrega y el sacrificio; pero ello no significa convertir el presente en puro instrumento o pretexto del futuro.

Quien vive con entusiasmo su proyecto vital, quien ama su oficio, su misión, quien se entrega apasionadamente a la labor que desarrolla en el mundo experimenta la alegría de existir, independientemente de si su proyecto a largo plazo llega a su culminación. Cuando uno está ocupado en el presente, absorbido en algo que le colma de verdad, que llena sus horas hasta al extremo de no darse cuenta del paso del tiempo, vive el presente con la máxima intensidad, se despreocupa de los resultados o de los beneficios, porque tiene pleno sentido, aunque no haya mañana, aunque todo lo vaya a borrar el tiempo.

Cuando una persona vive la presencia plena del ahora, no sufre por el devenir, ni por la muerte certera; es consciente de que cuando llegue el trágico día podrá confesar que ha vivido, que ha gozado, que ha experimentado su ser aquí. Quien pasa mecánicamente de un momento a otro, esperando un futuro supuestamente feliz, vive angustiado y temeroso. No tiene ninguna garantía de llegar a tal futuro y este *estar*

pendiente del mañana le convierte en un esclavo.

La inteligencia espiritual habilita para experimentar la alegría de existir, trascendiendo la manía de esperar y la obsesión de recordar. Esta alegría es la que Søren Kierkegaard ve reflejada en los lirios del campo y en las aves del cielo. Éstos no deben ejercitarse para alcanzar tal estado de desprendimiento, pues carecen de consciencia histórica; no experimentan el paso del tiempo, la cercanía de la muerte, desconocen el pasado y el mañana. El ser humano, para alcanzar tal estado de integración plena en el ahora, debe ejercitar trabajosamente la inteligencia espiritual y vencer las tentaciones de la nostalgia y las preocupaciones del futuro. Entonces es capaz de darse cuenta de que cada día es una posibilidad; cada hoy, un don único e irrepetible.

Se pregunta Kierkegaard: «¿Acaso no será tampoco ningún motivo de alegría el que hayas nacido, que existas, que consigas “hoy” lo necesario para subsistir; que hayas nacido hombre; que veas —¡medítalo!-, que puedas ver, oír, oler, gustar, tocar? ¿Que el sol brille para ti, y que por ti, cuando el sol se cansa, aparezca la luna y se enciendan las estrellas? ¿Que llegue el invierno y toda la naturaleza se enmascare y extranjerice juguetonamente, divirtiéndote? ¿Que llegue la primavera y con ella los pájaros en bandadas innumerables, para alegrarte; y que la hierba germine y el bosque crezca y haya bodas en él, y todo esto para alegrarte? ¿Que el otoño y los pájaros emigren, no para hacerse encarecidos, de ninguna manera, sino para que tú no te aburras de ellos; y que el bosque oculte todos sus atavíos para la próxima vez, para poder alegrarte la próxima vez? ¿Acaso no es todo esto ningún motivo de alegría?». ^[96]

⁹⁰ S. KIERKEGAARD, *El concepto de la angustia*, Espasa-Calpe, Madrid, p. 125.

⁹¹ E. STEIN, *Obras completas*, vol. IV, Monte Carmelo, Burgos, 2003, p. 648.

⁹² *Ibidem*.

⁹³ M. SCHELER, *El puesto del hombre en el cosmos*, Alba, Barcelona, 2000, p. 45.

⁹⁴ V. FRANKL, *El hombre doliente*, Herder, Barcelona, 2003, p. 190.

⁹⁵ S. KIERKEGAARD, *Los lirios del campo y las aves del cielo*, Trotta, Madrid, 2007, p. 192.

⁹⁶ *Ibidem*, pp. 192-193.

VII. La atrofia de la inteligencia espiritual

Todas las facultades del ser humano se pueden hallar en un estado potencial o actual. Sólo el ejercicio hace posible que las facultades potenciales adquieran brillantez y desarrollo.

El ser humano, por el mero hecho de serlo, tiene la capacidad de expresarse verbalmente, de escribir y de leer, pero sólo puede realizar efectivamente tales funciones, si se ejercita en ellas. Lo mismo ocurre con la inteligencia espiritual. Si no se trabaja, se produce una atrofia de la que derivan graves consecuencias.

No es posible desarrollar todas las potencias simultáneamente y en igual medida, y tampoco se pueden actualizar a la vez. Cuando el entendimiento trabaja intensamente, apenas oye o ve lo que sucede alrededor. Cuando uno está afectado emocionalmente, no puede valerse de su entendimiento. Se dispone de una cantidad concreta de fuerza que puede ser empleada en diversas direcciones, pero el empleo de una priva de fuerza a las restantes.

El ser humano es una entidad dinámica, un organismo complejo, un todo vital unitario en continuo proceso de hacerse y de transformarse. En cada momento concreto sólo actualiza muy poco de lo que él es. No todas las potencias llegan a convertirse en hábitos, pues muchas capacidades quedan sin realizar a lo largo de la vida.

Jamás estamos acabados; siempre es posible estimular y desarrollar más intensamente alguna facultad. Lo mismo ocurre con el haz de inteligencias que configuran nuestro ser. Una educación integral articula el potencial sin menoscabo de ninguna de ellas.

Esta estimulación depende, en gran medida, de circunstancias externas, del entorno, del ambiente. Lo mismo observamos con los seres vivos. En el desarrollo orgánico, las condiciones materiales son determinantes, junto, lógicamente, con el factor genético.

En el caso de la vida animal, resulta decisiva la relación estímulo-respuesta. Los perros mansos y los gatos, por ejemplo, que viven encerrados en una casa y reciben su comida sin tener que buscarla, no pueden poner en práctica sus instintos animales de presa. De igual manera, las capacidades de la persona que no encuentran ocasión para actualizarse, quedan atrofiadas, pero no significa que no existan.

Esto ocurre con todas las formas de inteligencia, pero especialmente con la

musical, la emocional y la espiritual. Si uno tiene la suerte de crecer en un entorno inteligente, integrado por personas despiertas, audaces y creativas, eso estimula las capacidades innatas. En un entorno espiritualmente rico, donde la vida espiritual se desarrolle creativamente, se estimula la inteligencia espiritual, mientras que en un ambiente materialista y pragmático, utilitarista y consumista, esta inteligencia permanece, simplemente, atrofiada.

Todo individuo y, por extensión, toda cultura, decae cuando se relaja su tensión espiritual. Cuando esto sucede, no existe ninguna motivación interior, se intenta aquello o esto sin involucrarse en profundidad. Los individuos se debilitan y, como consecuencia de ello, las sociedades. Se requiere mucha tensión espiritual para realizar una obra bella, buena, unitaria, singular y excelsa. También para abordar un proyecto político, social o cultural. Exige una permanente lucha contra los límites, una persistente batalla contra la mediocridad, una decidida voluntad de autotrascenderse.

El filósofo José Antonio Marina distingue las inteligencias dañadas de las fracasadas.^[97] La inteligencia no siempre consigue realizar correctamente su función. A veces, el problema está al principio, como en el caso de enfermedades mentales severas o deficiencias profundas. Éstas son las inteligencias dañadas. Otras veces, está al final. Es el caso de las fracasadas. Equivocaron su camino, perdieron el rumbo o se dejaron ir a la deriva.

En esta parte del libro nos referimos a la atrofia de la inteligencia espiritual. La atrofia no es el fracaso. Es la consecuencia de la deseducación, del no cultivo, de la dejadez. Cuando uno fracasa, es porque ha intentado realizar un proyecto, aplicar una hipótesis de trabajo. Cuando uno se atrofia es porque no ha desarrollado un dispositivo que estaba en él. Lo que ocurre en la actualidad con la inteligencia espiritual, es que raramente se cultiva en el ámbito educativo formal; que permanece en un estado potencial.

Identificamos, a continuación, un conjunto de deficiencias que derivan de tal atrofia. No pretendemos ofrecer un cuadro definitivo, pero sí reseñar los males fundamentales que acechan como consecuencia de ello.

Algunos autores han identificado algunos de estos males. Müller-Fahrenholz, por ejemplo, distingue tres tipos de males, consecuencia directa de la anemia espiritual. La primera es el cinismo, que consiste en engañarse sucumbiendo al entretenimiento y a la gratificación inmediata. Es la desesperación de los poderosos. La segunda es el fundamentalismo, la desesperación de los impotentes ante el exceso de necesidad y de complejidad, que se traduce en el odio a este mundo. Y la tercera es la violencia, la fascinación por el mal y la muerte.^[98]

La indigencia espiritual está estrechamente ligada a la falta de sentido y de confianza que late en nuestras sociedades. Como consecuencia de ello, proliferan la insensibilidad, la incapacidad de sentir y de hacerse cargo del sufrimiento ajeno de manera creativa.

Según Viktor Frankl, los enemigos del sentido son la actitud de provisionalidad frente a la vida, lo que se puede llamar un presentismo que no equivale a vivir el presente, sino a vivenciarlo sin proyecto personal y social; el fatalismo, que abandona al sí mismo a energías internas y externas ajenas a la libertad; el pensamiento gregario, o masificación despersonalizadora y el fanatismo, introyección de modelos culturales sin juicio propio y sana crítica, que impide escuchar la propia consciencia.^[99]

Contra todo ello, es esencial cultivar la inteligencia espiritual, pues ésta da capacidad para responder creativa y libremente a las preguntas que plantea la existencia, así como para asumir las consecuencias de nuestras elecciones.

1. EL SECTARISMO

El cultivo de la inteligencia espiritual es un perfecto antídoto frente al sectarismo, la visión hermética y cerrada de la realidad.

El sectarismo es una especie de cáncer de la vida espiritual que consiste en cerrarse en el seno de una comunidad y aislarse del resto de los seres humanos y del mundo, por considerar que en ella habita la verdad y que fuera de ella sólo existe el error. No debe confundirse la plena identificación con un credo religioso o político con el sectarismo, pues en el sectarismo falta consciencia crítica y autocrítica.

El sectario, precisamente porque no cultiva la inteligencia espiritual, es incapaz de tomar distancia de su propia comunidad, de verse a sí mismo con relatividad, de reírse de sus propias convicciones, de trascenderse y sentirse parte del Todo. Esta visión tan estrecha del lugar que ocupa en el mundo le conduce a enfrentarse con los otros por razones ideológicas, políticas o religiosas, en lugar de comprender la perspectiva del otro y las verdades latentes que hay en ella.

El sectarismo es consecuencia de la atrofia de la inteligencia espiritual, pues lo propio de la espiritualidad es la apertura y la búsqueda, el sentido de comunión con el Todo y la experiencia de la propia relatividad. El sectarismo, como el fanatismo, es una expresión de temor, de miedo frente al mundo y a la pluralidad. Esta cerrazón, en lugar de vivificar y de estimular la vida espiritual, la destruye.

La inteligencia espiritual suscita la apertura, la pertenencia al Todo.

2. EL FANATISMO

El fanatismo es una patología del espíritu, una enfermedad del alma, una especie de tumor social.^[100] Es más viejo que el islam, que el cristianismo y que el judaísmo. Más viejo incluso que cualquier Estado, gobierno o sistema político. Más antiguo que cualquier ideología o credo del mundo. Como dice Amós Oz, «la semilla del fanatismo siempre brota al adoptar una actitud de superioridad moral que impide llegar a un acuerdo».^[101]

Es una plaga muy extendida que se manifiesta con distintos grados de intensidad y de virulencia. Constituye un componente potencialmente presente en la naturaleza humana, como una especie de gen del mal, pero el fanatismo no es una fatalidad, ni un destino imposible de cambiar. Puede, por un lado, prevenirse con una adecuada educación de la inteligencia, y, por otro lado, superarse con la adopción de determinadas medidas.

La esencia del fanatismo consiste en el deseo de obligar a los demás a cambiar. El fanático no soporta la idea de que el otro sea diferente y pretende salvarle de su ignorancia. Subsiste un mesianismo en su forma de vivir, incluso un altruismo y una capacidad de sacrificio. Es esa tendencia tan común de mejorar al vecino, de enmendar a la esposa, de hacer ingeniero al hijo, de convertir al otro en lo que no es, en el objeto de *mis* deseos.

El fanático se desvive por el otro, tiene muy claro adónde quiere llevarle. Le falta capacidad de autocrítica; no toma distancia de sí mismo, ni de su mundo. No es capaz de percibirse como parte del Todo, ni mucho menos superar la dualidad que existe entre él y los otros. Se empecina en ver las diferencias, pero es incapaz de captar el fondo común, el sustrato que une a todos los seres. Identifica *su* verdad con la Verdad, *su* bien con el Bien, *su* ser con el Todo. Sufre una grave miopía espiritual.

El desarrollo de la inteligencia espiritual es clave para combatir tal fenómeno. En un mundo polarizado por fanatismos de signo muy diverso, tensado por fuerzas irracionales, tanto de origen religioso como político, la educación del sentido espiritual constituye una urgencia, un mecanismo de prevención básico para la humanidad.

En la consciencia del fanático se dan una serie de rasgos nocivos para su propio equilibrio y para el bien de la sociedad. Una correcta educación de la inteligencia espiritual es determinante para combatir esta lacra que, tanto en el plano político como en el religioso, genera bárbaras expresiones.

José Antonio Marina afirma: «El principio básico del fanatismo es una proposición

difícilmente discutible: *La verdad merece un estatuto especial frente a todas las doctrinas falsas*. Lo malo es que no va acompañado de una fundamentación universal de esa verdad».1[102] Esta verdad se identifica con la propia percepción de la verdad. El fanático confunde *su* sentido con *el* sentido, no comprende que los otros puedan dotar de sentido a su existencia de una manera muy lejana a la suya.

Uno de los beneficios del cultivo de la inteligencia espiritual es la autotranscendencia, la toma de distancia y el sentido del humor. Son tres antídotos contra el fanatismo. El humor es, precisamente, lo que es incapaz de cultivar el fanático, porque implica habilidad para reírse de uno mismo. Consiste en saber relativizar, en tener la pericia de verse a sí mismo como los otros te ven, de caer en la cuenta de que, por muy cargado de razón que uno se sienta y, por muy terriblemente equivocados que estén los demás sobre uno, hay cierto aspecto del asunto que siempre tiene una dimensión de gracia.

También ayuda a superar el fanatismo el tener la habilidad de existir en situaciones con final abierto, incluso de aprender a disfrutar de dichas situaciones, de aprender a gozar de la diversidad.

La vida espiritual es apertura, receptividad y movimiento. Los grandes hitos de la historia espiritual nunca sucumbieron al fanatismo. Fueron benevolentes, compasivos y receptivos. Practicaron el diálogo con todos, sin discriminación alguna. En cambio, sí cayeron en él algunos de sus seguidores tanto por un exceso de celo, como por intereses no religiosos o, simplemente, por atrofia de la inteligencia espiritual.

El fanatismo tiene consecuencias negativas tanto en el plano intrapersonal como en el interpersonal. Altera sustantivamente el fondo emocional de la persona y cuando ésta es incontinente, se manifiesta de manera destructiva.

3. EL GREGARISMO

La capacidad de tomar distancia es el fundamento de la autodeterminación y ésta es el mejor antídoto frente a toda forma de gregarismo. Autodeterminarse significa vivir conforme a uno mismo, conforme a esa voz que impera desde lo más profundo del propio ser y que uno es capaz de auscultar.

Sólo existe verdaderamente la libertad individual cuando uno toma distancia, se escucha a sí mismo y vive conforme a lo que es. Entonces hace de su vida un proyecto único, una obra de arte singular. El proyecto no le separa de los otros, tampoco le confunde con ellos. A través de él, contribuye al bien común, se siente útil en el conjunto de la sociedad y expresa su singular naturaleza.

Una persona cultivada espiritualmente experimenta un profundo sentido de unidad con todo lo que existe, pero, a la vez, entiende que su vida está llamada a ser un proyecto particular, la entiende como una misión que debe ejercer y, a través de ella, dota de significado su existencia. Siente que debe dar lo mejor de sí mismo a algo que le trasciende. Experimenta que debe superar el *ego*, para dejar un rastro de belleza y de bondad en el mundo, para contribuir, de ese modo, a su edificación.

Contra la voluntad de singularizarse, está el instinto gregario que es la tendencia a imitar, a copiar, a meterse dentro del grupo, sin criterio alguno, a seguir los pasos de la multitud, a emular activamente lo que hacen los otros. Es un producto de la pereza, pero también una expresión del vacío existencial. Es la consecuencia de la carencia de un proyecto propio, de un sentido individual. Frente al gregarismo, se tiene que oponer la creatividad individual, la aportación del yo profundo en la historia.

Ser gregario significa imitar lo que hacen los otros, permanecer dentro del grupo por pura comodidad, limitarse a copiar su sistema de vida sin aspirar a vivir una vida propia, con una misión y un proyecto personal que desarrollar en la historia. El temor a separarse, a tomar distancia de los otros y a experimentar la propia singularidad conduce a uno a pegarse a los otros y a eludir el silencio y la soledad.

La vida gregaria es una vida sin sentido, carente de interés y de originalidad, una mecánica reiteración de patrones de conductas y de modelos que se imponen por los grandes medios de comunicación de masas. Cuando uno se detiene, se asombra de su existencia, se percata del valor que tiene eso de existir y entra en su propio ser para descubrir su mundo, no puede vivir más gregariamente porque entiende que éste es un modo de desperdiciar su única vida, su única posibilidad de ser.

El cultivo de la inteligencia espiritual, por incipiente que sea, es un antídoto contra la existencia gregaria.

4. LA BANALIDAD

Tal y como escribe Arthur Schopenhauer, cuanto más grosero es un ser humano en sentido espiritual, menos de enigmática tiene la existencia para él. Todo le parece que se comprende por sí mismo. El asombro frente a la realidad natural, el arte, el cielo estrellado o la presencia de un ser amado perfora la banalidad y activa el preguntar último. Cuando uno se asombra y se pasma de todo cuanto hay, lo que era evidente y claro por sí mismo se transforma en algo problemático.

Uno de los síntomas evidentes de pobreza espiritual es la superficialidad y la dependencia. Un ser espiritualmente cultivado tiene el foco de su vida en el interior,

mientras que un indigente espiritual está remitido con respecto al disfrute de la vida a cosas externas a él: a las posesiones, al rango, a los amigos, a las diversiones, a los cuchicheos. Por eso se derrumba cuando los pierde o cuando se ve decepcionado por ellos. Su centro de gravedad está fuera de él. Precisamente por eso tiene siempre deseos y caprichos cambiantes.

Si colocamos junto a ese ser humano una persona con capacidades espirituales, no necesariamente eminentes, pero que sobrepase la media usual, vemos que éste enseguida encuentra en una pequeña labor una gran parte de placer, recreándose con eso cuando dejan de manar aquellas fuentes externas. Su centro de gravedad recae en sí misma.

Una persona con eminentes capacidades espirituales convierte en su tema el tema y la existencia de las cosas en su totalidad y en absoluto. Aspira a expresar su profunda captación de las mismas, de acuerdo con su orientación individual a través del arte, de la poesía o de la filosofía. Una persona de estas características tiene como apremiante necesidad la tranquila ocupación consigo misma, con sus pensamientos y obras. La soledad le es bienvenida. Sólo de una persona así se puede decir que su centro de gravedad cae por completo en ella.

Quien vive predominantemente, o exclusivamente en la superficie no accede a los niveles más profundos. Éstos existen, pero no siempre son visitados. En tal caso, la persona no está del todo en sus propias manos y no vive una vida íntegra. No recibe de modo adecuado lo que penetra en ella desde fuera: pues hay cosas que sólo se pueden recibir desde una cierta profundidad, y a las que sólo desde esa profundidad cabe dar respuesta correcta. En tanto no descienda a niveles más hondos, esa persona superficial tampoco está en situación de enfrentarse con lo que se desarrolla en ellos y no aflora en actos concretos.

La banalidad forma parte del mundo en el que vivimos. El ambiente estimula a vivir en la superficialidad. Corremos alocados de novedad en novedad, de emoción en emoción, arrastrados por la corriente, sin tener tiempo para caer en la cuenta de quiénes somos. Instalados en la superficie, asusta cultivar la vida espiritual, porque no controlamos lo que revela de nosotros mismos. Tememos descubrir nuestra fragilidad y vulnerabilidad. Por miedo al riesgo, nos quedamos en la superficie, insaciables e insatisfechos, vivimos distraídos.

El cultivo de la inteligencia espiritual supone tesón y esfuerzo y, para ello, hay que sacudir la pereza. De la pereza —o acedia, en las versiones más antiguas— proceden la ociosidad, la somnolencia, el desasosiego y la morbosa curiosidad. Cuando una persona se encuentra en tal estado, se evade a través de la prolija verbosidad, de la inquietud y del desasosiego.

La alternativa a la pereza es un proyecto que dé sentido a la existencia. Frente al perezoso que se evade y se distrae, está quien hace de su vida un proyecto, quien pone los cinco sentidos en lo que está haciendo. Concentrado en el presente, está en armonía consigo mismo, con las cosas que observa, que toca, con las personas con las que habla. En una palabra: *vive*.

Vivir espiritualmente es vivir la condición humana más allá de la banalidad de la existencia que se reduce a una sucesión de actividades sin significado capital ni determinación. El cultivo de la inteligencia espiritual es el esfuerzo continuado para unificar conscientemente la vida, para superar el aislamiento y el contento de sí, para superarse hacia el valor último que uno es capaz de percibir dentro de sí mismo.

5. EL CONSUMISMO

La carencia de vida espiritual, el vacío interior y la pobreza de ser conducen necesariamente al consumismo, a la sed de tener, a la desazón por llenar tal carencia. Sin embargo, el proceso está fatalmente destinado a la enajenación y a la desilusión, pues la cultura del tener jamás desarrolla, ni colma las aspiraciones del ser.

La pasión por tener contamina de tal modo al ser humano que produce, en una alocada carrera, un importante deterioro en su manera de existir. La pasión por tener convierte al propietario en prisionero de lo que tiene, en esclavo de lo que posee. Erich Fromm, discípulo heterodoxo de Sigmund Freud, afirma que no teniendo nada, es muy difícil ser; pero que teniendo mucho, es casi imposible. El tener se parece al comer emocional. Es una ansiedad nunca satisfecha, un pozo sin fondo nunca repleto.

En la cultura del tener la pregunta más relevante no es *Quién eres tú*, sino *Cuánto tienes tú*. En ella se confunde el rol con la persona, el ropaje con el cuerpo, la fachada con el interior del edificio personal. Abrumada por el peso del tener, la persona carece de espacio, de tiempo para ser, para cultivar su vida espiritual y experimentar el gozo de ser, de conectar con las pequeñas cosas.

El consumismo se extiende inexorablemente hacia la esfera privada, hasta invadir el ámbito más íntimo y las relaciones personales. Entonces la vida se reduce a consumir objetos e informaciones y se identifica lo real con lo que es objeto de una posible experiencia, con lo útil. La cultura del tener encierra al ser humano en el estrecho círculo de lo inmediatamente accesible, le hace perder el sentido para los largos plazos, para lo que no se puede conseguir, pero que es imprescindible para que tenga orientación y sentido. Esta cultura, que se contenta con vivir y sobrevivir sin mayores aspiraciones incapacita para disfrutar de la vida y experimentar el sentido que hay en

ella.

Una persona espiritualmente labrada, toma distancia respecto a la cultura del tener y a la inercia consumista. Sabe que lo esencial está dentro y vive con simplicidad, cultivando la sobriedad, porque sabe que ahí está el camino hacia la felicidad. Todos los hitos espiritualmente inteligentes que han destacado a lo largo de la historia de la humanidad vivieron sobriamente.

De ellos aprendemos que la sabiduría supone la libertad de desprenderse. Todo lo contrario de lo que frecuentemente se enseña aquí y acullá. La cultura de la austeridad libera, nos hace menos culpables y dinamiza un lenguaje de encuentro entre todos. Frente a los fatalistas que no ven salida al consumismo, se puede vivir y educar para la austeridad. No por espartanas razones de educación del carácter, sino por la libertad frente a las cosas, por ecología de la liberación. La austeridad no sólo exige cierta abnegación, sino una sabiduría que personalice al que la practica y que dé más calidad a las relaciones interpersonales. Libera de esclavitudes y da un espacio al otro, que en la cultura del acaparar y del tener tiende a hacerse raquítrico y mezquino.

No es fácil curar la pasión del tener, porque no somos conscientes de que deteriore y porque exige mirar por encima de las estrechas fronteras del *ego* y ver nuestro entorno. A pesar de ello, estos poderes son inherentes al ser humano, porque en virtud de su inteligencia espiritual, toma distancia y se trasciende a sí mismo.

6. EL VACÍO EXISTENCIAL

Una de las penosas consecuencias de la atrofia de vida espiritual es el vacío existencial. Esta verdadera enfermedad, que afecta a miles de personas en nuestro mundo, genera depresiones y neurosis.

Viktor Frankl estudió la sintomatología y el tratamiento adecuado para curarse de tal estado vital. Lo describe como una frustración existencial, como un sentimiento de falta de sentido de la propia existencia. A su juicio, la sociedad de la opulencia, basada en el tener, trae consigo una sobreabundancia de tiempo libre que ofrece ocasión para una configuración de la vida plena de sentido, pero que, en realidad, no hace sino contribuir al vacío existencial.^[103]

Una persona que cultive adecuadamente su inteligencia espiritual, no sólo se formula la pregunta por el sentido, sino que, además, urgido por ella, explora itinerarios para dar una salida razonable y convincente a tal pregunta. Un ser espiritualmente anémico colma su existencia con cosas y con poderes, pero ello sólo hace aumentar su sensación de vacío existencial.

Viktor Frankl conecta el vacío existencial no sólo con la frustración de las necesidades, sino con la satisfacción de las mismas. Nada parece colmar el deseo de superación del ser humano, su autotranscendencia. Sólo puede realizarse a sí mismo en la medida en que se olvida de sí. Experimentar el sentido de la vida significa, ante todo, que lo vivenciado fluye, hace crecer, expande, mira en alguna dirección que merece la pena.

Arthur Schopenhauer describe el perfil de un ser humano poseído por el vacío existencial: «Ningún afán de conocimiento y comprensión por voluntad propia vivifica su existencia, ni tampoco el afán de placeres verdaderamente estéticos, que es del todo afín a aquél. Si acaso la moda o la autoridad le imponen algún placer de esa clase, lo despachará lo más rápidamente posible como una especie de trabajo forzado. Los únicos placeres reales para él son los sensibles: con ellos se satisface. En consecuencia, las ostras y el champán son el punto culminante de su existencia, y el fin de su vida es lograr todo lo que contribuya al bienestar corporal. ¡Feliz él si ese fin le da mucho trabajo! Pues si aquellos bienes se le imponen ya de antemano, inevitablemente cae en el aburrimiento, contra el cual intentará entonces todo lo imaginable: baile, teatro, vida social, juegos de naipes, juegos de azar, mujeres, bebida, viajes... Y, sin embargo, nada de eso basta contra el aburrimiento cuando la carencia de necesidades intelectuales hace imposibles los placeres del espíritu». [\[104\]](#)

Una persona que sufra el vacío existencial padece una sobria y seca seriedad. Nada le alegra, nada le estimula, nada despierta su interés. Los placeres sensibles le agotan pronto; la compañía se vuelve en seguida aburrida, el juego termina cansándole. A lo sumo le quedan los placeres de la vanidad, que consisten en superar a los demás en riqueza, en rango o en influencia y poder, por lo que entonces será respetado por ellos: o bien en tener al menos trato con los que destacan en tales cosas y así participa él del reflejo de su esplendor.

También Søren Kierkegaard describe con detalle el vacío existencial: «¡Qué vacía y sin sentido es la vida! Entierran a un hombre; le siguen hasta la tumba y el sepulturero echa tres paladas de tierra sobre él. La gente ha ido al cementerio y se vuelve a sus casas en lujosos coches. Y todos se consuelan con la idea de que aún les queda mucha vida por delante. ¿Cuántos años son diez veces siete? ¿Por qué no se resuelve este sencillo problema de una vez? ¿Por qué no nos quedamos a la intemperie, entre las tumbas, y echamos a suertes para ver quién es el desgraciado a quien le toca ser el último viviente que eche las tres últimas paladas de tierra sobre el último muerto?». [\[105\]](#)

7. EL ABURRIMIENTO

La atrofia de la inteligencia espiritual conduce al aburrimiento, a la carencia de objetivos, a la falta de sentido y de propósitos.

El perfecto antídoto contra el aburrimiento de existir, la apatía y la desgana vital es el cultivo de la inteligencia espiritual. Un ser inteligente desde el punto de vista espiritual se libra del aburrimiento, porque sea cual sea la circunstancia que viva, halla la belleza que hay en ella y desarrolla su proyecto en los contextos más hostiles. La historia de la humanidad está repleta de creadores que elaboraron sus obras en los lugares más ruines y hostiles a la creación.

Las personas que tienen atrofiada su inteligencia espiritual sólo piensan en pasar el tiempo, pero quienes la cultivan, tengan o no talento, sean o no hábiles, piensan en aprovecharlo. Un ser espiritualmente limitado necesita motivos externos para llenar de contenido su vida, espera que la orden venga de fuera de su ser. Es un ser heterónomo, dependiente.

El que vive, en cambio, conscientemente el poder de su inteligencia espiritual, tiene en ella una fuente de placeres frente a los cuales todos los demás son nimios. No necesita de fuera más que el ocio para regocijarse tranquilo con la posesión de sí mismo y tallar sus diamantes. En ese reino no impera ningún dolor; todo es conocimiento. Todos los placeres intelectuales son accesibles a través de su propia inteligencia espiritual.

Blaise Pascal, en los *Pensamientos*, se refiere a la íntima relación entre la atrofia espiritual y la práctica de la diversión. Cuánto más burdo espiritualmente es un ser humano, más necesidad tiene de compañía, de atracciones exteriores, de estímulos para pasar el tiempo, para salvarse del aburrimiento, mientras que un ser espiritualmente cultivado encuentra en sí mismo recursos suficientes para llenar el tiempo con una actividad que tenga sentido. Tiene consciencia de su condición mortal y para él el tiempo no es algo que deba matar, sino vivirlo con intensidad, dándose a una causa más grande que el propio yo.

El único bien de los seres carentes de vida espiritual consiste en que se les divierta de pensar en su condición, ya sea por medio de una ocupación que les aleje de tal pensamiento o por algún sentimiento agradable y nuevo que les ocupe, como el juego o algún espectáculo apasionante.

«De ahí —escribe Blaise Pascal— viene que a los hombres les guste tanto el bullicio y el movimiento. De ahí viene que la prisión sea un suplicio tan horrible; de ahí viene que el placer de la soledad sea una cosa tan incomprensible. Y es en fin, gran causa de la felicidad en la condición de los reyes el que siempre se intente distraerles y procurarles

toda clase de placeres. El rey está rodeado de gentes que sólo piensan en divertir al rey y en impedirle que piense en sí mismo. Porque, por muy rey que sea, será muy desgraciado si lo hace.»^[106]

Los hombres —sostiene Blaise Pascal— «tienen un instinto secreto que les inclina a buscar la diversión y la ocupación en el exterior, que procede de la percepción de sus miserias continuas.»^[107] El ser humano, espiritualmente menguado, es un mendigo del tumulto.

«El hombre —concluye el autor de los *Pensamientos*—, por muy lleno de tristeza que esté, si podemos conseguir que se entregue a alguna diversión, hele feliz durante ese tiempo; y el hombre, por muy feliz que sea, si no está ocupado en alguna pasión o con alguna distracción que impiden que le invada el tedio, no tardará en sentirse triste y desgraciado. Sin diversión no hay alegría; con diversión no hay tristeza. Y esto es lo que origina la felicidad de las personas de elevada condición que tienen un gran número de gentes que les diviertan, y que tienen el poder de conservarse en ese estado.»^[108]

8. EL AUTOENGAÑO

José Saramago, en su *Ensayo sobre la ceguera*, traza una parábola en la que refleja los horrores de una sociedad cegada.^[109] En la narración, los que asumen su ceguera descubren los valores soterrados de la ternura, el cariño y el afecto. La única persona que queda con vista, una mujer, al ver los horrores que se van cometiendo a su alrededor, sufre tanto que prefiere estar ciega. No obstante, como ve, actúa, se pone al servicio de los que sufren a causa de la ceguera generalizada. Entrega su vida para ayudar a los que viendo no ven. Éste es el proyecto de su vida, lo que da sentido a su existencia.

Ceguera significa autoengaño. Como Daniel Goleman pone de manifiesto,^[110] para superarla es esencial entrar en las bodegas y desvanes del inconsciente, donde se albergan las raíces de muchas sombras que nos afligen y que pueden ir desapareciendo con la luz de la verdad. Pero ahí radica una de las mayores dificultades. Nuestra ceguera habitual nos hace creer que la realidad se reduce a nuestra percepción de la misma. Y desde esta visión autosuficiente, somos capaces de justificarlo todo.

En términos generales, el ser humano no tiene una imagen exacta y aceptable de sí mismo, pues la deforma en su intento de hacerla más aceptable y, de esta manera, termina por negar algunas facetas propias. Se fabrica una imagen irreal, inexacta, de sí mismo; o, lo que es lo mismo, una máscara, de modo que todos los aspectos

inaceptables de su yo aparecen como externos, ajenos a lo que ella es. De esta manera, todos esos aspectos de uno mismo aparecen proyectados, excluidos de la consciencia.

Recuperar una proyección es derribar una barrera, incluir en nosotros cosas que creíamos ajenas, abrirnos a la comprensión y aceptación de todas nuestras diversas potencialidades, negativas y positivas, dignas de amor o de desprecio, y así llegar a tener una imagen relativamente fiel de todo lo que es nuestro organismo psicofísico.

Vivir en la verdad supone caer en la cuenta de la propia ceguera o, al menos, sospechar de su posibilidad. Al tomar distancia de uno mismo, uno adquiere la capacidad de sospechar de sí mismo y ello le mantiene despierto, y en estado de alerta cae en la cuenta de las trampas y los dinamismos del mal en la sociedad, sus raíces estructurales.

El desarrollo de la inteligencia espiritual faculta para progresar en el conocimiento de uno mismo, tarea ésta que nunca alcanza su plenitud, pero en la que progresivamente se superan fases y secuencias. Como consecuencia de ello, un ser espiritualmente despierto no se engaña a sí mismo fácilmente, ni tampoco es fácil engañarle.

9. EL GUSTO POR LO VULGAR

Toda vulgaridad obedece a la incapacidad para ofrecer resistencia a un estímulo. Una persona que cultiva la inteligencia espiritual toma distancia de cualquier estímulo. El tener todas las puertas abiertas, la postración ante cualquier pequeño hecho, el estar en todo momento pronto a precipitarse sobre los otros es una expresión de atrofia espiritual.

El gusto por lo chabacano, por lo trillado, por lo soez y por lo burdo es la consecuencia directa de la atrofia de la inteligencia espiritual. Un ser cultivado espiritualmente es sensible a la música, al arte, a la poesía, a la filosofía, a cualquier manifestación cultural que integre belleza en su ser. Entiende su existencia como algo valioso, se protege de la estupidez y busca las experiencias bellas y los lugares donde pueda crecer en sabiduría.

La vulgaridad, el gusto por lo mezquino y lo soez son siempre expresiones de la atrofia de la inteligencia espiritual. El aplastante éxito de determinados productos audiovisuales basura es una evidente expresión de pobreza espiritual, de insensibilidad, de incapacidad para gozar de lo sublime y de lo bello que contienen el arte, la música y la naturaleza. Para una persona cultivada espiritualmente, el consumo de tal tipo de productos es una indeseable pérdida de tiempo.

El espectacular crecimiento de lo *kitsch* en la radio, en la televisión o en las redes telemáticas es un síntoma inequívoco de anemia espiritual. No es un problema ético, sino educativo. Una persona educada espiritualmente anhela la belleza y bondad. Los momentos de que dispone para la distensión, los invierte en gozar lo más encarecidamente posible de lo bello que hay en el mundo natural y cultural.

Para el que hace de su vida un proyecto y vive gozando con lo que hace y entregándose al máximo a ello, el tiempo de ocio tiene un valor clave, pues es el momento de la regeneración y de necesario descanso. Entonces, busca la música adecuada, el paisaje bello, la conversación inteligente, el libro que da que pensar, el silencio, el viaje que ilustra. Practica una intolerancia pacífica con todo lo soez, lo mezquino, lo trillado y lo chabacano. Sabe que la vida es demasiado valiosa y efímera como para dilapidarla en ello.

La tendencia morbosa a invadir la vida ajena, a injerirse en los problemas de los otros o a especular con sus desgracias y desventuras es una expresión de anemia espiritual. Un ser espiritualmente desarrollado tiene como gran preocupación su proyecto. Aprovecha con intensidad los instantes que le brinda la vida, porque conoce el carácter efímero de la existencia y sabe que el tiempo es un don muy valioso. Tiene presente la muerte en su quehacer cotidiano y ello le permite dar valor a cada operación que realiza, a cada circunstancia que atraviesa. Sabe distinguir lo esencial de lo accidental, lo que merece la atención de lo que no.

Un ser espiritualmente inteligente no goza con las pequeñas miserias e infortunios de los otros. Tiene una actitud magnánima frente a la existencia, aspira a vivir grandes experiencias, tiende a lo más alto, se plantea grandes cuestiones y se desinteresa, sobremanera, por lo minúsculo, ruin y mezquino.

10. LA INTOLERANCIA

La intolerancia es una expresión de atrofia espiritual que tiene graves consecuencias en la vida social y en el desarrollo de los pueblos. Es la incapacidad de aceptar al otro por causa de sus ideas, convicciones o creencias. Es una grave debilidad que hace imposible la cohesión y la correcta interacción entre personas y grupos humanos.

Cuando uno se trasciende a sí mismo, toma distancia respecto a su propio mundo y sus ideas, y reconoce sus debilidades. Es capaz de tolerar a personas que tienen convicciones e ideologías distintas de la propia. Todo eso exige cultivo de la inteligencia espiritual. Ninguna persona espiritualmente labrada es intolerante.

La tolerancia no es el relativismo; es la capacidad de distinguir la idea de la

persona y de intuir lo que une más que lo que separa. Una persona tolerante no lo acepta todo, ni adopta una actitud permisiva frente a la violencia, el terrorismo, el machismo, el racismo o cualquier otra forma de explotación humana. Distingue lo bello de lo feo, lo bueno de lo malo, no sin perplejidad en ocasiones; valora a la luz de su consciencia, pero es capaz de distinguir la opinión del ser y no confunde el valor de la persona con sus ideas políticas, sociales o religiosas.

Nadie puede cambiar su verdadera individualidad, su carácter y capacidades de conocer, su temperamento y su fisonomía. Si rehúsa su esencia, no le queda más opción que enfrentarse a un enemigo mortal. Para poder vivir en común, tenemos que admitir a cada cual con su individualidad, al margen de como resulte, pero no podemos esperar que cambie. Éste es el verdadero sentido de la famosa sentencia: vivir y dejar vivir. La tarea, sin embargo, no es nada fácil.

Frecuentemente, el celo religioso, moral o político degenera en formas de intolerancia. La historia está repleta de episodios de intolerancia, de persecución y de violencia en nombre de las religiones. Estos trágicos eventos ponen de relieve las nefastas consecuencias que tiene la atrofia de la educación espiritual, pues predispone a formas de manipulación y coerción.

Contra ello, es esencial la correcta educación de la inteligencia espiritual, algo que debería ser transversal, abierto a todos, más allá de los credos políticos y religiosos de cada uno.

11. EL NARCISISMO

La vida espiritual es apertura, dinámica creativa, movimiento hacia lo que uno no es, permeabilidad e interacción. Todo lo opuesto a la cerrazón y a la endogamia. Es autotrascendencia y, en este sentido, es el yo que se pone en movimiento hacia algo que no es.

El narcisismo es la adoración del yo, el amor desordenado a sí mismo, el culto a la propia persona. Un ser humano sensible espiritualmente está en camino, trata de convertir su vida en proyecto y esto le exige salir de sí mismo y entregarse a una razón superior a él. La felicidad depende de tal entrega. Como afirma John Stuart Mill en su *Autobiografía*, «sólo son felices los que centran su interés en algo distinto a su propia felicidad: la mejora de la Humanidad o la felicidad de los demás».

El narcisismo es consecuencia de la atrofia de la inteligencia espiritual. Christopher Lasch lo analiza a fondo en su libro *La cultura del narcisismo* (1979).^[111] El subtítulo —*El estilo de vida americano en una época de expectativas menguantes*— no

parece halagüeño para el lector de hoy. Aunque han transcurrido ya treinta años de su publicación, el narcisismo subsiste en nuestro entorno cultural.

Lasch ve en el narcisismo no una autoafirmación, sino una pérdida de identidad erosionada por el vacío espiritual. Es una irrefrenable ansia de vivir en un estadio de éxtasis libre de deseos. En él, los problemas personales se hipertrofian y, sin embargo, no se resuelven, pues se carece de voluntad y sólo se trata de evitar la tensión, aunque eso suponga suprimir el deseo y la acción.

El narcisista no tiene fuerza para ser y las relaciones personales acaban siendo un campo de batalla. Carece de entusiasmo, predomina en él la autocompasión y el sentirse víctima de las circunstancias. No se toma nada en serio y como consecuencia de ello, los ideales quedan relativizados y carece de fuerza para llevar a cabo ningún proyecto. La vida, para el narcisista, nunca despliega sus alas. Vive en el calor de la seguridad y del confort. Reemplaza el ideal clásico de la *vida buena* por la aspiración a la *mera buena vida*.

El narcisismo no sólo es una atrofia de la inteligencia espiritual, sino una enfermedad espiritual. Convierte a la persona en un ser temeroso que rehúsa, a toda costa, el conflicto emocional. Este recelo y falta de compromiso apagan su pasión y le dejan con una mirada sobre el mundo indiferente. La esfera privada y la soledad que podrían potenciar su vida espiritual le incuban una existencia blanda en la cual las tensiones de la condición humana se disimulan frente al televisor, la práctica del *zapping* o el turismo virtual.

Sólo si se supera el narcisismo, es posible instaurar relaciones interpersonales genuinas, profundas y duraderas. El paso del narcisismo a la aceptación de la realidad no es automático, sino fruto de un largo proceso de crecimiento que conlleva la renuncia al propio narcisismo, que hace del yo un referente único e insustituible.

12. LA PARÁLISIS VITAL

La parálisis vital es la desgana de vivir, la expresión del nihilismo práctico. Es un fenómeno relacionado con la atrofia de sentido, de proyecto, de autotranscendencia.

Se produce cuando todos los valores e ideales han sido destituidos o trivializados.

Como dice el filósofo francés Gilles Lipovetsky, esta tendencia es visible en nuestro presente, pues en él «ya ninguna ideología política es capaz de entusiasmar a las masas; la sociedad posmoderna no tiene ídolo ni tabú, ni siquiera imagen gloriosa de sí misma, ningún proyecto histórico movilizador; estamos ya regidos por el vacío, un vacío que no comporta, sin embargo, ni tragedia ni apocalipsis».[\[112\]](#)

La parálisis vital es un sentimiento de reiteración y de estancamiento. Cuando se sufre esta atrofia, la confianza y la fe en el futuro se disuelven. Gilles Lipovetsky detecta esta patología en nuestro entorno cuando dice: «Ya nadie cree en el porvenir radiante de la revolución y el progreso, la gente quiere vivir en seguida, aquí y ahora, conservarse joven, y ya no aspira a forjar el hombre nuevo».^[113] Esta ausencia de horizontes más allá del mercado desemboca en la apatía vital, de tal modo que el presente se vive como un «sálvese quien pueda» de la rutina y el aburrimiento.

La inteligencia espiritual es motor, fuente de movimiento. Se traduce en un constante anhelo de superación, en una explícita voluntad de realización. El dinamismo es la consecuencia directa de un ser espiritualmente inteligente. Una persona viva espiritualmente da valor a su tiempo y al de los demás, otorga significado a su existencia y a las de los otros. Sabe, porque ha meditado sobre ello, que no está indefinidamente en este mundo y, precisamente por ese motivo, es consciente de que su vida es un dinamismo de realización, lo más contrario a un estanque quieto.

La parálisis vital, el no saber qué hacer, el no saber a dónde ir, el no saber cómo llenar el tiempo es la consecuencia de la atrofia de la inteligencia espiritual. Es la anemia de sentido.

⁹⁷ Cf. J. A. MARINA, *La inteligencia fracasada. Teoría y práctica de la estupidez*, Anagrama, Barcelona, 2004.

⁹⁸ Cf. G. MÜLLER-FAHRENHOLZ, *El Espíritu de Dios. Transformar un mundo en crisis*, Sal Terrae, Santander, 1996, pp. 87-112.

⁹⁹ Cf. A. NOBLEJAS, *Palabras para una vida con sentido*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2000.

¹⁰⁰ Cf. A. OZ, *Contra el fanatismo*, Siruela, Madrid, 2003.

¹⁰¹ *Ibíd.*, p. 21.

¹⁰² J. A. MARINA, *La inteligencia fracasada. Teoría y práctica de la estupidez*, Anagrama, Barcelona, 2004.

¹⁰³ Cf. V. FRANKL, *Ante el vacío existencial. Hacia una humanización de la psicoterapia*, Herder, Barcelona, 1997.

¹⁰⁴ A. SCHOPENHAUER, *Parerga y Paralipómena*, RBA, Barcelona, 2003, p. 342.

¹⁰⁵ S. KIERKEGAARD, *Estudios estéticos*, I, Guadarrama, Madrid, 1969, p. 78.

[106](#) B. PASCAL, *Obras*, Alfaguara, Madrid, 1983.

[107](#) *Ibídem*.

[108](#) *Ibídem*.

[109](#) Cf. J. SARAMAGO, *Ensayo sobre la ceguera*, Alfaguara, Madrid, 1996.

[110](#) Cf. D. GOLEMAN, *El punto ciego. Psicología del autoengaño*, Plaza & Janés, Barcelona, 1997.

[111](#) Cf. Ch. LASCH, *La cultura del narcisismo*, Editorial Andrés Bello, Madrid, 1999.

[112](#) G. LIPOVETSKY, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama, Barcelona, 2000, pp. 9-10.

[113](#) *Ibídem*, p. 9.

VIII. Inteligencia espiritual, felicidad y paz

1. INTELIGENCIA ESPIRITUAL Y TRANSFORMACIÓN SOCIAL

La inteligencia espiritual, lejos de ser una capacidad que aísle al ser humano de su entorno natural y social, es un poder que, utilizado correctamente, consigue el efecto contrario: le hace más receptivo, más sensible, más plenamente integrado en el entorno.

Una persona espiritualmente inteligente capta con profundidad los problemas, goza intensamente de la belleza que se revela en el ancho mundo, padece intensamente por los males, las injusticias, los sufrimientos y todas las formas de crueldad que se manifiestan en él. Las personas que más han influido en la historia de la humanidad han sido seres espiritualmente inteligentes que han tratado de contribuir desde su fuerza, a transformar el mundo, a mejorarlo significativamente.

La transformación del mundo y la edificación de la sociedad empiezan con el ejercicio de la inteligencia espiritual. Toda transformación comienza en el fondo y se mueve hacia arriba hasta abarcar al mundo entero. Ésta es la ley que regula el mundo de la naturaleza.

El roble grande y frondoso que da sombra en las tardes de verano comienza su andadura siendo una pequeña bellota depositada en la tierra. Después de sembrarla, nadie tiene la entera seguridad de que vaya a vivir. Pero la transformación secreta bajo la superficie terrestre permite a la bellota abrirse camino entre la tierra como un brote tierno.

2. LA EDUCACIÓN DE LA INTELIGENCIA ESPIRITUAL

El modelo de las inteligencias múltiples de Howard Gardner revolucionó la educación. Permite trascender una educación reduccionista que desarrolla una parte del ser humano pero se olvida del conjunto. La práctica educativa excelente estimula todas las facetas y dimensiones del ser humano y también sus múltiples inteligencias. Educar a una persona consiste en desarrollar todo su potencial, todas sus dimensiones, pero la inteligencia no es unívoca, sino plural, lo que significa que la educación tiene que estimular la diversidad de formas de inteligencia.

La educación integral exige la atención personalizada, puesto que cada ser humano tiene sus capacidades y en él destaca un modo u otro de inteligencia. Ello supone desarrollar, primero, un perfil de cada educando, observando el comportamiento, para ver, de este modo, cuál es su tipo de inteligencia predominante.

A pesar de ello, está comprobado que en nuestro sistema educativo todavía predomina una estimulación de la inteligencia lingüística y lógico-matemática, y que los educandos que consideramos exitosos son aquellos que tienen estas inteligencias más desarrolladas. De esta manera, se deja por el camino a aquellos que destacarían en otros quehaceres de la vida si valoráramos sus inteligencias y las estimuláramos.

El desarrollo de la inteligencia espiritual es un elemento fundamental en el proceso educativo de una persona y tiene consecuencias directas en otras áreas del aprendizaje. Sin curiosidad, sin inquietud, sin el ejercicio de la imaginación, de la percepción y de la intuición, los jóvenes pierden la motivación por aprender y su desarrollo integral es irregular. Privados de autocomprensión y de habilidad de comprender a otros, sienten dificultades para convivir con sus vecinos en detrimento de su desarrollo social. Como no son capaces de moverse por un sentimiento de asombro y de admiración por la belleza del mundo, del genio de los artistas, músicos y escritores, viven en un desierto cultural y en el vacío espiritual.

La educación tiene un carácter evolutivo. El ser humano no nace terminado. A diferencia de los animales, su evolución no está predeterminada. Tiene ante sí múltiples posibilidades, así como la capacidad para decidir libremente entre ellas. Se hace así posible y necesaria la autodeterminación, pero también la dirección y el seguimiento.

Descubrir cuál es la máxima posibilidad de cada uno y los medios óptimos de que dispone no es tarea fácil. Por ello, una verdadera educación debería reforzar la capacidad de pensar y de juicio, pero, al mismo tiempo, proteger contra los efectos de lo meramente intelectual.

La educación de la inteligencia espiritual exige esfuerzo y constancia, como el desarrollo de cualquier facultad humana. Únicamente la laboriosidad echa raíces que luego alimentan la vida anímica restante. No existe una observación más certera que la de Friedrich Nietzsche: «Cada esfuerzo serio que hace la inteligencia por penetrar y modelar una materia, la fortifica». Mientras uno se esfuerza por penetrar en algo difícil de comprender y por mantener el curso de sus pensamientos, crece su capacidad para indagar, recordar e, incluso, para pensar.

Es un error mayúsculo dejar de lado la dimensión espiritual en los procesos educativos formales, salvo que queramos hacer de la sociedad una comunidad puramente materialista, volcada en la prosa del inmediato bienestar, arrinconando los nobles ideales de realización colectiva.

Lo expresa Rob Riemen en *Nobleza de espíritu*: «No puede haber civilización sin la conciencia de que el ser humano tiene una doble naturaleza. Posee una dimensión física y terrenal, pero se distingue de los animales por atesorar, a la vez, una vertiente espiritual: conoce el mundo de las ideas. Es una criatura que sabe de la verdad, la bondad y la belleza, que sabe de la esencia de la libertad y de la justicia, del amor y de la misericordia».

Si no educamos creativamente la inteligencia espiritual, las nuevas generaciones quedarán encerradas en un mundo puramente material, instrumental, angosto y limitado. Perderemos colectivamente la gran riqueza interior que hay en ellas y, consiguientemente, la fuente de creatividad y de innovación.

Uno de los obstáculos que se deben vencer para poder educar tal inteligencia es el laicismo. La defensa de la laicidad y de la libertad de creencias, de pensamiento y de expresión no debe confundirse con el laicismo, que es una actitud hostil a lo espiritual y, particularmente, a toda forma de religiosidad y de adscripción confesional.

Desde el laicismo se ignora que cualquier educación que pretenda ser integral exige necesariamente contemplar la espiritual. La educación holística no se logra por simple yuxtaposición de capacidades, sino por medio de una auténtica integración e interrelación de las mismas desde la unidad de la persona.

El prejuicio que emana del laicismo lleva a que algunas propuestas de educación eludan el espinoso tema de la espiritualidad, siendo como es esencial para el desarrollo pleno de la persona y, por consiguiente, se queden únicamente en una propuesta de integración de los aspectos intelectuales, sociales y emocionales.

Son muchos los pensadores aconfesionales que demandan mayor atención a esta dimensión. Según Kessler, detrás de la amplia problemática de la juventud actual hay una carencia de atención a sus necesidades espirituales. El vacío espiritual es un factor raramente destacado en el comportamiento autodestructivo y violento de muchos jóvenes y adolescentes.

Como señalan Miller y Drake, los educadores tienden a evitar la palabra *espiritual*. Les hace sentir incómodos. La educación se centra en los resultados, pero no ahonda en la experiencia. Determinadas preguntas fundacionales están fuera de lugar. Sin embargo, el proceso educativo no debería jamás pasar por alto la cuestión del sentido de la vida, aunque no se pueda responder de un modo científico.

En la práctica educativa, se debe respetar la respuesta individual que cada persona elabore a tal pregunta, pero sería insensato que nunca se generara tal cuestión. No disponemos de respuestas concluyentes, pero podemos explorar vías, itinerarios a partir de las grandes tradiciones espirituales y religiosas de la humanidad, a partir del ejemplo y del testimonio de personas que dan sentido a su existencia.

Educar la inteligencia espiritual significa superar lo meramente empírico y apostar por valores tales como la contemplación frente al activismo, lo importante frente a lo urgente, la sabiduría frente al tecnicismo, la jerarquía frente a la nivelación, la ética de la responsabilidad frente a la moral libertaria, la tensión entre lo que me apetece y lo que debo hacer, el nivel y la calidad de vida frente al egocentrismo, la sensibilidad estética frente a la grosería de lo *kitsch*. Tempranamente surgen en la inteligencia del niño las preguntas sobre los misterios de la vida. El «porqué» no tiene final hasta que no se le conduce a la fuente de todo ser y de toda verdad, donde toda pregunta encuentra su paz.

Suscribimos plenamente las palabras de Viktor Frankl cuando afirma: «La educación debería impulsar en los jóvenes un proceso de descubrimiento del sentido. La educación no puede dar sentido. El sentido no puede ser dado porque el sentido hay que descubrirlo; nosotros no podemos “prescribir” ningún sentido. Pero tampoco se trata de esto; ya estaría bien con que renunciáramos a bloquear el proceso de descubrimiento del sentido».^[114]

«La educación —subraya Frankl— debe ser hoy más que nunca una educación para la responsabilidad. Y ser responsable significa ser selectivo, ser capaz de elegir. Vivimos en la *affluent society*, recibimos avalanchas de estímulos de los medios de comunicación social y vivimos en la era de la píldora. Si no queremos anegarnos en el oleaje de todos estos estímulos, en una promiscuidad total, debemos aprender a distinguir lo que es esencial y lo que no lo es, lo que tiene sentido y lo que no lo tiene, lo que reclama nuestra responsabilidad y lo que no vale la pena.»^[115]

Una persona con vida espiritual resiste el embate de los estímulos y piensa por sí misma qué es lo que debe elegir en cada circunstancia. Esto sólo es posible si practica el distanciamiento crítico y sabe impermeabilizarse. En la sociedad de la hiperestimulación audiovisual e informativa resulta difícil tal tarea, pero es el único modo de poder preservar la autonomía y ser consecuente con el propio proyecto existencial.

La libertad está íntimamente unida a la educación de la inteligencia espiritual. Como dinamismo fundamental que es, se actualiza de distintas maneras. Ser libre es, entre otras cosas, pensar por sí mismo, realizar las decisiones oportunas conforme a la propia visión del mundo y de los valores, tomar las riendas de la propia vida y asumir la propia identidad. Ser libre es poder crear lo nuevo a partir de lo que uno sabe, osar realizar comportamientos nuevos. Exige la capacidad de situar el propio actuar en confrontación con el entorno social, jurídico y cultural.

La educación para la libertad no se desarrolla de un modo lineal; exige un largo

proceso de ensayo y error, una reflexión sobre el sentido. Para ello, se debe favorecer un tiempo de reflexión, de silencio, para que el educando pueda interiorizar. La aptitud para interiorizar supone el desarrollo de la capacidad de discernimiento, para comprenderse mejor y construir su visión del mundo. Esta capacidad permite releer la trama de la historia personal e identificar los hilos que a uno le vinculan con los otros.

Para ser realmente libre, se debe potenciar el coraje de ser. El coraje de ser es esta aptitud para perseverar a pesar de las dificultades y las dudas. Ello significa no abandonarse cuando aparecen contrariedades: esas pequeñas muertes que hacen degustar la finitud de la condición humana. Este aprendizaje moviliza la capacidad de resiliencia y permite al educando creer en su capacidad de lograr objetivos.

Va muy unida a la educación de la inteligencia espiritual la capacidad de descentrarse y de llegar a considerar al otro en sí mismo. Este proceso exige tiempo. Al principio de la vida, el educando está aún intensamente marcado por el deseo de ser el centro del universo. Llegar a ser humano consiste en aprender gradualmente a hacer un lugar a los otros, a entender su punto de vista, a ofrecer el propio espacio a otros.

Esta experiencia fundamental, esta apertura a la alteridad constituye, en sentido nuclear, la piedra de toque del progreso espiritual, conduce a implicarse en el reencuentro con los otros a través del diálogo y de la deliberación y a establecer confianza con lucidez y discernimiento. El educando aprende, de esta manera, a situarse gradualmente como un miembro de la comunidad y a interaccionar con los otros para edificar proyectos con sentido.

Gracias a la educación del sentir espiritual, uno deja de vivir *con* los otros y aprende a vivir *para* los otros. *Ser para los otros* es estar disponible a responder a sus llamadas y a sus necesidades; consiste en desarrollar la consciencia social. *Ser para los otros* es ser capaz de indignación ética, ser sensible al sufrimiento de los otros. La consciencia social se fortalece en la medida en que se despierta en la persona el vivir *para* los otros y se alimenta su vida espiritual.

Sin ánimo de ser exhaustivos, merece la pena citar algunas iniciativas pioneras, a modo experimental, de la educación de la inteligencia espiritual en el entorno educativo público y laico.

- El gobierno del Québec publicó en 2004, las actas de un congreso cuyo lema era *Le développement spirituel en éducation*. Posteriormente, el mismo gobierno publicó en 2007, *Le cheminement spirituel des élèves. Un défi por l'école laïque*, donde se sentaban las bases de una educación de la dimensión espiritual en la escuela pública y laica. Se exploran, en él, los caminos viables para despertar y formar la inteligencia espiritual de los alumnos.

- En el 2008 los profesores M. D. Holder, B. Coleman y J. Wallace de la Universidad de Columbia publicaron un estudio muy exhaustivo en el *Journal of Happiness Studies* sobre la relación entre espiritualidad y felicidad en los niños. Llegaron a la conclusión de que el cultivo de la dimensión espiritual de los menores era un factor decisivo en vista a su felicidad.

- A partir de una muestra muy extensa (760 niños) de colegios religiosos y públicos, mostraron cómo la espiritualidad entendida como un sistema interno de creencias y de valores genera en ellos un sentimiento de vivir con sentido, estimula la esperanza, refuerza las normas sociales positivas y proporciona una red social de apoyo.

El análisis de los datos revela que los niños que afirmaban ser más espirituales eran más felices. En concreto, valoraban su propia vida y sentían que ésta tenía sentido y, además, daban mucho valor a la calidad de las relaciones interpersonales. Estos resultados coinciden con estudios similares realizados en adultos y en adolescentes.

Diversas investigaciones han demostrado que existe un vínculo directo entre el cultivo de la inteligencia espiritual y el bienestar interior. Según explica uno de los investigadores, Holder, el factor *riqueza* contribuye, en cambio, muy poco a la felicidad. De hecho, señala el profesor, el dinero sólo explica el uno por ciento de los sentimientos de felicidad de los niños, tanto si estudian en colegios privados como públicos.

Del citado estudio se deduce que la espiritualidad genera el sentimiento de vivir una vida con sentido, estimula la esperanza, permite la captación de valores y la intuición de la belleza y la profundidad de las relaciones.

- En el 2008 se publicó *Reflexiones en torno a la competencia espiritual. La dimensión espiritual y religiosa en el contexto de las Competencias básicas educativas*, publicado por las escuelas católicas de Madrid. En él se aborda, por primera vez, el concepto de *competencia espiritual* y se sugiere estimular y desarrollar esta dimensión a través de la educación formal.

Una persona educada espiritualmente debería poder:

- a) Experimentar, saber identificar y desarrollar experiencias de asombro, misterio y pregunta. Contra quienes consideran que tales experiencias son irrelevantes e ineficaces en la vida, se tiene que subrayar que éstas, en particular la del asombro, es el punto de partida de las ciencias, las artes y la filosofía.
- b) Cuestionar y explorar preguntas sobre el significado y el sentido. La inteligencia espiritual

no sólo faculta para la pregunta por el sentido, también mueve a buscar respuestas consistentes a partir de la experiencia personal y de la aproximación a las grandes tradiciones espirituales, filosóficas y religiosas de la historia de la humanidad.

- c) Desarrollar un autoconocimiento positivo y dinámico, así como aprender a manejar los sentimientos como una vía para el crecimiento personal. Una persona espiritualmente inteligente no anula su vida emocional, ni su fondo pasional. Es capaz de dirigirlo y canalizarlo, de encauzarlo y aprovecharlo para su proyecto de vida.
- d) Promover el desarrollo personal y el de la comunidad.
- e) Practicar y explorar sentimientos de admiración, corresponsabilidad y cuidado de la naturaleza y del mundo, así como de contemplación y de silencio.
- f) Desarrollar y canalizar vínculos empáticos con otras personas, en situaciones de injusticia, vulnerabilidad, superación y cooperación.
- g) Expresar sensaciones, pensamientos y reflexiones a través de la creatividad en el arte.
- h) Capacitarse para identificar, explorar y elegir valores propios y comprender los de los demás.
- i) Conocerse y valorar respuestas, interpretaciones y experiencias sobre las anteriores cuestiones de las diferentes religiones y filosofías en la historia de la humanidad.
- j) Tomar autónoma y conscientemente una opción vital radical, aprendiendo de los errores y aprovechando los aciertos, en diálogo con el entorno cercano y lejano.

Dejando de lado éstas y otras iniciativas muy interesantes, merece la pena recordar que no se debe confundir la educación de la inteligencia espiritual con la iniciación a la fe. La iniciación a la fe, a formar parte de una comunidad religiosa y a practicar sus ritos y celebraciones, exige una educación de la inteligencia espiritual, pues, sin ésta, el ser humano es indiferente a cualquier gesto, mensaje o estímulo religioso. La vida espiritual es la condición de posibilidad de la experiencia religiosa, estética y ética, pero la iniciación a la fe no se debe confundir con el desarrollo de la inteligencia espiritual.

La investigación sobre la educación de la inteligencia espiritual también ha ocupado algunas mentes del país vecino. En el 2007, Philippe Filliot defendió su tesis doctoral en la Universidad de París VIII sobre *L'éducation spirituelle ou l'autre de la pédagogie. Essai d'approche laïque de la relation maître-élève-savoir dans les spiritualités de l'Orient et de l'Occident*. En ella, identifica la metodología para educar la inteligencia espiritual.

A partir de los trabajos de Pierre Hadot sobre la filosofía como ejercicio espiritual, Philippe Filliot considera que la educación de lo espiritual no debe compararse con la transmisión de un saber, de una técnica o de una lengua, sino que debe concebirse como un conjunto de actividades que susciten y despierten el sentir espiritual.

Ésta debería integrar los siguientes elementos:

1. El silencio juega un papel muy relevante en la educación de la inteligencia espiritual. Lejos de considerarlo como un fracaso de la práctica educativa, es un medio para estimular la pregunta por el sentido, la autotranscendencia y la investigación sobre el fin de la propia vida. El silencio, muy ausente en los entornos educativos formales, es una circunstancia de primer orden para el cultivo tanto de la inteligencia intrapersonal (el descubrimiento de la propia identidad personal), como de la inteligencia espiritual. Hace posible la relación con uno mismo, conduce a poner entre paréntesis los contenidos vitales y las relaciones, a un no saber radical, a una profunda relación con lo desconocido.
2. Una correcta educación de la inteligencia espiritual destaca valores como la simplicidad, la austeridad y la sencillez. Una persona espiritualmente rica necesita mucho menos que otra para cultivar el ocio y llenar su tiempo libre. Vive liberada del consumismo y de la necesidad de acumular bienes, destaca el valor del ser en detrimento del tener. La educación de la inteligencia espiritual es una invitación al descentramiento del *ego*. El fin no es que el discípulo viva como el maestro, sino que ausculte su voz interior.
3. El cultivo de la inteligencia espiritual requiere la repetición de ciertos procesos. *Repetitio mater studiorum est*, decían los clásicos latinos. Sólo el maestro que repite una y otra vez el mensaje consigue transmitirlo. La repetición permite aprender, pues, al final; el mensaje se incorpora en el ser, se integra en su estructura de la persona. Muy frecuentemente, se ha criticado la repetición y se ha destacado el valor de la innovación, de la creatividad, de la originalidad. La repetición, utilizada como un medio pedagógico, permite concentrarse en un punto, en lugar de dispersarse en múltiples direcciones. El ejercicio físico como el ensayo musical repetido da sus frutos. Nada bello acontece por casualidad. La marca del atleta es el resultado de una repetición mecánica y concienzuda de movimiento, también el virtuosismo del pianista es fruto de una repetitiva serie de ensayos. Lo mismo ocurre con el ejercicio espiritual. La repetición de un mantra, de una oración, de una máxima estoica o de una sentencia mística permite ahondar en ella, en su sentido. Al final, dicho conocimiento arraiga en el ser y en la identidad personal. Al repetir, ocurre lo que dice el filósofo Louis Lavelle: «Es siempre idéntico, pero siempre nuevo». En todas las tradiciones espirituales y religiosas de la humanidad, se practica la repetición y no por casualidad. Sólo la repetición garantiza la excelencia. Las distintas tradiciones difieren entre sí tanto en el contenido material como en la forma de sus oraciones, plegarias, meditaciones o mantras, pero en todas se da la repetición.
4. La educación de la inteligencia espiritual requiere de esfuerzo. No se consigue nada sin dedicación, tenacidad y perseverancia. Como dice O. Reboul, filósofo de la educación, educar consiste en hacer ver al discípulo que sin esfuerzo, sin riesgo y sacrificio, no se consigue nada. Puede resultar obvio para muchas personas, pero no está presente en el imaginario

colectivo. La virtud del esfuerzo no está, precisamente, de moda. Un acto perfecto es un acto plenamente consciente (como puede ser andar, respirar o leer). El esfuerzo no es un acto momentáneo de exceso, sino que se desarrolla continuamente a lo largo de una duración de tiempo. Cuando algo se realiza habitualmente, no se experimenta sufrimiento al ejercerlo, pues se incorpora plenamente al ritmo cotidiano.

3. INTELIGENCIA ESPIRITUAL Y ÉTICA GLOBAL

En 1993 se firmó *La Declaración de una ética global* en el II Parlamento Mundial de las religiones con sede en Chicago. Representa el trabajo colectivo de cientos de delegados religiosos a lo largo de una semana. Llegaron a un acuerdo respecto a cómo se tenían que abordar los grandes problemas que existen en el mundo.

La *Declaración* es una expresión de la vitalidad y la creatividad de la inteligencia espiritual. Sin negar la originalidad de cada tradición, los congregados fueron capaces de identificar una serie de condiciones y de principios para edificar una ética global, capaz de integrar y sumar a todos.

Es una concreción para hallar soluciones a problemas colectivos. Inspirándose en sus respectivas tradiciones, los miembros del II Parlamento Mundial de las religiones llegaron a unas conclusiones que reproducimos, sintéticamente:

El mundo está en agonía. La agonía es tan penetrante y urgente que estamos obligados a nombrar sus manifestaciones para que la profundidad de este dolor se pueda ver claramente.

La paz nos elude... el planeta está siendo destruido... los pueblos viven con miedo de uno a otro... las mujeres y los hombres están enajenados... los niños mueren...

¡Esto es detestable!

Condenamos los abusos de los ecosistemas de la Tierra.

Condenamos la pobreza que sofoca el potencial de la vida; el hambre que quita fuerza al cuerpo humano; las disparidades económicas que amenazan a tantas familias con la ruina.

Condenamos el desorden social de las naciones; la indiferencia para la justicia que oprime a los pueblos; la anarquía que se adueña de nuestras comunidades; y la locura que da muerte violenta a los niños. En particular condenamos la agresión y el odio en el nombre de la religión.

Pero esta agonía no tiene por qué existir.

No tiene que ser así, porque la base para una ética global ya existe. Esta ética brinda la posibilidad de un mejor orden individual y mundial, que guía a los individuos a salir de la desesperación y libera a las sociedades del caos.

Somos mujeres y hombres que tenemos los preceptos y las prácticas de las religiones del mundo.

Afirmamos que las enseñanzas de las religiones del mundo ofrecen un conjunto común de valores, los cuales constituyen la base de una ética global.

Afirmamos que la verdad ya es conocida, pero que aún nos falta vivirla de corazón y de acción.

Afirmamos que hay una norma irrevocable e incondicional para todas las áreas de la vida —para familias y comunidades, para las razas, las naciones y las religiones—. Ya existen antiguas directivas para el comportamiento humano: se encuentran en las enseñanzas de las religiones del mundo, y proveen las condiciones para un orden mundial sostenible.

Declaramos que:

Somos interdependientes. Cada uno de nosotros depende del bienestar del todo, y por tanto tenemos respeto para con la comunidad de seres vivientes, para con los humanos, los animales y las plantas, y para con la preservación del planeta, del aire, el agua y la Tierra.

Tomamos responsabilidad personal por todo lo que hacemos. Todas nuestras decisiones y acciones, tanto como nuestras desganas de actuar, tienen consecuencias.

Debemos tratar a otros como deseamos que otros nos traten a nosotros. Prometemos respetar la vida y la dignidad, la individualidad y la diversidad, para que cada persona sea tratada humanitariamente sin excepción alguna. Debemos tener paciencia y compasión. Debemos perdonar, aprendiendo las lecciones del pasado sin permitirnos ser esclavizados por los recuerdos del odio. Abriendo nuestros corazones, debemos enterrar nuestras diferencias e intolerancias a favor de la comunidad mundial, practicando una cultura de la solidaridad y cooperación.

Consideramos a la humanidad entera como nuestra familia. Debemos esforzarnos para ser amables y generosos. No debemos vivir sólo para nosotros mismos, sino que debemos servir a otros, nunca olvidando a los niños, los envejecidos, los pobres, los que sufren, los incapacitados, los refugiados y los aislados. Nadie debe ser considerado o tratado como ciudadano de segunda clase, o ser explotado de cualquier manera. Debe haber igualdad entre los hombres y las

mujeres. No debemos cometer ningún tipo de inmoralidad sexual. Debemos abandonar todas las formas de dominación y de abuso.

Nos comprometemos a una cultura sin violencia; al respeto, a la justicia y la paz. No oprimiremos, heriremos, torturaremos o mataremos a otros seres humanos, renunciando a la violencia como medio para resolver nuestras diferencias.

Debemos luchar para alcanzar un orden social y económico que sea justo, en el cual todos tengan igual oportunidad de realizar sus plenos potenciales como seres humanos. Debemos hablar y actuar con honestidad y compasión, tratar a todos con justicia, y evitar el prejuicio y el odio. No debemos robar. Debemos alejarnos del dominio de la codicia por el poder, el prestigio, el dinero, y el consumo, para crear un mundo justo y pacífico.

Para crear un mundo mejor, hay primero que cambiar la conciencia de los seres humanos. Prometemos incrementar nuestra conciencia por medio de la disciplina mental, la meditación, la oración, o los pensamientos positivos. No puede haber cambios fundamentales en nuestra situación si no tomamos el riesgo y nos disponemos a hacer los sacrificios necesarios. Por lo tanto, nos comprometemos con esta ética global a entendernos unos con otros, y a vivir de una manera que beneficie a la sociedad, que promueva la paz, y que sea favorable a la naturaleza.

Invitamos a todas las personas, bien sean religiosas o no, a que hagan lo mismo.

4. LA PACIFICACIÓN DEL MUNDO

El cultivo de la inteligencia espiritual conlleva el compromiso con la comunidad. Existe un equilibrio muy difícil de alcanzar entre la paz interior que sólo procura la sabiduría y esas pasiones que no pueden dejar de llevarnos por el camino de la injusticia, del sufrimiento y de la miseria. El trabajo de la inteligencia espiritual hace posible la paz interior, indispensable si se pretende pacificar el mundo.

La paz es, por encima de cualquier otra consideración, un valor esencial para construir el futuro. No se puede definir simplemente como ausencia de guerra; es un valor positivo que exige esfuerzo personal y colectivo. Es el orden que emana de la *justicia* y del reconocimiento de la fraternidad existencial de todos los seres.

Existe un orden aparente que fácilmente se quiebra. Es el orden impuesto desde la fuerza y la coacción, pero existe un orden sólido que nace de la conciencia de existir. La

injusticia genera desorden en el cuerpo social, enfrentamiento y, finalmente, guerra. La práctica justa de la distribución es, contrariamente, generadora de orden, lo cual significa que la paz no es producto del azar, sino fruto del esfuerzo. En un clima de injusticia y de desequilibrio, difícilmente puede existir la paz, porque ésta se relaciona íntimamente con la armonía y el reconocimiento de cada uno.

Existen diferentes tipos de paz mutuamente relacionados, que van ascendiendo desde el ámbito microcósmico al macrocósmico. Existe la paz intrapersonal que se refiere al propio sujeto. Para alcanzarla, es necesario aceptarse tal y como se es, con los propios defectos, reconocer la propia fragilidad, tener la virtud de la humildad.

La condición de posibilidad de la paz es la paz íntima, aquélla que se da en la esfera estrictamente personal. Cuando una persona está en paz consigo misma, transmite paz a los demás, mientras que cuando uno está en lucha, está en conflicto y transmite resentimiento.

Existe la paz interpersonal que se refiere al plano de la comunidad y de las relaciones humanas. Decimos que una comunidad está en paz cuando la relación que se establece ella entre las personas es justa, armónica y equilibrada. La paz interpersonal exige el respeto a la singularidad de cada persona. Así pues, construir la paz no significa homogeneizar a las personas, sino respetarlas tal y como son en su intimidad.

La paz interpersonal exige un mínimo consenso respecto a unas reglas compartidas, la referencia explícita a un orden moral. En un contexto anómico (sin normas), desprovisto de pacto, no puede haberla. No obstante, este pacto de mínimos no ha de negar la singularidad de cada identidad; tiene que servir como garantía para que cada singularidad pueda expresarse libremente.

También está la paz entre el hombre y la naturaleza. Observamos que existen diferentes formas de relacionarse con la naturaleza y que no todas son legítimas, porque algunas deterioran gravemente el entorno natural. Estar en paz con la naturaleza no significa dejar de intervenir en ella o practicar una especie de quietismo ecológico. Significa evitar excesos, respetar a cada singularidad, velar por su regeneración y evitar que el economicismo acabe devorando el planeta.

El reconocimiento de la unidad es un elemento clave en orden a instaurar el valor de la paz. Es evidente que entre los seres existen grandes diferencias, pero también grandes coincidencias. La paz no se construye sobre las diferencias, sino sobre el reconocimiento de lo que une.

Uno de los personajes más relevantes que ha dado la humanidad es Mahatma Gandhi. Gandhi, a partir de su profunda vida espiritual, practicó y sistematizó la teoría de la *no violencia*, convirtiéndola en un poderoso movimiento espiritual y social, en un instrumento eficaz para alcanzar objetivos incluso políticos. Él mismo decía: «Nada

nuevo tengo que enseñar al mundo. La verdad y la no violencia se remontan a la noche de los tiempos». El fundamento de tal doctrina es la benevolencia universal, el amor hacia todo cuanto existe, idea que aparece ya en el hinduismo y, muy especialmente, en el jainismo del siglo VI antes de Cristo.

«El mundo no se encuentra fundamentado sobre la fuerza de las armas, sino sobre la fuerza de la verdad y del amor. Así como hay una fuerza de unión con la materia, también hay una entre los seres vivos, y esa fuerza es el amor. Las armas de la verdad y del amor son invencibles.» Con esta inquebrantable certeza, Gandhi transformó la realidad.

Para los seguidores del pacifismo de Mahatma Gandhi, la benevolencia hacia todo lo que existe y la firme adhesión a la verdad deben impregnar hasta los más pequeños y cotidianos actos. Después de él, hombres de profunda vida espiritual siguieron su andadura: Lanza del Vasto, Rosa Parks, Martin Luther King, Dorothy Day, Adolfo Pérez Esquivel, Desmond Tutu, Helder Câmara entre muchos otros.

En los grandes hitos del pacifismo late vida espiritual.

5. INTELIGENCIA ESPIRITUAL Y CONSCIENCIA ECOLÓGICA

El cultivo de la inteligencia espiritual es determinante para instaurar una verdadera cultura de la paz en el mundo. El respeto a toda forma de vida por simple que sea es un imperativo que emana de la sensibilidad ecológica. Aparentemente puede resultar artificial vincular la inteligencia espiritual con esta sensibilidad ecológica y, sin embargo, quien desarrolla los poderes de la inteligencia espiritual tiene una visión unitaria de la naturaleza y profesa una actitud de respeto hacia toda forma de vida.

El sentido de pertenencia al Todo es uno de los poderes que hemos presentado de la inteligencia espiritual. Este sentido despierta la consciencia ecológica y la actitud de respeto activo frente a cualquier forma de vida; desde las más simples hasta las más complejas. Este reconocimiento no significa concebir la vida humana como una manifestación más de la vida biológica, pues en ella se dan una serie de propiedades y de caracteres que la hacen particularmente singular en el conjunto del cosmos.

Una persona espiritualmente sensible percibe lo valioso de cada ser natural más allá de su posible uso, la belleza, la bondad y la unidad del mundo, y experimenta la pertenencia al Todo. No es extraño que los personajes espiritualmente más significativos de la historia hayan sido especialmente cuidadosos y respetuosos con todos los seres, reivindicando el respeto activo y el amor universal.

El materialismo y el antropocentrismo es lo que ha conducido a una explotación instrumental de todo ser natural hasta alcanzar situaciones límite. El desarrollo de la inteligencia espiritual introduce límites en la relación con la naturaleza, límites necesarios para poder conservar la belleza y la armonía del Todo.

La espiritualidad de procedencia oriental es especialmente sensible con la naturaleza. La consciencia ecológica nace, en ella, como algo natural y espontáneo, como una consecuencia lógica de la comprensión unitaria del cosmos como manifestación de un Espíritu universal que trasciende y anima a todos los seres. En la mentalidad occidental, la consciencia ecológica ha estallado como reacción a la devastación de la Naturaleza perpetrada a lo largo de los tres últimos siglos durante el proceso de industrialización y de colonización tecnológica del mundo. Con todo, también en ella hallamos figuras, como, por ejemplo, san Francisco de Asís, especialmente sensibles que expresan en propia piel la fraternidad cósmica de todos los seres.

La inteligencia espiritual capacita para tomar distancia respecto al mundo y eso es fuente de libertad y de sabiduría. Esto confiere a la persona una responsabilidad superior a cualquier otro ser, pues sólo ella tiene visión global del mundo. Esta capacidad le da la facultad de tomar las decisiones oportunas para el mantenimiento de la biodiversidad y de la belleza del cosmos.

El mundo, desde la consciencia ecológica, se concibe como una inmensa trama de todo con todo. De esta comprensión resulta el holismo, que significa captación de la totalidad en las partes y las partes en la totalidad. Desde la consciencia ecológica, el Todo no es simplemente la resultante de la suma de las partes, trasciende las relaciones y todo tipo de interdependencias.

6. EL PROYECTO DE UNA VIDA FELIZ

Con demasiada frecuencia se afirma que quien *más* sabe, *menos* feliz es. También se dice que cuanto más inteligente es un ser humano, menos posibilidades tiene de ser feliz. De ahí parece concluirse que sólo el estúpido o el ignorante pueden aspirar a una existencia feliz.

Aparentemente puede detectarse una contradicción entre felicidad e inteligencia, pero no es así, puesto que la inteligencia faculta para anticipar problemas, resolver situaciones, imaginar alternativas y planificar el proyecto de vida.

La inteligencia espiritual, en la medida en que nos abre a la cuestión del sentido y permite tomar distancia del propio ser y de la propia vida, faculta para identificar lo que

en ella no anda bien, las debilidades y las flaquezas que hay en ella, también sus fortalezas y capacidades latentes. Eso es clave para diseñar inteligentemente el futuro.

Sólo el ser humano puede proyectar, construir el futuro, forjar su vida a partir de los valores e ideales que emanan de su ser, pero para proyectar, organizar y aspirar a tener una existencia lograda, es absolutamente necesario el cultivo de todas las formas de inteligencia, pero en particular, la social, la emocional y la espiritual.

Muy frecuentemente se confunde en nuestra sociedad el placer con la felicidad. El placer es la percepción subjetiva de un bien corporal, una impresión agradable, una sensación que genera bienestar. Lo placentero tiene que ver con la sensualidad. Depende de los receptores externos e internos.

La felicidad no se identifica con el placer, aunque tampoco se opone a él. No se obtiene a través de la estimulación de un órgano, una glándula o un tendón. Tampoco depende de los sentidos internos. No se obtiene consumiendo la pequeña ración de *soma* que los habitantes de *Un mundo feliz* de Aldous Huxley necesitan para sentirse bien.

El confort o bienestar material no puede asimilarse a ese estado de buen ánimo, de plenitud interior que se denomina *felicidad*. La felicidad tiene que ver con la realización de los propios valores e ideales, con la experiencia de cumplir con el propio deber, con la sensación interior de vivir una vida con sentido.

El cultivo de la inteligencia nos hace progresar en la conquista de la felicidad propia y ajena. Las personas más felices no son, necesariamente, las más inteligentes desde el punto de vista clásico. Son las que tienen más habilidades emocionales y sociales para gestionar su vida. Las que cultivan su inteligencia emocional, tienen más bienestar, pero la felicidad exige el desarrollo armónico y complementario de cuatro formas de inteligencia: la emocional, la interpersonal, la intrapersonal y la espiritual.

El secreto consiste en ajustar necesidades y posibilidades y ello sólo es posible si una persona se conoce a sí misma, si cultiva la inteligencia intrapersonal y no se propone retos excesivos o proyectos de vida que no podrá realizar y que, consiguientemente, le causarán frustración.

Las preocupaciones, las necesidades y la superficialidad de la vida cotidiana impiden acceder a la existencia consciente de todas sus posibilidades. Como dice Baruch Spinoza al final de la *Ética*: «Todo lo excelso es tan difícil como raro», pero gracias al desarrollo de la inteligencia espiritual en todas sus facetas, se le muestran al ser humano las múltiples maravillas del cosmos y de la tierra, viéndose dotado de una percepción más aguda, de una inagotable riqueza en virtud de su relación con los demás seres.

Algunos de los síntomas que hallamos en las personas espiritualmente inteligentes,

sea cual sea su adscripción política o religiosa, son una forma especial de ser, de estar y de percibir la realidad colmada de asombro y de misericordia; una capacidad de conmoverse íntimamente ante todo cuanto existe, ante una pequeña criatura o ante valores como la bondad o la belleza; una intuición que no viene de la capacidad de raciocinio; una convicción de que la fuerza de la inteligencia espiritual es poderosa; una preocupación mayor por la fidelidad a la voz interior que por una eficacia mensurable e inmediata; una capacidad de aceptación generosa de las situaciones límite, como el fracaso y la muerte; una esperanza y un coraje sostenidos en el tiempo, y una benevolencia universal.

Al final, como señala el filósofo francés Marcel Légaut, todo le será quitado progresivamente al ser humano, hasta su último aliento, hasta su última mirada retenida con la extraña avidez que manifiesta la fijeza del cadáver,^[116] pero si ha sido fiel a la llamada interior, aunque privado de la posesión de cualquier cosa que sintiese como segura en el pasado, le quedará lo esencial, sin velo y sin sombra.

Terminamos con un bello texto de Kandinsky: «Las escasas almas que no se pierden en el sueño y persisten en un oscuro deseo de vida espiritual, de saber y de progreso, se lamentan en medio del grosero canto del materialismo. La noche espiritual se cierne más y más. Las grises tinieblas descienden sobre las almas asustadas, y las superiores, acosadas y debilitadas por la duda y el temor, eligen algunas veces el oscurecimiento paulatino a la inmediata y violenta caída en la oscuridad total».^[117]

¹¹⁴ V. FRANKL, *El hombre doliente*, Herder, Barcelona, 2003, p. 20.

¹¹⁵ *Ibídem*.

¹¹⁶ Cf. G. MARCEL, *Trabajo de la fe*, Asociación Marcel Légaut, Valencia, 1996.

¹¹⁷ W. KANDINSKY, *De lo espiritual en el arte*, Premia, México, 1989.

IX. Bibliografía

1. FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

- R. BERGERON, *Renaître à la spiritualité*, Fides, Montréal, 2002.
- R. BEST et alii, *Education, Spirituality and the Whole Child*, Ron Best, London, 1996.
- J. C. BRETON, *La vie spirituelle en questions*, Bellarmin, Montréal, 2006.
- C. CADRIN-PELLETIER, *Le cheminement spirituel des élèves. Un défi pour l'école laïque*, Gouvernement du Québec, Ministère de l'Éducation, du Loisir et du Sport, 2007.
- A. COMTE-SPONVILLE, *El alma del ateísmo. Introducción a una espiritualidad sin Dios*, Paidós, Barcelona, 2006.
- J. COSTA-LASCOUX, I. LEVAÏ, P. LOMBARD, *¿Existe-t-il une spiritualité sans Dieu?*, Éditions de l'Atelier, París, 2006.
- J. ECCLES, *La psique humana*, Tecnos, Madrid, 1986.
- A. EINSTEIN, *Física i realitat i altres escrits filosòfics*, Edèndum, Santa Coloma de Queralt, 2005.
- V. FRANKL, *El hombre en busca del sentido. El análisis existencial y la conciencia espiritual del ser humano*, Paidós, Barcelona, 2001.
- *La presencia ignorada de Dios. Psicoterapia y religión*, Herder, Barcelona, 1985.
 - *El hombre doliente. Fundamentos antropológicos de la psicoterapia*, Herder, Barcelona, 1989.
 - *Ante el vacío existencial. Hacia una humanización de la psicoterapia*, Herder, Barcelona, 2001.
 - *La voluntad de sentido*, Herder, Barcelona, 1994.
 - *Logoterapia y análisis existencial*, Herder, Barcelona, 1994.
- M. GAZZANIGA, *Cuestiones de la mente: cómo interaccionan la mente y el cerebro para crear nuestra vida consciente*, Herder, Barcelona, 1998.
- D. HAY, R. NYE, *The Spirit of the Child*, Harper Collins, London, 1998.
- J. L. HÉTU, *L'humanin en devenir. Une approche profane de la spiritualité*, Fides, Québec, 2001.
- W. KANDINSKY, *De lo espiritual en el arte*, Premia, México, 1989.
- K. JASPERS, *El ambiente espiritual de nuestro tiempo*, Labor, Barcelona, 1953.
- M. KOESTLER, *Gott ohne Religion oder Religion ohne Gott*, Moser, Lausanne, 1988.
- R. KRÄMER-BADORI, *Leben, lieben, sterben ohne Gott*, Fischer Taschenbuch, Frankfurt am

- Main, 1993
- R. KÜHN, *Geburt in Gott. Religion, Metaphysik, Mystik und Phänomenologie*, Karl Alber, Freiburg, 2003.
- M. DE LA ROUVIERE, *Spirituality without God*, Paperback, London, 2005.
- F. LENOIR, *Las metamorfosis de Dios. La nueva espiritualidad*, Alianza Editorial, Madrid, 2005.
- E. LEVINAS, *El tiempo y el Otro*, Paidós, Barcelona, 1993.
- E. LUKAS, Viktor Frankl. *El sentido de la vida*, Plataforma Editorial, Barcelona, 2008.
- J. MONTBOURQUETTE, *De l'estime de soi à l'estime du Soi. De la psychologie à la spiritualité*, Novalis et Bayard, Montréal, 2002.
- A. OZ, *Contra el fanatismo*, Siruela, Barcelona, 2005.
- T. C. PAUCHANT et alii, *Pour un Management éthique et spirituel. Défis, cas, outils et questions*, Fides, Montréal, 2000.
- G. PERNA, *Las emociones de la mente: biología del cerebro emotivo*, Tutor, Madrid, 2005.
- K. POPPER, J. ECCLES, *El yo y su cerebro*, Labor, Madrid, 1977.
- R. RIEMEN, *Nobleza de espíritu. Tres ensayos sobre una idea olvidada*, Arcadia, Barcelona, 2006.
- M. SCHELER, *El puesto del hombre en el cosmos*, Alba, Barcelona, 2000.
- *Los ídolos del conocimiento*, Sígueme, Salamanca, 2003.
- A. SCHOPENHAUER, *Parerga y Paralipómena*, I, Trotta, Madrid, 2007.
- E. STEIN, *Obras completas*, IV, Monte Carmelo, Burgos, 2003.
- VV. AA., *Le développement spirituel en éducation. Actes du colloque tenu à Québec*, Gouvernement du Québec, Québec, 2004.
- *Reflexiones en torno a la competencia espiritual. La dimensión espiritual y religiosa en el contexto de las competencias básicas educativas*, Paidós, Madrid, 2008.
- J. WILLIGIS, *En busca del sentido de la vida: el camino hacia la profundidad de nuestro ser*, Narcea Ediciones, Madrid, 2002.
- L. WITTGENSTEIN, *Lecciones y conversaciones sobre estética, psicología y creencia religiosa*, Paidós, Barcelona, 1992.
- *Diario filosófico*, Ariel, Barcelona, 1982.
- X. ZUBIRI, *Inteligencia sentiente*, Alianza Editorial, Madrid, 1982.

2. BIBLIOGRAFÍA ESPECIALIZADA

- M. BEAUREGARD, D. O'LEARY, *L'intelligence spirituelle*, La Maisnie-Tredaniel, París, 2008.
- E. BENITO, J. BARBERO, A. PAYÁS, *El acompañamiento espiritual en cuidados paliativos*, Arán, Madrid, 2008.
- T. BUZAN, *The Power of Spiritual Intelligence*, Harper Collins, New York, 2001. Existe traducción castellana: *El poder de la inteligencia espiritual. 10 formas de despertar tu genio espiritual*, Ediciones Urano, 2003.
- D. CARR, «Rival conceptions of spiritual education», en *Journal of Philosophy of Education* 30/2 (1996) 159-180.
- J. M. DORIA, *Inteligencia del alma: 144 avenidas neuronales hacia el yo profundo*, Gaia Ediciones, 2009.
- J. ERRICKER, *Reconstructing Religious, Spiritual and Moral Education*, RoutledgeFalmer, Londres, 2000.
- H. GARDNER, *La teoría de las inteligencias múltiples*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- *Inteligencias múltiples: la teoría en la práctica*, Paidós, Barcelona, 1999.
- *Intelligence reframed: multiple intelligences for the 21st century*, Basic books, 1999.
- D. GOLEMAN, *La inteligencia emocional*, Kairós, Barcelona, 1996.
- P. HADOT, *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*, Siruela, Madrid, 2006.
- A. HARDY, *The Spiritual Nature of Man*, Clarendon Press, Oxford, 1979.
- M. D. HOLDER, B. COLEMAN, J. WALLACE, «Spirituality, religiousness, and happiness in children aged 8-12 years», en *Journal of Happiness Studies* (2008).
- D. D. HOFFMAN, *Inteligencia visual. Cómo creamos lo que vemos*, Paidós, Barcelona, 2000.
- J. KHALFA (ed.), *¿Qué es la inteligencia?*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.
- S. KIERKEGAARD, *Los lirios del campo y las aves del cielo*, Trotta, Madrid, 2007.
- A. LÓPEZ QUINTÁS, *Inteligencia creativa. El descubrimiento personal de los valores*, Madrid, 2002.
- N. J. MACKINTOSH, *IQ and human intelligence*, Oxford University, Oxford, 2004.
- J. A. MARINA, *La inteligencia fracasada: teoría y práctica de la estupidez*, Anagrama, Barcelona, 2004.
- *Teoría de la inteligencia creadora*, Anagrama, Barcelona, 2006.
- J. P. MILLER, S. DRAKE, «Toward a Spiritual Curriculum», en *Curriculum Inquiry* 46/4 (1997) 239-245.
- D. MILLMAN, *Inteligencia espiritual*, Swami, Barcelona, 2000.
- R. MUSIL, *Diarios*, Mondadori, Barcelona, 2004.

- J. PRIESTLEY, «Spirituality, Curriculum and Education», en *International Journal of Children's Spirituality* 2 (1997).
- A. ROSSITER, *Developing Spiritual Intelligence: the power of you*, O Books, New York, 2006.
- J. SMITH, *La cara oculta de la inteligencia*, Alianza Editorial, Madrid, 2003.
- A. THATCHER, *Spirituality and the Curriculum*, Casell, Londres, 1999.
- R. J. STERNBERG, *Beyond IQ: a triarchic theory of human intelligence*, Cambridge University, Cambridge, 1993.
- R. J. STERNBERG, D. K. DETTERMAN, *¿Qué es la inteligencia?: enfoque actual de su naturaleza y definición*, Pirámide, Madrid, 1992.
- A. WRIGHT, *Spirituality and Education*, Routledge Falmer, Londres, 2000.
- D. ZOHAR, I. MARSHALL, *Spiritual Intelligence. The ultimate Intelligence*, Bloomsbury, London, 2000. Existe traducción castellana: *Inteligencia «espiritual»*, Plaza & Janés, Madrid, 2001.

Vivir con ABUNDANCIA

**Por qué algunas personas consiguen
lo que se proponen y otras no**

SERGIO FERNÁNDEZ

Plataforma
Actual



Por el autor de
Vivir sin jefe
y **Vivir sin**
miedos

**El éxito tiene sus reglas y conocerlas
lo hace todo más fácil**

Vivir con abundancia

Fernández, Sergio

9788416256471

237 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Por qué algunas personas consiguen lo que se proponen y otras no. Algunas personas materializan todo aquello que desean sin esfuerzo; otras parecen condenadas a una vida de resignación y sufrimiento. Vivir con abundancia no es un libro: es una revolución que te permitirá pasar a formar parte –y para siempre– del primer grupo. La vida es un juego que tiene sus propias reglas. Comprenderlas e interiorizarlas te permitirá manifestar la abundancia de manera natural. En esta obra práctica y optimista, Sergio Fernández te ofrece las diez leyes para cristalizar tus sueños, así como las treinta claves prácticas para incorporarlas. «Un mapa para cristalizar nuestros sueños a través de una lectura inspiradora y muy necesaria», Pilar Jericó. «Aprecio a Sergio, respeto su trabajo y admiro su frescura. Es un ejemplo de lo que escribe», Raimon Samsó. «Me ha encantado su lectura. Es necesario e imprescindible», Juan Haro. «Sergio es libre, sabio, eficaz y generoso y lo que predica les da estupendos resultados a quienes siguen sus métodos», José Luis Montes. «Sergio Fernández es definitivamente el referente del desarrollo personal en España», Fabián González. «Gracias, Sergio, una vez más, por ayudarnos a crear el mundo que soñamos», Ana Moreno. «Vivir con abundancia se ha convertido en uno de mis libros de cabecera. Imprescindible», Josepe García.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

CONTRA **LA NUEVA** **EDUCACIÓN**

Alberto Royo

Prólogo de Antonio Muñoz Molina

**Por una enseñanza basada
en el conocimiento**

Contra la nueva educación

Royo, Alberto

9788416620081

208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una crítica razonada de la pedagogía oficial y una reflexión profunda sobre la educación

Contra la nueva educación pretende ejercer una crítica racional y razonada a una pedagogía oficial que desprecia el conocimiento y la cultura y apuesta, en opinión del autor, por la felicidad ignorante y la empleabilidad de ocasión.

El autor examina de forma mordaz los principales dogmas pedagógicos posmodernos, y elabora una defensa apasionada, pero no pasional, de la instrucción pública como motor de una sociedad avanzada, idealmente meritocrática y con una sólida base ética que ampare el derecho de todos al ascenso social.

Desde su condición de músico, profesor y ciudadano, Alberto Royo se muestra decidido a presentar batalla, consciente de que sus planteamientos no discurren con viento a favor sino que suponen, hoy, casi un acto subversivo, una provocación.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

SERGIO FERNÁNDEZ

Con prólogo de Juan Carlos Cubeiro

VIVIR SIN JEFE

El libro que hará que ames
trabajar por tu cuenta



UNDA DE EXTREMADURA
Consejería de
los Jóvenes y del Deporte



Vivir sin jefe

Fernández, Sergio

9788415115335

272 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Hay muchas personas que desarrollan trabajos como empleados por los que no sienten ninguna pasión, que los mantienen sólo por conseguir la remuneración de final de mes. Por otra parte están los emprendedores, gente que ha puesto en marcha una aventura empresarial y que suele atravesar todo tipo de problemas, excesos o dificultades hasta, si logran salir adelante, llegar a ver cumplido su sueño. En España, más de la mitad de los sueños empresariales fracasan en el primer año y tan sólo un quince por ciento supera los cinco años. Tiene en sus manos un libro que le detalla y aconseja sobre los principales errores que cometen con mayor frecuencia los emprendedores. Si es cierta la sentencia que afirma que los fracasos constituyen el mejor aprendizaje, este libro es el perfecto formador.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Plataforma
Novela

El olvidado

ELIE WIESEL



El olvidado

Wiesel, Elie

9788416429028

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una reflexión sobre la memoria por un autor Nobel de la Paz.

Afectado por una enfermedad incurable, Elhanan Rosenbaum ve cómo poco a poco se le borra la memoria. Muy pronto no será nada más que un olvidado, un hombre sin raíces, desposeído de su propia historia: su infancia rumana, la guerra, el amor de Talia, el descubrimiento de Palestina, los combates en Jerusalén en 1948... En el relato que inicia para legar su memoria a Malkiel, su hijo, se mezcla la investigación de este en la población rumana de sus antepasados. Viaje extraño que le permitirá aceptar su propia identidad, forjada por una historia de la que no ha sido consciente durante demasiado tiempo.

Un vasto fresco de cincuenta años de historia, al mismo tiempo que el destino de un padre y un hijo a los que alejan tantas cosas pero que son, a pesar de ello, indisolubles.

«Elie Wiesel es uno de los intelectuales y pensadores más importantes de nuestro tiempo. Es un testigo del pasado y un guía para el futuro. Sus libros extienden el mensaje de la paz, de la reconciliación y de la dignidad humana.»

Comité Noruego del Nobel, 1986

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Plataforma
Editorial

**THICH
NHAT
HANH**



**DOMAR
AL TIGRE INTERIOR**

Meditaciones sobre la transformación
de las emociones difíciles

«Nos muestra la conexión entre
la paz interior y la paz en la tierra.»
Su Santidad el Dalai Lama

Domar al tigre interior

Nhat Hanh, Thich

9788416096435

120 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El admirado maestro espiritual Thich Nhat Hanh nos proporciona en estas páginas una guía para liberarnos de las emociones que son causa de nuestro mayor sufrimiento. Erudito de gran prestigio internacional, activista por la paz y maestro budista venerado por gentes de todas las creencias, Thich Nhat Hanh ha inspirado a millones de personas en todo el mundo con su profundo conocimiento del corazón y la mente humanos. En esta ocasión, aborda con su profunda sabiduría espiritual las emociones humanas básicas con las que todos nos enfrentamos cada día. Destilación de algunas de sus célebres obras, Domar al tigre interior constituye un manual de meditaciones, analogías y reflexiones que ofrecen técnicas con sentido práctico para apagar la ira, transformar el miedo y cultivar el amor en todos los escenarios de la vida. En definitiva, una guía sabia y exquisita para llevar la armonía y la sanación a nuestras vidas y a las relaciones con los demás

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portadilla	2
Créditos	3
Contenido	4
Prólogo	5
I. ¿Qué es la inteligencia?	10
II. El mapa de las inteligencias	13
III. ¿Qué es la inteligencia espiritual?	21
IV. Los poderes de la inteligencia espiritual	39
V. El cultivo de la inteligencia espiritual	95
VI. Beneficios de la inteligencia espiritual	118
VII. La atrofia de la inteligencia espiritual	133
VIII. Inteligencia espiritual, felicidad y paz	151
IX. Bibliografía	167